

DEL PASADO



ADA M. ENFLEIN

460 -

DEL PASADO

OBRAS DE LA MISMA AUTORA



Leyendas argentinas (segunda edición).—Ilustraciones de Francisco Fortuny.—Un volumen.

EN PREPARACIÓN

Niños... (casos y cosas).—Un volumen.

Por llanuras y montañas (cuentos argentinos).
Un volumen.



DEL PASADO

CUENTOS, EPISODIOS.

NARRACIONES DE LA VIDA ARGENTINA

POR

Ada M. Elflein



MARTÍN GARCÍA, LIBRERO EDITOR

CASA CENTRAL
581, RIVADAVIA, 585
BUENOS AIRES

SUCURSAL
Librería LA NORMAL
CALLE 7 y 56
LA PLATA

1910

(Obra compuesta con máquinas LIMOTYPE)

DESIGNIO



Los clarines de las viejas guerras que tocaron generala á las puertas de los cuarteles, cuando en el Cabildo de Mayo de 1810 adquiría forma el pensamiento de libertad americana, fueron después los que durante ocho lustros, al frente de brillantes regimientos, ordenaron cargas y cantaron victorias por el territorio de medio continente. Hoy cambian las notas de guerra por las de una sinfonía de gloria y de paz, raudal que se difunde por los campos y las ciudades y conmueve en cada hogar una fibra. Magnificase el recuerdo y vibra el patriotismo, por la obra fecunda del presente y el anhelo grandioso del futuro en la Argentina.

El ambiente exalta; y bajo su grandioso estímulo, agrupo en estas páginas Del pasado

notas de la dulce y perenne poesía que hubo siempre y habrá por siempre en el drama, en la comedia, en la tragedia — que todo eso compendia en casos y en momentos cada vida—de guerreros vencidos y vencedores, de patricios, de mujeres, de niños, de grandes y de humildes que aportaron lejos del escenario solemne donde brillan los oros y las púrpuras del triunfo ó del sacrificio, un sentir íntimo en la acción y un poderoso anhelo del alma: una voz del viejo hogar argentino.

ADA M. ELFLEIN.

Buenos Aires, 1910.

ÍNDICE

DESIGNIO	Págs.
I.—Perdón y ¡Viva la Patria (1816)	7
II.—La divisa de las patriotas (1810)	21
III.—Un ramo de violetas (1810)	31
IV.—¡Un realista, no! (1813).	43
V.—El patrón de la ballenera (1840).	53
VI.—Para la patria (1812	65
VII.—¡Invencible! (1817).	77
VIII.—El naufragio de la <i>Urbe</i> (1815)	87
IX.—La historia de Mamantonia (1818)	99
X.—La visita del muerto (1841)	111
XI.—Doña Vicentita (1841)	121
XII.—¡Aquí no hay enemigos! (1816)	133
XIII.—El fallo de la «Soberana» (1816)	145
XIV.—El baile de misia Carlota (1813)	155
XV.—De cómo tuvo Buenos Aires su primer médico (1605).	169
XVI.—El milagro de San Antonio (1812)	181
XVII.—El <i>Tigre</i> (1599)	195
XVIII.—La <i>Cordobesa</i> (1814)	207
XIX.—Justicia humana (1829)	219
XX.—La última hoguera (1813)	229
XXI.—La canción (1816)	237
XXII.—Palabra de honor (1813)	249
XXIII.—El rescate (1818)	261
XXIV.—El <i>bombero</i> (1829)	269
XXV.—La despedida (1819)	279

DEL PASADO

¡Perdón y viva la patria!

I

Una radiante puesta de sol tendía su manto de oro sobre la ciudad de Tucumán. La claridad deslumbradora, inundaba calles y plazas, aposentos y jardines, se filtraba por las rendijas y llenaba todos los rincones.

En una miserable casucha situada en un barrio apartado, iluminaba á un triste grupo que poco caso hacía de la belleza de la tarde. Ante una humilde estampa de la Virgen de las Mercedes, una mujer arrodillada mezclaba á plegaria apasionada y conmovedora, sollozos y palabras entrecortadas é incoherentes. Dos criaturas asustadas tirábanle del vestido, gritando con voz lastimera:

—Mamita, ¿por qué lloras? Mamita, ¿por qué lloras?

En un ángulo de la misma habitación, un muchacho de quince ó diez y seis años estaba sentado junto á una mesa, en la que descansaba sus brazos y en éstos, su cara. De vez en cuando, un sollozo convulsivo sacudía su cuerpo y volvía á quedar inmóvil.

De pronto, levantó la cabeza: una hermosa cabeza morena, de facciones francas y viriles y ojos negros, en los cuales brillaba en esos momentos un luz extraña é intensa, como si tras de aquella frente hubiese brotado una idea sublime y audaz.

Juan José tomó su sombrero y dirigiendo una larga y tierna mirada á su madre y hermanitos, salió, hundiéndose como en un río, en el raudal de luz esplendorosa que aun llenaba el ambiente.

II

Acababa de instalarse en Tucumán, el 24 de Marzo de 1816, el Congreso que habría de proclamar, el 9 de Julio del mismo año, la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Grande y sagrada era la misión que se im-

ponía ese Congreso: ordenar el conjunto informe que antes había sido el Virreinato; constituirlo, remediar los grandes males que le afligían, prestarle fuerza y unidad; hacer de la muchedumbre una Nación. En sus manos estaba delegado el poder supremo del pueblo y fué, en el sentido exacto y más lato de la palabra, el Congreso Soberano.

Una de las cuestiones más graves en aquel momento sometida á su estudio era la deserción en el ejército, el síntoma más concluyente y significativo de desaliento que hacía peligrar la revolución. No era debida á la cobardía de los soldados, que mil veces habían arrojado valientemente las contingencias de la lucha con el enemigo, sino á la fatiga, á la extenuación causada por las miserias y los azares de una guerra que duraba ya seis años y cuyo término y éxito final ni siquiera se vislumbraba.

A diario desertaban los soldados, sin que fuese posible, muchas veces, darles alcance porque los mismos enviados no volvían.

En esos días se habían fugado once, llevándose las armas con las que hicieron fuego contra la partida que salió á perseguirlos: fueron vencidos y tomados. Se imponía un castigo ejemplar, y los once fueron condenados á muerte.

Uno de los prisioneros era el marido de aque-

lla mujer que lloraba prosternada ante la imagen sagrada, y el padre de los niños y del hermoso muchacho que á paso resuelto se dirigía á casa del doctor Pedro Medrano, presidente en turno del Congreso.

III

El doctor Medrano se paseaba por el jardín iluminado por el áureo resplandor crepuscular. Los árboles se destacaban en un fondo de incendio, y los naranjos y limones que cubrían en profusión las ramas, parecían globitos de oro colgados entre el follaje verde oscuro.

Vinieron á avisar al doctor, que un muchacho del pueblo pedía con urgencia hablarle. Dió orden de hacerle pasar.

—¿Qué quieres?—preguntó bondadosamente, cuando Juan José se halló ante él.

El muchacho quiso responder; pero no halló palabras: miraba turbado, dando vueltas á su sombrero, respirando con fuerza, ya pálido, ya encendido, sin saber cómo empezar. El doctor vino en su ayuda.

—¿Cómo te llamas?

—Juan José Pacheco.

—Pacheco... Pacheco...—murmuró el presidente del Congreso. El nombre le trajo un vago

recuerdo, como si últimamente lo hubiese oído.
—¿Quieres pedirme algo?—prosiguió.

—Sí, señor.

—¿Dinero?

—¡Oh, no, señor, no quiero dinero!—exclamó Juan José, colorado como la grana. ¡Qué difícil era pedir lo que tan sencillo le había parecido al principio! Después, como si tomara impulso, respiró profundamente y dijo con voz de repente enronquecida:

—Mañana van á fusilar á mi padre... y vengo á ver... vengo á ver... si me pueden fusilar á mí en su lugar.

Habló muy bajo y muy ligero; pero las últimas palabras habían adquirido una gravedad conmovedora é intensa. El doctor Medrano se sorprendió tanto de la extraña petición del muchacho, que durante medio minuto permaneció callado. Creyó haberse equivocado.

—¿Qué?—preguntó.—Repíteme eso que acabas de decir.

Juan José obedeció, con voz más fuerte y segura.

El doctor se dió cuenta entonces de que el apellido Pacheco que le había llamado la atención, correspondía á uno de los once desertores cuya sentencia de muerte conocía.

Sintió en su pecho una oleada de ternura y de admiración por ese muchacho que ofrecía

su vida para rescatar la de su padre. Le tomó de ambos brazos y atrayéndole, le miró en los ojos.

—¿Sabes lo que estás diciendo?—le preguntó.

—Sí, señor. Ya que han de matar á uno, que sea á mí.

—Tú no comprendes eso, muchacho. No se mata por matar. La patria castiga; pero no asesina.

—Si yo mismo me entrego, no me asesinan.

—No, no, tú no comprendes, tú no comprendes—repitió el doctor Medrano, más y más excitado.—¡Noble muchacho! Lo que me pides es insensato; es imposible.

Juan José bajó la cabeza, y las lágrimas se agolparon á sus ojos.

—Entonces ¿no se puede?—preguntó con voz trémula.

—Imposible, en la forma en que tú lo imaginas. La patria no puede aceptar semejante sacrificio.

—¡Oh señor! ¡Para que no lllore mi madre!

—¿Y por ti no lloraría? ¿Por un muchacho como tú, un tesoro sin precio? Vete, vete. Haré lo que pueda por tu padre. No, no me digas nada; no me agradezcas todavía, ni hagas concebir á tu madre esperanzas que quizá no se cumplan. No he prometido nada. Pero lo cierto

es que, por semejante hijo, tu padre merece ser perdonado.

Despidió á Juan José, el cual salió aturdido por esperanzas y temores y mil sentimientos encontrados; y recomenzó su paseo por el jardín.

IV

Nada había jamás conmovido al doctor Mediano como la sencilla y breve escena que acababa de desarrollarse. El acto de generosidad irreflexiva y casi inconsciente del muchacho, fuera de impresionarle hondamente, hizo nacer en él nuevas ideas. Pensó que los once desgraciados que esperaban la muerte en el calabozo del cuartel, eran quizá más dignos de lástima que de rigor. Pensó asimismo que aquellos momentos eran solemnes y decisivos para el país, y propios para imprimir en el ánimo del pueblo la idea augusta de la soberanía consciente, que castiga y perdona y coloca la humanidad y la justicia por encima de todas las pasiones. Esos hombres que debían morir al día siguiente, ¿no podrían ser convertidos mediante un acto de clemencia, en servidores entusiastas de la misma bandera que habían abandonado, en defensores decididos de la sociedad que les brindaba la vida? ¿No serviría mejor en este caso á los

finés de la patria la misericordia que la severidad?

Sentado en un banco del jardín, el doctor Medrano veía apagarse la esplendorosa luz del ocaso y disolverse en una tenue claridad transparente. Se representaba mentalmente la escena en la que los condenados, en lugar de la sentencia de muerte, oyeran la promesa de vida.

V

En la mañana del día siguiente, 8 de Abril, el doctor Medrano expuso ante los miembros del Congreso sus razones para pedir el perdón de los reos que iban á ser fusilados dentro de algunos instantes.

Sus palabras fueron acogidas con entusiasmo; ni una sola voz se levantó en contra de ese proyecto inspirado en nobles sentimientos.

Se resolvió no sólo conceder la vida á los condenados, sino también reincorporarlos á las filas del ejército, para levantar su moral por medio de esa prueba de confianza.

A lo lejos se oía ya el redoble lento y sordo de cajas destempladas. Los sentenciados marchaban al suplicio. No había tiempo que perder. Tres de los congresales, Pueyrredón, del Corro y Rodríguez, salieron inmediatamente

para el lugar donde ya formaba la tropa. La sesión legislativa fué suspendida, pues muchos congresales deseaban presenciar el acto del perdón.

VI

Detrás de las filas de los soldados se agolpaba la muchedumbre en angustioso silencio. Para el pueblo, los desertores eran víctimas dignas de piedad: para los militares el fusilamiento era necesario á fin de conservar la disciplina y autoridad. No obstante esto, ningún sentimiento de antipatía ni de odio acompañaba á los desgraciados en aquel trance.

En primera línea hallábase Juan José: sus ojos negros buscaban á alguien con expresión indecible de angustia.

Los tres comisionados llegaron y cambiaron algunas palabras con el comandante de las fuerzas, quien les hizo entrar en el cuadro formado por la tropa. Un murmullo, como el del viento cuando pasa entre las hojas, se levantó del pueblo y volvió á apagarse. Los condenados aparecieron en la bocacalle: once figuras miserables, cargadas de grillos como los que llevaban los criminales ordinarios. Algunos venían resignados y cabizbajos, otros nerviosos, con la

mirada centelleante é inquieta de un animal perseguido. Juan José lanzó un grito; uno de los prisioneros volvió la cabeza y reconoció á su hijo. Los corazones se anuncian. Las filas se abrieron y volvieron á cerrarse tras de los hombres condenados á muerte. Pero en aquel instante, Juan José descubrió, en medio de otros caballeros, al doctor Medrano, quien parecía haber advertido ya su presencia. Quedó suspenso; no vió otra cosa sino el rostro del presidente; clavó en él sus ojos, como el náufrago fija los suyos en la vela que aparece en el lejano horizonte.

Los reos se habían formado en fila. El silencio se hizo tan profundo, como si no hubiese allí una multitud ansiosa y conmovida.

El muchacho miró, y vió que el diputado Pueyrredón se adelantaba para hablar. En el silencio inmenso y opresor hubiérase creído oír los latidos de esos millares de corazones próximos á estallar. La sentencia iba á leerse por última vez... Y Pueyrredón dijo:

—El soberano Congreso, en honor de su instalación gloriosa, perdona á estos miserables reos. «¡Perdón, perdón, y viva la patria!»

El silencio duró aún varios instantes. Después, un grito atronador surgió de aquella multitud y se remontó en los aires con vibraciones delirantes de júbilo. Parecía que se hubiese

destapado un enorme receptáculo que contuviera millares de almas, las cuales, libres de pronto, se expandieran en tumultuosa confusión: de tal manera se había dado voz á los sentimientos del pueblo. Jamás rey amado por sus súbditos fué aclamado con mayor entusiasmo que el «Soberano Congreso» por el pueblo de Tucumán: ni nadie juró más sinceramente enmendarse que los reos salvados en sus vidas y re-puestos en sus honores. La piedad había hablado, y la justicia militar se dejaba desarmar gustosa por su dulce rival.

Juan José antes de arrojarse al cuello de su padre, se echó á los pies del presidente, el cual lo levantó conmovido. Sólo el doctor Medrano sabía en qué noble espíritu había surgido la idea primitiva que debía ser causa de tanta felicidad.

La divisa de las patriotas

I

Era el 25 de Mayo de 1900. Desde los balcones de una elegante casa en el centro de Buenos Aires, la familia de Téllez y numerosos invitados presenciaban el desfile de las tropas. El tiempo, como sucede casi siempre en ese aniversario, era de dulce luz. Por doquier se veían vestidos claros, y las pieles, ligeramente echadas sobre los hombros de las damas, servían de adorno más que de abrigo. Apenas había bastante viento para agitar un poco las banderas que en profusión engalanaban las calles. Un gentío inmenso flanqueaba los cordones de las aceras; los chicos trepaban á las rejas de las ventanas ó á los árboles, de donde se apresuraban á echarlos los vigilantes, entre la algazara de los espectadores, invariablemente del partido de los pilluelos. El aspecto gallardo de los conscriptos producía excelente impresión en el público, que comentaba la notable diferencia entre esos

soldados y los de antaño que generalmente fueron individuos enganchados ó condenados al servicio por algún delito. Los niños, sin establecer esos paralelos por no estar en condiciones de trazarlos, aplaudían los nuevos detalles que les llamaba la atención, ó hacían los más variados comentarios luciendo alegre erudición.

—¿Ven aquel cañón? Pues lo tomó San Martín en Chacabuco.

—¡Qué disparate! Entonces no había cañones.

—Los dos están diciendo tonterías. Fíjense más bien en esa bandera tan vieja y sucia. ¿No les parece que le harían falta algunos remiendos y un buen lavado?

—Ahora eres tú quien está hablando disparates. ¿No sabes que la bandera de un regimiento es tanto más valiosa cuanto más vieja y destrozada esté?

—La primera cosa sensata que dices hoy—observó otro chico, mezclándose en el diálogo de los pequeños historiadores.—¡Pero vean, vean!—se interrumpió á sí mismo.

Una carcajada general de los niños saludó la aparición de un mocito del pueblo, que había adornado su saco con un enorme lazo celeste y blanco. Aun los grandes no pudieron dejar de sonreír al ver aquella ostentación de colores.

—En realidad no debiéramos reírnos—obser-

vó el dueño de casa, señor Téllez.—¡Quién sabe si ese muchacho no cree realmente que la patria le agradecerá el uso del distintivo en esa forma! Todo está en la intención, no en el acto exterior. Y á propósito de ese lazo, ¿quieren que les cuente cómo consiguió mi abuelo, su primera divisa argentina? Siendo yo niño, me lo refirió más de una vez.

El ofrecimiento fué aceptado con alegría. Cuando terminó el desfile, apagadas á lo lejos las músicas marciales, y un tanto sosegado el alboroto callejero, la familia y los huéspedes rodearon la mesa para tomar el té. Los chicos apenas dieron tiempo al señor Téllez para apurar la primera taza; reclamáronle con urgencia el cuento. También los grandes apoyaron la petición.

De tal manera asediado, el amable dueño de casa consintió en cumplir allí mismo su palabra, y refirió lo siguiente:

II

—Mi abuelo materno se llamaba Juan José. Nació en 1800; tenía pues, en los famosos días de Mayo, diez años. Los chicos de entonces, por supuesto, estaban encantados con la excitación popular, que llenaba las calles de gente, con la

aglomeración en la plaza de la Victoria, la concentración de tropas en los cuarteles, el ir y venir agitado de un pueblo cuya suerte se estaba jugando en el gran tapete del destino; todo lo cual se les antojaba función organizada expresamente en beneficio de ellos.

Del domingo 20 al viernes 25 de Mayo, puede decirse que Buenos Aires no descansó: desde el virrey hasta el mulatillo esclavo, la población entera se hallaba en un estado de nerviosidad febriciente, como el que se experimenta cuando el aire está cargado de electricidad.

—¡No hay tal pueblo!—declaraban los españoles y los cabildantes.—Es una simple asonada, una intentona de sediciosos.

—Estáis equivocados—respondían los criollos.—Somos un pueblo que conoce y reclama sus derechos.

Y así, durante seis días, hubo discusiones, amenazas, resistencias, vacilaciones, dudas, cobardías y audacias, hasta que por fin, el día 25, se hizo la gran claridad, la luz definitiva, y se dió al conflicto la única solución posible: el viejo virreinato se desmoronó, y un pueblo nuevo, joven, viril, delirante de entusiasmo y valentía, alzó su cabeza orgullosa y libre.

Aquello fué una explosión de júbilo, algo inaudito, al lado de lo cual las manifestaciones de regocijo por el rechazo del invasor inglés,

desaparecían como pálidas estrellas ante el sol. A pesar del tiempo frío y destemplado—el famoso sol de Mayo no tuvo á bien hacer acto de presencia el día 25—todo Buenos Aires andaba en la calle. Las muchachas igualábanse á los hombres en entusiasmo patriótico: vestidas de blanco y celeste, ó al menos envueltas en un rebozo de esos colores, adorno indispensable en esos días, caminaban bajo sus paraguas, risueñas y sonrosadas por la grata emoción. Y conste que entonces, ir por las calles en tiempo de lluvia era una verdadera proeza, pues había que vadear pantanos; balancear por las piedras de los pasos, cuando los había; salvar con agilidad de saltabancos los numerosos baches y pozos que llenaban las calzadas, y conservar el equilibrio en el suelo resbaladizo y pegajoso. Todo ello lo despreciaban las animosas niñas, cuya alegre presencia casi hacía olvidar la falta de sol. Como elemento callejero figuraban, naturalmente, en primer término los chicos, que entonces, como hoy, creían que sin ellos no era posible llevar á cabo acto público de ninguna especie. Por de contado que mi abuelo Juan José no faltó; sólo que su alegría era muy relativa. El pobrecito carecía de lo principal: ¡la divisa ó escarapela patriota que todos llevaban! ¿Cómo iba Juan José á ir sin ella? Sus hermanas habían acaparado cuanto trapo blanco y azul

existía en la casa, y echaban á paseo al chico que les pedía cintas.

—¡Oh! ¿Qué te has creído? ¿Que las hemos comprado para ti? Largo de aquí, y deja las escarapelas para los grandes, mocosuelo.

Juan José salió cariacontecido y mohino. No tenía un real para comprar lo que tanto apetecía y aunque lo hubiese poseído, no le habría servido de nada, pues en las pocas tiendas de Buenos Aires no quedaba una sola pieza de cinta blanca ni celeste; todas se habían vendido.

El chico comenzó á pensar que la cosa no tenía gracia. ¿Para qué habían echado al virrey, si él no podía llevar escarapela? Como todos los niños y muchos grandes también, confundía la causa con el efecto: su opinión era que Cisneros se había ido para que los patriotas luciesen divisa, y no viceversa. Cada muchacho ostentaba su lazo, moño ó por lo menos unos cabitos de cinta, por pequeños que fuesen. ¡Sólo él no tenía nada, nada! Era exasperante. Unos chicos, viéndole sin distintivo, le llamaron «godo», insulto que hubo de producir un pugilato en plena calle. «¡Godo!» Los ojos se le llenaron de lágrimas al pequeño patriota. Pues no habrían de ultrajarle más; ya conseguiría su divisa, á pesar de todo; no se quedaría sin lo que tenía el último rapazuelo en Buenos Aires.

Se metió furtivamente en casa y comenzó á

registrar cuanto mueble había en ella. Podía hacerlo tranquilamente, porque la familia entera había salido.

Casi á punto de llorar, pues no había encontrado nada, Juan José penetró en el cuarto de sus hermanas, y allí dió un grito de alegría.

Sobre la cama de Enriqueta, la mayor, había un adorno de cintas azules y blancas, confeccionado por la niña para lucirlo aquella noche en la recepción familiar concertada á la ligera con los amigos, para festejar el gran acontecimiento.

El chicuelo vaciló un poco ante el objeto tan deseado. Enriqueta tenía la mano muy ligera para pegar, y si le pillaba, algo bueno le esperaría. Pero ¡qué! ¿Acaso iba á volver á andar por las calles sin distintivo, como si no fuese patriota y para que lo llamaran godo?

Ya las tijeras habían entrado en función, y un momento después nuestro caballerito salió luciendo la divisa más hermosa que existía en Buenos Aires.

—¿Por fin encontraste cinta?—dijeron sus hermanas riendo, cuando por la noche la familia se sentó á la mesa.

Juan José se puso encarnado y eludió la respuesta, y como los demás estaban distraídos, nadie se fijó más en él por el momento.

¡Por el momento...! mas cuando las mucha-

chas fueron á su cuarto á engalanar sus lindas personitas, entonces sobrevino la catástrofe. Se oyó de pronto un grito penetrante, y cuando todos acudieron creyendo que había sucedido una desgracia, apareció Enriqueta, encendida y llorosa, agitando en el aire los restos de su adorno de cintas.

—¡Ha sido Juan José!—exclamaba furiosa. —¿Dónde está ese pícaro, para que yo le dé lo que se merece?

Hubo indignación general, pues las mujeres siempre consideran como merecedor del peor castigo al que les echa á perder alguna prenda de vestir. Se buscó á Juan José, quien al sentir el barullo y comprender de qué se trataba, se había escondido en la despensa. Le encontraron y lo trajeron á juicio, dándole á cuenta un par de coscorrones; pero en la galería se interpusieron su padre, sus hermanos mayores y algunos jóvenes que acababan de llegar, entre ellos, el prometido de Enriqueta. No podían menos de reir del suceso, y todos estaban contestes en que debían concedérsele al pequeño delincuente, circunstancias atenuantes. Intercedieron, pues, en su favor ante Enriqueta, la cual perdonó, tanto más fácilmente, cuanto que su novio le había traído un gran ramo de junquillos y violetas, de suerte que, á la par de su hermanito, pudo lucir aquella noche en su pecho, los colores de la patria nueva.

La hermosa combinación de esas flores de grato perfume, cultivadas en todas las casas y en las quintas de la ciudad, interesó desde entonces á las niñas y á los caballeros criollos, y por muchos años en aquella época, llevar un ramo parecido, fué declaración de patriotismo. Si la niña que lo llevaba en su pecho no era argentina por haber nacido en otras tierras, demostraba así su entusiasta adhesión á la causa gloriosa de Mayo.

Un ramo de violetas

I

Abuelita estaba á la espera: era la tarde de un día jueves, y por costumbre familiar invariablemente respetada, vendrían á tomar el té con ella sus dos nietas. La mesa estaba preparada con sencillez elegante característica de la anciana y que ésta parecía comunicar á todo cuanto tocaba.

—Ya deben venir—pensó, mirando el reloj. —Siempre son puntuales. ¡Ah!...—y la abuelita sonrió: la campanilla había sonado y al mismo tiempo sintióse una nerviosa tamborilada en los cristales de la puerta cancel. Un instante después se precipitaron en la sala dos torbellinos que envolvieron á la anciana y la estrecharon impetuosamente.

Cuando la anciana señora recibió las caricias de sus nietas, riendo y con el peinado en desorden se dirigió al comedor, llevada en medio por las lindas y traviesas muchachas.

Era una fiesta para las niñas cada vez que venían á visitar á la abuela, confidente, enmendadora, proveedora de regalos y consejera de las atolondradas nietas cuando se hallaban en uno de esos apuros frecuentes y comunes á los quince años.

Tomaron el té en alegre conversaci3n que se prolongó largo rato. Mas, al fin, las muchachas inquietas, comenzaron á desear otra distracci3n. La abuela, á pesar de sus setenta años, conservaba el corazón joven y conocía bien á las niñas; lo advirtió al punto y buscó mentalmente algo con que entretener á sus queridas nietas.

—Vamos á mi aposento—propuso:—les mostraré algo que tal vez les parezca interesante.

Jubilosas las muchachas la siguieron: nada las divertía tanto como revolver los armarios y cómodas de la abuelita, llenos de objetos preciosos, raros ó simplemente curiosos, recuerdos de otras épocas. Era asombroso: por más veces que las niñas hubieran hurgado en los cajones, éstos jamás se agotaban. Siempre encontraban en ellos alguna sorpresa. Existían allí verdaderas maravillas: géneros antiguos de brocado, magníficos tejidos de seda, peinetones de carey como abanicos, que abuelita había usado en tiempos de don Juan Manuel; encajes tan finos que parecían telarañas; abanicos de marfil ó

madreperla incrustados en oro, con países de cuero fino ó de papel, pintados á mano; rosarios de madera olorosa; miniaturas delicadas en marquitos de oro, y mil otras cosas que las niñas nunca se cansaban de admirar.

Mientras se entretenían en examinar esos tesoros, se le ocurrió á la mayor, Angélica, decir:

—Abuelita, muéstranos tus alhajas ¿quieres?

—¡Ah sí! Tus alhajas, abuelita,—suplicó también Elena.

La señora sonrió con bondad y accedió al ruego. Puso sobre la mesa un cofrecillo que abrió con llave de forma anticuada y dió á las niñas permiso para revolverlo á sus anchas.

Estaba repleto de estuches de todos tamaños y formas y de distintos materiales: largos, cuadrados, redondos, altos, chatos; de raso, felpa, terciopelo ó marroquí; algunos muy antiguos, de madera de sándalo. A medida que los iba abriendo, parecían brotar de ellos chispas de luz. Entre los dedos de las niñas se deslizaban el oro y las pedrerías: cadenas pesadas y largas de anillos complicados, como culebras amarillas y centelleantes; perlas de reflejos de seda, brillantes deslumbradores como focos de luz, rubíes de siniestros destellos que parecían gotas de sangre cristalizadas, zafiros como pedruzcos desprendidos del cielo que hubiesen con-

servado en su seno una chispa de sol, amatistas, esmeraldas, turquesas celestes, topacios como oro transparente: todo cuanto fulgura y centellea se revelaba ante los ojos deslumbrados de las niñas.

En el fondo del cofrecillo Elena descubrió otro estuche ancho y chato, de terciopelo color rubí.

—¿Qué es esto?—preguntó, disponiéndose á abrirlo.

La abuela se lo quitó suavemente de la mano, con una sonrisa tierna y dulce.

—Esto—dijo—es la alhaja que tiene para mí más valor que todas las otras juntas.

Las niñas se inclinaron curiosas, esperando ver alguna nueva maravilla chispeante; pero con asombro vieron tan sólo un ramito de violetas secas y descoloridas por el tiempo.

—Sí—dijo la anciana, siempre con su expresión cariñosa;—este ramito es recuerdo de un tiempo lleno de emociones y á la vez prenda sagrada del afecto de mi esposo.

Calló un momento, en evocación de sus recuerdos. Las niñas, impresionadas, la contemplaron. Por fin alzó la cabeza y vió en los ojos de sus nietas cuatro grandes puntos de interrogación.

—¡Ah, sí!—dijo sonriente;—ya sé lo que quieren ustedes decirme; «Cuéntenos eso, abue-

lita... ¿no es cierto? Bien, pues; pero les advierto dos cosas: primero, que el hecho es tan sencillo, que en realidad no puede tener valor é interés sino para mí; y segundo, que voy á tener que hacer un poco de historia argentina. ¿Están ustedes conformes?

A decir verdad, las dos niñas estaban aburridas de historia argentina, cansadas de repetir siempre los mismos nombres y las mismas fechas secas; pero contada por abuelita, la cosa era distinta; volvíase amena y entretenida. En cuanto á la primera objeción, ¿qué detalle podía haber en la vida de la querida anciana que no tuviese para ellas interés? Así fué que ambas suplicaron al unísono:

—¡Cuenta, abuelita, cuenta!

La abuela, conservando en la mano el ramito de violetas, comenzó así su relato.

II

En 1810, tenía yo diez y siete años, y hacía poco que me había comprometido con un caballero que tenía casi dos veces mi edad. Era grave y tranquilo: me profesaba un cariño profundo, sereno, que se exteriorizaba poco, y al cual yo no sabía apreciar entonces en todo su valor. Era español; radicado desde hacía muchos años

en Buenos Aires, donde tenía cuantiosos intereses heredados y acumulados después por un perseverante trabajo.

Era yo aún demasiado despreocupada, superficial y enemiga de reflexionar, mimada y caprichosa. Me gustaba reír y bromear y el aire serio de mi prometido llegó alguna vez á abrumarme. En mi aturdimiento, creía que era signo de malhumor y de carácter agrio. Llegué hasta creer que le era indiferente; ¡tan poco le conocía!

En cierta ocasión llegué á notarlo más serio que de costumbre, y menos dispuesto á seguir mis bromas á veces pueriles. El motivo que le preocupaba era grave, mucho más de lo que yo podía concebir entonces. Se estaba operando un gran cambio en el virreinato. Los criollos comenzaban á imponerse; se atrevían á trazar al virrey reglas de conducta, á mantener batallones sobre las armas y á hablar de *pueblo* y de *libertad*.

Los españoles y realistas, aunque no creían seriamente en una revolución, se alarmaron. Un cambio tan radical traería consecuencias funestas para todos. Se acabarían las prerrogativas, los monopolios, los puestos bien remunerados en la administración, y como los criollos amaban poco á los españoles, no dejarían de corresponder con las mismas medidas depresivas que ellos habían sufrido.

Uno de los primeros actos, establecido el nuevo sistema, sería seguramente el de despojar á los peninsulares de sus bienes, cuando no de sus vidas.

Mi prometido se hallaba en este caso: abrazar el partido de la revolución que se preparaba, ó verse reducido á la miseria después de tantos años de trabajos y desvelos, precisamente en vísperas de formar un hogar. Tal era la cruel disyuntiva que se le ofrecía. No era de extrañar, pues, que su semblante fuese sombrío en esos días.

En la tarde del 24 de Mayo llegó mi prometido en momentos en que sólo nos hallábamos en casa mi madre y yo. Nos refirió en pocas palabras los acontecimientos del día: el pueblo convocado á cabildo abierto; los hombres principales de uno y otro partido constituídos en asamblea, y el nombramiento de una junta gubernativa con el virrey en carácter de presidente. La situación parecía salvada, siquiera momentáneamente; pero resultó que el pueblo no quedó satisfecho de la forma en que habíase constituido la junta, y la asamblea fué nuevamente convocada para el día siguiente. La dominación española en el Río de la Plata era ya cuestión de días, de horas quizá.

Una esclava llamó á mi madre para algún asunto doméstico, y quedé á solas con mi novio.

Este había apoyado la frente en la mano y miraba fijamente al suelo. Como no hablara, me acerqué á él y le dirigí una broma. Levantó los ojos y me miró con sorpresa.

—No es hora de bromear, Amalia—dijo con gravedad.—Me extraña que te sientas con ánimo en un momento como éste.

—¡Ah! Usted es igual en todos los momentos—respondí con impertinencia.—Siempre mohino, siempre serio, siempre grave.

—Eres una chicuela, Amalia—dijo severamente.—¿No has oído, pues, todo cuanto he referido de los sucesos ocurridos hoy en el Cabildo?

—¡Eh! ¿Qué nos importa eso? Españoles ó criollos, ¿no es lo mismo?

—No, no es lo mismo para nosotros; ya te he explicado que tu porvenir y el mío se juegan en estos instantes. ¿Comprendes?

Comprendía muy bien, pero era demasiado terca para darle la razón.

—Bien; pero eso no implica que usted me trate de esta manera—repliqué con aire ofendido.

—¿Cómo te trato, pues?

—Así... tan indiferente... como si todos sus viejos negocios tuvieran más importancia que yo. Sí—continué más obstinada á medida que me daba cuenta de mi propia maldad, y á la

vez asustada y exasperada ante la expresión de sus ojos, le arrojé como una piedra, este insulto:—Usted no piensa más que en su dinero...

Me sentía tan ofendida y digna de lástima, mi desgracia imaginaria era tan grande, que me dejé caer llorando en el sofá. Sentí que mi prometido se levantaba.

—¡Amalia!—exclamó, en tono á la vez suplicante y severo. No contesté, y un momento después le oí salir. Entonces habría querido precipitarme tras de él, detenerle y pedirle perdón; pero un sentimiento de falso orgullo me retuvo. Pasé toda la noche llorando, arrepentida y llena de vergüenza.

El día siguiente fué frío, triste y lluvioso, muy en armonía con mi estado de ánimo. Temía que mi novio no volviese, después de la grave ofensa que yo le había inferido. Tal idea me martirizaba más de lo que es posible decir, revelándome que quería ya á mi prometido más de lo que había imaginado hasta entonces. Pasé el día angustiada: mi necedad de la noche anterior sufrió un castigo terrible.

Mi padre estuvo fuera durante todo el día. Vivíamos algo alejados de la plaza de la Victoria, donde se desarrollaban los sucesos, y por los esclavos supimos que ésta estaba llena de gente, á pesar de la lluvia; que el entusiasmo en las recovas era grande y que en el Cabildo se celebraba una larga y ruidosa sesión.

Por fin, al anochecer llegó mi padre, trayendo la noticia de que el virrey Cisneros había sido depuesto y que la Junta, nuevamente organizada con mayoría de elementos americanos, había asumido el mando. ¡Era el fin del virreinato! ¡No cabía engañarse!...

Mi padre era criollo; pero si por una parte se regocijaba con el «nuevo sistema», por otra le affigia el peligro que corría mi novio, á quien quería y estimaba profundamente.

Conversábamos en el comedor, cuando oí pasos en el zaguán, pasos que yo conocía bien y que había estado acechando el día entero. Corrí hacia la sala, y en el mismo momento entraba mi novio por la otra puerta. Quise adelantarme, y de pronto, no pude moverme. Permanecí parada temblando, con los ojos bajos, esperando una palabra suya, por dura que fuese...

En la semioscuridad, al principio no me vió. Se dejó caer con desaliento en una silla y colocó su sombrero en otra. Debí hacer un movimiento, un ruido, pues alzó los ojos y reparó en mí.

—¿Eres tú, Amalia? Ven—dijo con sonrisa triste y voz cansada,—toma... para que no digas que no pienso sino en mi dinero.

Diciendo esto, me tendió un hermoso ramo de violetas, frescas, húmedas, que habría pro-

curado quién sabe cómo, en esos momentos en que ningún realista pensaba en flores.

¡Con todas sus amarguras, en medio de todas sus penas y angustias, había tenido para mí, que no lo merecía, una atención tan gentil y delicada!

Quedaba vencida; todo mi orgullo hacía largo rato que me había abandonado. Sólo pude llorar y pedir perdón, prometiéndome, al mismo tiempo, ser digna de tan noble cariño. Y allí hicimos las paces para siempre.

Mi prometido, como ya he dicho, residía en Buenos Aires desde muy joven. Sentía gran cariño al país en el cual había pasado la mayor parte de su vida y donde tenía todos sus intereses; y como jamás se había preocupado de los asuntos públicos, no halló difícil acomodarse al nuevo estado de cosas, tanto más cuanto los mismos americanos hacían declaraciones en favor del «amado Fernando» que representaba en la época, á la España lejana. Se plegó, pues, al gobierno de la Junta popular sin hacer resistencias estériles; y cuando la temida confiscación de bienes de los españoles se aplicó por causas extraordinarias, una de las excepciones favoreció á mi prometido, que con nadie había conspirado. Nos casamos entonces, y... ¿pero qué interés habría en continuar el cuento? En el curso de los años, mi esposo me regaló todas

estas alhajas y muchas más; pero ninguna de ellas ;ninguna! me hizo gozar de esa satisfacción íntima, intensa, profunda, ardiente, deliciosa y perfecta, que me dió este ramito de violetas, que significaba el cariño de un corazón noble y lleno de dignidad.

Abuelita calló.

A través de los cristales brillaba el cielo de la tarde, cubierto de nubes arreboladas cuyo reflejo teñía de rosa el semblante delicado de la anciana y los rostros frescos de las niñas. La luz, al posarse sobre las flores marchitas, parecía acariciar esos testigos dulces y humildes de una época lejana y de una gran felicidad.

¡Un realista, no!

I

En las calles de Salta silbaban las balas, resonaban los cascos de las caballerías y repetíase el trueno sordo de los cañones. Los restos del ejército de Tristán se defendían contra los regimientos argentinos, victoriosos, cuyo empuje incontrastable arrollaba á los últimos batallones realistas.

En su casita situada en un arrabal de la ciudad, dos mujeres, madre é hija, escuchaban aterradas el estruendo y el vocerío de la lucha.

—¡Cuánta sangre!—suspiró doña Rosa, la señora, interrumpiendo un momento sus rezos, mientras sus pálidos dedos recorrían temblorosos las cuentas negras del rosario.—¡Cuánto muerto habrá allá afuera!

—¿Y los heridos?—repuso su hija María, ocupada en cortar largas tiras de bretaña.—Los muertos no sufren ya; ¡pero los heridos, tirados por el campo y en las calles, pisoteados, y bajo este calor insopórtable, expuestos á ser calados hasta los huesos por la lluvia que ahor-

ra amenaza otra vez... á ellos compadezco! Dios quiera que hoy podamos cumplir nuestro voto.

La señora suspiró, secándose las lágrimas, y persignándose cogió en seguida algunas piezas de ropa blanca vieja y se puso á deshilacharlas, preparando las hilas que servirían para restañar la sangre y curar las heridas.

—Sí—dijo, mientras trabajaba,—hoy hemos de cumplir nuestra promesa. Aunque Dios no se haya servido conservar la vida á tu padre, no dejaremos nosotras de cumplir lo ofrecido. Solamente, ya sabes: ¡ningún realista!

—¡Ah, no!—afirmó María.—¡Un realista, no!

II

Doña Rosa Aróztegui y su hija, pertenecían á un hogar que todo lo había sacrificado por la libertad. Aplaudieron con entusiasmo á don Ramón, el jefe de la familia, cuando escuchó la voz de la patria nueva que llamaba en su defensa á todos sus hijos. Cuando se incorporó al ejército de Belgrano, en la retirada de éste á Tucumán, hicieron una promesa, en caso de que saliera con vida de la guerra: de cuidar en su casa á alguien que resultase herido en uno de los numerosos combates que en aquellos días

se libraban en todas las provincias del Norte. Vanos fueron los votos de las mujeres: don Ramón cayó en la batalla de Tucumán, peleando valerosamente. Su esposa é hija, al recibir la triste nueva, mantuvieron su promesa, modificándola sólo en el sentido de que el herido debía ser un patriota. Hicieron esta concesión á su dolor y al sentimiento de rencor contra los que habían matado al esposo y al padre.

El 20 de Febrero de 1813, día de la batalla de Salta, les brindó la oportunidad de cumplir el voto.

Y así vemos á las dos mujeres preparando vendas é hilas y repitiendo resueltas:

—¡ Un realista, no!

III

La acción había terminado. Batidas en toda la línea las tropas del rey y desmoralizadas por la presencia de los vencedores de Tucumán, rindieron sus armas ante el general argentino.

Se firmó entonces aquel histórico y curioso convenio, grande error de Belgrano, y sin embargo, uno de los más hermosos momentos de su generosidad y nobleza. Todo el ejército español, después de deponer las armas, banderas y bagajes, fué puesto en libertad y despachado al Perú, sin más traba que el juramento de no

volver á tomar las armas contra la causa americana.

Grande fué la indignación en Buenos Aires, muchas también las risas, á causa de la credulidad, buena fe y falta de diplomacia y habilidad de Belgrano en esa ocasión. ¡Dejar escapar tres mil hombres con su general, que internados como prisioneros, habrían sido tres mil enemigos menos en la frontera! ¡Dejar perderse así el fruto de la victoria, el premio de la sangre derramada, todas las ventajas que un diplomático astuto habría sacado de semejante triunfo!

Belgrano no quiso jamás reconocer su error. El fruto que él esperaba de su «quijotesca generosidad», como la llama un historiador argentino, era otro. Los vencidos se desparramarían, decía él, por el Perú, llevando á todas partes la relación de la nobleza con que fueran tratados, destruyendo así el concepto que se quería inculcar en las masas, de que los patriotas eran salvajes enemigos de la religión, del orden y de la civilización en general. Serían, consciente ó inconsciente, voluntaria ó involuntariamente, propagandistas de las ideas nuevas, agentes de la revolución americana. Fuera de duda, algo de esto se consiguió; pero tales ventajas lentas, graduales y lejanas, no pesaban en la balanza lo que habrían pesado los provechos inmediatos que hubiera podido obtener el ge-

neral vencedor, conservando en su poder al ejército prisionero.

Los realistas capitulados partieron al día siguiente de la batalla, y desde que penetraron en el Alto Perú comenzó á sentirse entre el pueblo su influencia.

«Dedicábanse algunos, dice el historiador español Torrente, á pervertir el espíritu público, proclamando el brillo y el entusiasmo de las tropas de Buenos Aires, y pintando con los colores más halagüeños la causa que defendían.» Y García Camba añade: «Muchos de ellos, imbuídos de ideas nuevas, fué voz pública que empezaron á promover conferencias y juntas clandestinas, de cuyas resultas se divulgaron especies subversivas que no dejarían de influir en la sensible deserción que menguaba las filas del ejército real.»

El general español Goyeneche, alarmado con la idea de las posibles consecuencias de todo esto, temiendo lo mismo que esperaba Belgrano, dispuso que los que habían prestado juramento en Salta, fuesen reunidos en un pueblo cercano á Oruro. Una vez todos allí los arengó, explicándoles que el arzobispo de Charcas les había absuelto de su promesa y que no sólo estaban libres, sino que era su deber volver á tomar las armas contra los «insurgentes».

Debe decirse, en honor de los vencidos de Salta, que sólo trescientos soldados y siete ofi-

ciales quebrantaron su palabra; todos los demás fueron fieles á ella. Los trescientos y tantos perjuros formaron luego el «Batallón de la Muerte»; con el pensamiento, quizá, de que si volvían alguna vez á encontrarse con los argentinos en el campo de batalla, no tendrían más recurso que pelear hasta morir.

Los demás se dispersaron por el Alto Perú y Perú, y fueron, cada cual en su medida y á su manera, factores del movimiento revolucionario que con el tiempo debía llegar hasta Lima. Pero, como hemos dicho, todo eso fué mediato, indirecto, paulatino y muy inferior á lo que Belgrano hubiera podido obtener con más astucia.

Si políticamente se puede criticar su proceder, ¿quién se atrevería á hacerlo desde el punto de vista de la humanidad y nobleza? Aun los errores de ese hombre puro y sin tacha, tienen siempre algo de hermoso, porque emanaban de su sinceridad y rectitud: base, núcleo y esencia íntima y primordial de su carácter.

IV

A la casita aislada que habitaban doña Rosa y María, no llegaba ya ningún rumor de lucha. Todo había quedado en silencio; una calma profunda que parecía un descanso de las fuer-

zas productoras del anterior estruendo. Las nubes habían vuelto á cerrarse, y colgaban bajas, pesadas y compactas como un techo de plomo. El calor húmedo y sofocante del verano tropical aumentaba todavía la tristeza del día.

Las mujeres aguardaron durante algún tiempo, temerosas de que la batalla fuera á recommenzar; mas observando que todo permanecía tranquilo, se resolvieron por fin á salir.

Vieron en el campo y luego en las calles suburbanas, escombros, armas, palizadas humeantes, cañones desmontados, caballos muertos, despojos de todas clases. Numerosas personas estaban ocupadas en recoger los muertos y heridos, para llevar á éstos á los hospitales de sangre, y á aquéllos al lugar donde debían ser enterrados en la gran fosa común, cuya cruz había de llevar esta inscripción: «Aquí yacen los vencedores y vencidos del 20 de Febrero de 1813».

Doloroso era ver la llegada de los heridos. Algunos caminaban apoyándose en un compañero que guiaba y sostenía cariñosamente sus pasos vacilantes. Otros, tendidos en angarillas, comprimían los labios para no dejar escapar los gemidos que les arrancaba el dolor. Este tenía los ojos cerrados, circundados de anchas sombras azules, mientras las manos erraban por las ropas con ese movimiento extraño y continuo, característico de los moribundos. Aquel, presa del delirio de la fiebre, clavaba su mirada fija,

de brillar metálico, en los que le rodeaban, murmurando frases en que rememoraba las impresiones terribles y violentas de la jornada. Otro, enloquecido por el dolor, clamaba que le mataran de una vez; aquel, agotado, en el límite de sus fuerzas, lloraba como un niño.

El pueblo se agolpaba en las puertas de los hospitales, y manos activas y cariñosas se agitaron para ayudar eficazmente á aliviar tanto martirio. Numerosos fueron los ofrecimientos particulares, de recibir heridos; ya para cumplir una promesa, como doña Rosa y su hija, ya por tratarse de deudos ó amigos, ó sencillamente por un sentimiento de piedad. La mayor parte de estos ofrecimientos fueron aceptados por las autoridades correspondientes, reconocidas por hallar ayuda en su tarea difícil de acomodar á tanto ser dolorido. Se tomaba nota de los vecinos que solicitaban cuidar á un enfermo, y después de practicar á éstos la primera cura, se los transportaba á su destino, donde todos hallaron la más tierna acogida y los más solícitos cuidados.

Doña Rosa y María presenciaban las tristes escenas que se sucedían, acongojadas al ver semejantes padecimientos. El cirujano que dirigía la instalación de los enfermos las había facultado para elegir al que desearan llevar á su casa. Se adelantaron al ver á dos hombres que traían una camilla. En ella se hallaba acostado

un soldado del *Real de Lima*, casi un niño, pues no debía contar más de diez y siete años, rubio, blanco de una blancura que la pérdida de sangre volvía lívida. Abrió, al pasar junto á las dos mujeres, unos grandes ojos azules, que se cerraron en seguida, mientras la cabeza caía hacia un lado, en un desvanecimiento profundo.

Se oyeron voces de piedad y lástima.

—¡Pobrecito!

—¡Si es un niño!

—Se ha batido como un héroe.

—¡Tan blanco y rubio! ¡Bendito sea!—exclamó una mujer del pueblo.

—¡Pobre madre, si pierde á ese hijo!

—¿Cuándo acabará esta guerra, que mata á los jóvenes y perdona á los que somos viejos é inútiles?—dijo un anciano.

Mientras se cruzaban estas frases, madre é hija se miraron, y cada cual respondió con una inclinación de cabeza, á una pregunta muda que leía en los ojos de la otra.

V

Una hora después, doña Rosa y María tenían en su casa al joven herido, que había vuelto en sí; y acostado en una cama blanca y fresca, sus heridas lavadas y vendadas, seguía con ojos lánguidos, que el sueño benéfico comenzaba á

cerrar, á las dos mujeres que se movían en torno á él, silenciosas y ligeras, prodigándole los servicios y atenciones que la más ignorante conoce por intuición. Un momento más, y se durmió tranquilamente.

Sus cuidadoras le dejaron solo. María llevó consigo la ropa del herido, empapada en sangre, sudor y barro, para limpiarla.

—¡Toma!—dijo con naturalidad, mientras daba vueltas al uniforme para ver lo que se podría hacer con él;—¡si es del *Real de Lima!*

Y su madre repuso con la misma sencillez:

—¿Y qué hay con eso, hija? No por ello dejaremos de cuidarlo y hacer por él cuanto esté en nuestro poder.

Ninguna de las dos, al sentir vibrar su corazón de piedad ante el joven herido, había reparado en que era un enemigo; ni al tenerlo á su merced, librado á su arbitrio, se les ocurrió cumplir con la resolución renovada aquella mañana:

—¡Un realista, no!

El patrón de la ballenera

I

En aquella época de luctuosa memoria, cuando noche á noche abandonaban las playas argentinas hombres cultos é inteligentes, huyendo del puñal de la mazorca, á buscar en otro país aire libre para respirar, voces que no dijieran solamente «unitarios» y «federales», y tintes que no fuesen los rojos de la «Santa Federación»: en esa época, decimos, Mr. James Andrews era un personaje de gran prestigio en el secreto conciliábulo de las familias perseguidas, y á la vez buscado y mimado.

No era porque ocupase algún puesto elevado é influyente, fuese amigo de Su Excelencia ó descollase por su fortuna, ingenio ó talento. No: Mr. Andrews—«el capitán Andreus» como le llamaba el vulgo—era sencillamente el marino más audaz y sereno, dueño de la ballenera más velera que surcaba las aguas del Plata. Desafiaba con la misma tranquilidad las tempestades y la

vigilancia de la policía de las costas, y esa misma tranquilidad era un poderoso escudo contra las sospechas. Hombre de honor á carta cabal, incapaz de hacer traición á los que á él se confiaban, su comercio difícil y peligroso le producía grandes ganancias; las libras esterlinas y las onzas de oro afluían á su bolsillo, no de á una, sino en cantidades respetables, corroborando así la exactitud del proverbio inglés con que Mr. Andrews solía responder á observaciones semejantes:

—«*One man's bread is another man's death*», que traducido libremente, y tan libremente que sólo consignaremos su pensamiento, equivalía á esto: «Las aficciones de unos suelen ser las satisfacciones de otros».

Era Mr. Andrews, un escocés de estatura poco más que mediana, cuadrado cual si hubiese sido tallado en piedra, de ancha cara colorada en la que unos ojos grises lucían con claridad constante y serena; espesa y revuelta cabellera rubia, manos enormes, coloradas y velludas; y por fin una pipa que, como la nariz y la boca, parecía formar parte integrante de su cara, pues nadie le vió jamás sin ella. Grave, impenetrable, parco en palabras, gestos y ademanes, inspiraba desde luego respeto, confianza y simpatía, pero nunca familiaridad.

Tenía, respecto al país donde vivía y sus ha-

bitantes, su opinión privada, que rara vez solía manifestar.

—Los argentinos—decía—se sitúan generalmente en los extremos. Ahí tiene usted á los dos partidos políticos que están destrozando al país. Cada cual es para el adversario, salvaje, asesino, cobarde, vil, ruin, criminal, traidor, etcétera, etc., sin excepción; no hay términos medios tratándose de contrarios. Los federales, invocando su patriotismo, emplean el terror como el mejor medio de predominar; los unitarios prueban el suyo de una manera bastante rara: llaman á los extranjeros para intervenir en sus guerrillas domésticas. Pero en fin: á mí ¿qué me importa de todo eso? Allá se las arreglarán ellos. Yo en realidad sólo tengo motivo de satisfacción...—y aquí repetía su proverbio favorito.

De las criollas tenía Mr. Andrews una opinión bastante mediocre.

—¡Muñecas! ¡muñecas! —decía — que se rompen al menor contacto brusco, y que se lleva el primer soplo borrascoso de la vida. Nada de gravedad; ligeras, aturcidas, superficiales, coquetas. No las creo capaces de sentimientos profundos ni de elevación de espíritu. Al menos, hasta ahora no he visto á ninguna demostrar esas cualidades.

Así juzgaba Mr. Andrews.

II

Era una tarde gris y fría. Las nubes se aglomeraban por momentos más oscuras y espesas, el viento arreciaba y desde el río cercano venía el bramido de las olas á estrellarse contra las elevadas barrancas.

Pero si afuera todo era sombrío é inhospitario, en casa de Mr. Andrews la alegría parecía haber establecido su dominio risueño. Había flores por todas partes; el comedor se hallaba convertido en depósito de golosinas. Un enjambre de lindas muchachas revoloteaba de pieza en pieza, al son de risas y de bromas; de vez en cuando, rodeaba á una graciosa joven rubia, á la cual el marino y su esposa miraban con orgullosa complacencia.

Era la reina de la fiesta, Lucy, la hija de Mr. Andrews, que celebraba su boda con un joven comerciante inglés, residente en Buenos Aires. Para el padre, que idolatraba á la niña, aquel momento, según sus propias palabras, era el momento culminante de su vida.

Serían las seis, cuando un joven, envuelto en una larga capa y con el sombrero abatido sobre la frente, preguntó por el escocés.

—¡Caramba, don Santiago!—dijo riendo al entrar.—¿Están ustedes de fiesta hoy?

—Sí—respondió aquél, estrechando la mano fina de su visitante con un formidable apretón.

—Ha elegido mal día entonces, porque hoy necesito su ballenera.

El marino sacudió la cabeza.

—Hoy no, señor Ríos. Se casa mi niña.

El joven lanzó una exclamación de contrariedad.

—¡Precisamente hoy! Bueno, no importa; por eso no dejará usted de hacer el viaje, ¿eh? Usted sabe que yo soy buen pagador.

—Ya lo sé, pero hoy no voy. Me hubiese usted prevenido con tiempo.

—Es una resolución de última hora, pues hasta este momento no sabía si podría ir ó no.

El marino se limitó á encogerse de hombros. El joven Ríos estaba comprometido con una niña de familia unitaria, refugiada en Montevideo, y una ó dos veces al mes, arrostraba el peligro é iba á dicha ciudad á pasar algunas horas al lado de su novia. Mr. Andrews era el único confidente de estas arriesgadas excursiones, que duraban hacía ya algún tiempo y debían continuar mientras sus cuantiosos intereses retuvieran al joven en Buenos Aires. Mucho contrarió, pues, á éste el inesperado obstáculo; pero creyó poder vencerlo.

—¿Supongo que el casamiento se podrá aplazar?

—¡Qué esperanza!

—Bueno, Mr. Andrews. Usted sabe que el precio de costumbre son cinco onzas. ¿Si dijéramos diez esta vez? ¿No? ¿Quince entonces?

El escocés sacudía la cabeza.

—Hoy es inútil, señor Ríos.

—¡Pero hombre! ¿Acaso no son nada quince onzas?

—Son una linda suma; pero hoy no voy. ¿O está usted en peligro?

—¿Peligro? ¿Yo? No. Al menos, no más que de costumbre.

—Bueno, entonces es inútil insistir. Será una noche de estas.

Y ahí quedó firme como una roca.

Fastidiado, el mozo tuvo que abandonar su propósito para ese día. Ya en la puerta, hizo una última tentativa.

—¿Si dijéramos veinte onzas, don Santiago?

Este levantó la mano, y enseñando la palma, la movió de derecha á izquierda, en señal de que no había por qué insistir. Ríos se retiró refunfuñando.

III

No hacía mucho que se había marchado, cuando de nuevo preguntaron por Mr. Andrews. Este se halló en presencia de una agraciada morochita, cuyos grandes y bellos ojos negros expresaban profunda angustia y turbación.

—¿Usted es el patrón de la ballenera «Lucy»?—preguntó.

El escocés inclinó la cabeza y pasó la pipa del ángulo izquierdo de la boca, al derecho.

—¿Y usted lleva gente á Montevideo?

—A Montevideo y á otras partes.

—Quiero decir que... que los más irán á Montevideo ¿no?

Mr. Andrews no consideró necesario contestar. La muchacha se turbó aún más. Luego tomó una resolución.

—Señor—dijo en tono suplicante,—se trata de una persona que está en peligro, en gran peligro, tanto, que si no huye esta noche, no verá el sol mañana. Es pobre, y no puede pagar el pasaje á Montevideo. Me hablaron de usted, me dijeron que era muy bueno, y yo pensé que... que...

—Que lo llevaría de balde ¿eh?

—¡Oh, no señor! De balde no. Yo soy bordadora, y trabajo mucho. Le daré todo lo que gano, así iré pagando poco á poco el pasaje, aunque me cobre... sí, ¡aunque me cobre una onza de oro!

La muchacha había hablado muy ligero, rematando su discurso con la expresión de esa cantidad que le parecía enorme. Así, no había dado tiempo para que le respondieran, ni reparado en su interlocutor. Se cortó al ver su semblante impasible.

—¿Usted no quiere?—balbuceó.

—Hoy no.

—¡Pero si mañana será tarde! Yo sé que la mazorca lo buscará esta noche.

—Hable entonces con otros marinos.

—Ninguno quiere llevarle—sollozó la joven.
—Todos quieren que se les pague de antemano. Dicen que una vez en salvo los fugitivos, sus deudos no se acuerdan de pagar.

—No dejan de tener razón. Siento mucho; pero hoy no puedo hacer el viaje.

—¿Por qué?

—Porque hoy no salgo.

—Pero ¿por qué? ¿por qué?

—Pucs... estoy de fiesta hoy,—repuso Mr. Andrews, fastidiado de tener que dar tantas explicaciones.

—¿Y para asistir á una fiesta se niega usted á salvar de la muerte á un inocente?

—Es que... ¡caramba! No es una fiesta cualquiera. Se casa mi hija.

—¡Oh! Entonces, piense, señor, si su hija pidiera á alguno que salvara á su novio, y se lo pidiera por lo que más quiere, como yo ahora, ¿no bendeciría usted á esa persona si accediese al pedido?

El marino la miraba, conmovido á pesar suyo, ante aquel llamado á sus sentimientos, pero poco dispuesto á ceder. Ya no se podía postergar la ceremonia; el sacerdote estaba prevenido; los convidados, muchos de los cuales habían venido de puntos distantes de la campaña, esperaban; el novio mismo había adelantado la fecha de la boda, porque debía emprender con urgencia un viaje largo y quería llevar consigo á su joven esposa. No era, pues, posible aplazar el casamiento. Casi inconscientemente, Mr. Andrews sacudió la cabeza. La niña lo advirtió, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No diga que no, señor—imploró.—Usted es mi última, mi única esperanza.—Dió un paso hacia él, juntando las manos.—Tenga piedad, señor. Rezaré por usted, por su hija, por todos los que le son queridos. ¡No diga que no! Imploraré sobre usted y los suyos la bendición del cielo. Trabajaré día y noche para pagarle. Vea, este anillo es el único regalo de mi novio, y los aros son un recuerdo de mi madre. Los

tres son de oro; tómelos, no en pago, sino en prueba de que le he de pagar.

El escocés conservó un semblante impassible y la niña al verlo se irguió con un gesto de sublime indignación:

—¿Qué?—exclamó.—¿No quiere? ¿No puede porque se le casa la hija? ¿Quiere que yo le diga por qué no puede?—y aproximándose al marino, con voz ronca, prosiguió:—Porque no tengo dinero, porque no le pago anticipadamente, porque no oye el tín-tín del oro, ni ve el brillo de las monedas. Si yo le ofreciese ahora un puñado de onzas, así se le casaran á usted veinte hijas, no dejaría de hacer el viaje esta noche. Iré y le traeré dinero; lo conseguiré. ¿Una onza? ¿Dos onzas? ¿Tres? Se las traeré; ¡pero quiera Dios que un día no les falten también á ustedes unos cuantos miserables pesos para comprar la vida de una persona querida!

Abrió la puerta, con los ojos centelleantes. Vivamente impresionado, Mr. Andrews la detuvo.

—Venga aquí, señorita. No me ofenda usted. No es para mí cuestión de dinero. Sepa usted que diez minutos antes de su llegada, estuvo aquí un joven que me ofreció veinte onzas por el mismo viaje, y le dije que no. Ya ve usted que no tengo necesidad de dinero.

La niña escuchaba absorta, entreabiertos los labios.

—¡Veinte onzas!—murmuró.

—No se preocupe usted de las onzas. Vaya y diga á su novio que esta noche le llevaré á Montevideo. Merece ser salvado el que es tan querido de una niña enérgica como usted. Pero no maldiga más, señorita. Es muy feo, sobre todo cuando se hace injustamente.

—Perdóneme, señor—suplicó la muchacha, cuyas mejillas encendió el rubor de la vergüenza.—Cuando se ama y se tiene miedo, una no sabe lo que dice. ¡Dios y la Virgen le bendigan, como yo le bendigo ahora!

Se inclinó y quiso besar la mano del marino, pero éste la retiró bruscamente, muy chocado.

—¡Qué criollos éstos!—pensó.—¡Siempre de un extremo al otro!

IV

Cuando, después de haber arreglado todos los pormenores la muchacha se hubo retirado, mister Andrews se dió cuenta de dos cosas: que aquella tarde había hablado más que nunca en su vida, y que su opinión acerca de las criollas había sufrido una sensible modificación. Se despidió tranquilo de su familia, á la que dejó en

plena fiesta, y á la tarde del día siguiente, un hombre escapado á las furias de la mazorca desembarcaba de la ballenera «Lucy» y pisaba, henchido el corazón de gratitud, el libre suelo oriental.

Para la patria

I

—¡Oh, don Ventura! ¡Adelante! Le felicitamos. Todo un éxito, el teatro lleno. Su beneficio debe de haberle producido una buena cantidad de dinero, ¿eh?

El interpelado, miembro de la compañía cómica que en 1812 daba sus representaciones en el entonces único teatro de Buenos Aires, penetró, riendo y satisfecho, en el círculo de sus compañeros.

—Gracias, muchachos. Sí, es verdad, no puedo quejarme—respondió, golpeando con ademán expresivo uno de sus bolsillos.

—¿Ya cobró? ¿Cuánto?—le preguntaron con el interés que despiertan siempre estos asuntos de dinero.

—Cuatrocientos ochenta y cinco pesos, —contestó don Ventura Ortega.

—¡Diablo! Mi enhorabuena: tiene usted mucha suerte. Me parece que no le ha de llegar en mal momento ese dinero.

—¿Mal momento? Ya lo creo que no. Muy al contrario...

—¿Y qué va á hacer con tanta plata?

—¡Ah!—La cara honrada y alegre del artista se iluminó con una sonrisa de íntima satisfacción.—¡Si ustedes supieran! Por lo menos, estoy seguro que no lo adivinarían fácilmente.

—¿Alguna francachela?

—¡Qué francachela! Mucho mejor.

—¿Va á hacer compras?

—Mejor todavía.

—Vaya, dígalo usted entonces.

—Bueno, pues; sepan que este dinero es para la *patria*—declaró don Ventura, brillándole los ojos de contento.—¡Para la patria!—repetió, dando otro golpecito en el bolsillo donde guardaba la suma cobrada.

—¿Para la patria? ¿Y por qué? ¿Para qué lo quiere la patria?—le preguntaron con asombro.

—¿Cómo, para qué lo quiere? ¿No saben ustedes cuántos sacrificios tiene que hacer todos los días, sus gastos enormes y los pocos recursos de que dispone? Es justo, entonces, que sus hijos le demos lo que nos sobra.

Estas palabras produjeron la sorpresa que era de esperar. Algunos de los oyentes aplaudieron, otros se echaron á reír, unos cuantos se encogieron de hombros.

—Yo creo—observó uno,—que el deber de cada cual, es atender primero á su familia, que la patria ya se atiende á sí misma.

—Sin contar—agregó otro,—que no me parece que esos cuatrocientos y pico le «sobren» á usted, que digamos.

—Ya se las entenderá con su señora—dijo un tercero.

Don Ventura no consideró necesario seguir discutiendo el asunto con esos individuos que tan poco le comprendían, y saludando con reserva y un si es no es de frialdad, aunque sin descortesía, se retiró.

Uno de sus compañeros hizo ademán de ajustarse un tornillo en la sien.

—Un verdadero comediante—dijo.—Siempre por las nubes, nunca en la realidad. Eternamente cree estar en escena. ¡La Patria! Me parece que su mujer pensará primero en sus chicos y después en la patria. En fin, allá él.

Y los comentarios risueños y burlones continuaron.

II

Don Ventura Ortega llegó á su casa, y radiante de felicidad enseñó á su esposa el puñado de dinero que le había producido su beneficio.

—¿Cuánto?—preguntó también ella, mientras una sonrisa dibujábase en su cara usada donde el trabajo y los cuidados habían grabado sus huellas profundas.

—Cerca de quinientos pesos.

—¡Gracias á Dios! exclamó doña Teresa.— Al fin saldremos un poco de tanta estrechez.

Don Ventura callaba, retorciéndose el bigote. Le dolía comunicar á su mujer la intención de ofrecer al gobierno esa pequeña suma; pero el patriotismo de la época, abnegado y ardiente, exaltado y desprendido, especie de fiebre casi incomprensible para las generaciones actuales, le dominaba por completo y le hacía olvidar todo lo demás.

Sucedió como lo había previsto: doña Teresa le increpó elevando sus protestas en cuanto le participó el proyecto; pero él no cedió, como no cedió tampoco ante sus lágrimas, mucho más difíciles de resistir.

—Pero, ¿en qué piensas tú?—exclamaba la pobre mujer.—¿Ya no te acuerdas de tus hijos, ni de mí, que me mato trabajando, ni siquiera de que la Casa de Comedias amenaza ruina y se va á cerrar, y todos los artistas quedarán en la calle? En cambio te acuerdas del gobierno, que no necesita de tu dinero, porque tiene bastante y no le va ni le viene esta suma miserable, que para nosotros es una fortuna.

—Tú no entiendes eso, Teresa. En todo he pensado; pero no creas que vamos á caer en la miseria si se llega á cerrar el teatro. Yo encontraré otra clase de trabajo; aquí en Buenos Aires no se muere de hambre quien tiene brazos y voluntad para trabajar. Tú que has sido siempre mi mujer guapa y animosa, ño me quites ahora el placer de ofrecer este dinero al Estado. Conque ño llores más, mi buena vieja; yo sé que en el fondo apruebas mi acción. ¿No es verdad?

Realmente era así. A pesar de sus lamentos, doña Teresa se sentía orgullosa del acto de desprendimiento de su marido, y capaz de participar en él. La afligía pensar en su numerosa familia y en todas las cosas que necesitaría haber comprado; pero en ella, como en don Ventura, prevaleció el exaltado amor á la patria que desde 1806 flotaba en el ambiente argentino y producía los fenómenos más hermosos y extraordinarios.

Los esposos acabaron por convenir en que don Ventura iría al día siguiente al Cabildo para hacer la donación.

III

El Cabildo de Buenos Aires se hallaba reunido en sesión ordinaria, cuando se le anunció que el ciudadano don Ventura Ortega pedía se le escuchara en un asunto importante. Se le admitió en el acto.

El honrado comediante, una vez en presencia de la autoridad, se turbó, é invitado á hablar, buscó en vano las primeras palabras del pequeño discurso que había preparado para el caso.

—¡Honorable Cabildo—comenzó,—señores cabildantes! He venido... aquí estoy... y perdió el hilo de sus ideas, sin esperanza de volver á encontrarlo.

—¿Usted venía á pedir algo?—le preguntó bondadosamente don Francisco Javier de Riglos, para acudir en su ayuda.

—Sí, señor... es decir, ¡al contrario!

—¿Al contrario?

Ortega sacó del bolsillo su dinero y lo colocó en la mesa.

—Vengo á ofrecer esto á la patria—explicó.

Por el momento, ninguno de los miembros del Cabildo supo responder á esta manifestación sorprendente é inesperada. Después, con palabras amables y deferentes, se le dió á en-

tender que no había lugar á semejante sacrificio. El hombre se ofendió.

—Ya veo que ustedes no quieren aceptar mi dinero, señores. ¿Por qué no? Pueden tomarlo con confianza, que es honradamente ganado. Es poco, pero no tengo más. No me hagan ese desaire, caballeros. ¿Será que no quieren recibirlo porque viene de un artista de teatro?

—¡Pero hombre!

—¿Y entonces? No me quiten esta alegría de ayudar al gobierno en la medida de mis fuerzas. Usted, señor—se dirigió á uno de los cabildantes, al que conocía personalmente,—usted convenza á estos caballeros de que no deben rechazar lo que les ofrezco.

—Pero usted tiene una larga familia, Ortega, y no cuenta sino con su sueldo. Piense primero en su mujer y en sus hijos.

—Mi mujer y mis hijos—repuso con orgullo Ortega—piensan como yo, y se hacen un honor en ofrecer este dinero á la patria:

La curiosa y conmovedora escena se prolongó. Para cortarla, se le agradeció al artista su desprendimiento, notificándole que su generosa donación sería aceptada previa autorización del supremo gobierno.

En consecuencia, el Cabildo dirigió al gobierno la siguiente nota, única quizás en su género en los anales argentinos.

IV

«Sala Capitular de Buenos Aires, Agosto 18 de 1812.—Excmo. señor: Ventura Ortega, individuo de la compañía cómica de esta ciudad, ha dado en la ocasión un testimonio, el más irrefragable de lo que es capaz el espíritu de patriotismo, electrizado con el entusiasmo de la libertad. Sujeto á lo que puramente le rinde su trabajo personal para sostén de una mujer y numerosa familia, sin más arbitrios ni recursos que éste para el alimento diario y escasa decencia, y cuando el beneficio que por contrata le corresponde en las representaciones teatrales produjo á su favor la cantidad líquida de cuatrocientos ochenta y tantos pesos, muy bastante á mejorar en algo su situación, ha usado de la generosidad sin ejemplo, de venir en persona á la Sala Capitular y oblar íntegra aquella cantidad para que se invirtiese en objetos útiles á la patria. Absorto el Cabildo con tan extraordinaria demostración, que debe servir de modelo á todos, y de confusión á muchos, vaciló entre admitir y no admitir la oferta. Se le presentaba por una parte la escasa fortuna de Ortega, una mujer y varios hijos á quienes debe alimentar, y la circunstancia de amenazar rui-

na en el día la Casa provisional de Comedias, motivo por que se habían mandado suspender las funciones cómicas de que resultaba quedar Ortega privado aún de ese arbitrio para subsistir; por otra, parecía forzoso no desairar á un hijo digno de la patria; y se interesaba ésta en aquella donación. En este caso apurado, se adoptó el medio de ocurrir á V. E. por el competente permiso, para no admitir la donación, por exorbitante, porque priva á una familia aun de los precisos alimentos y porque la patria no está en estado de echar mano de semejantes recursos; se le hizo entender á Ortega, que el Cabildo tenía que consultar sobre el asunto con el superior gobierno y que entretanto retuviese en su poder aquel dinero; y aquí fué donde como enajenado desplegó todos sus sentimientos, rogó, instó, virtió lágrimas y aun imploró el auxilio de algunos para que con sus expresiones estimulasen al Ayuntamiento á no desairar la oferta, haciendo otras demostraciones que excitaron toda la sensibilidad del cuerpo capitular y lo estrecharon por entonces á significarle á Ortega que estaba admitida su generosa donación, pero que, para recibir el dinero, era preciso esperar la superior resolución de V. E. con lo que se aquietó algún tanto, sin dejar por esto de interponer otros respetos al logro de sus nobles designios.

»El hecho referido puntualmente en los mismos términos en que acaeció, envía la más alta idea del espíritu que anima á este buen hijo de la patria y exige toda su gratitud. Por lo tanto, cree el Cabildo ser de indispensable necesidad el que no se haga lugar á una oferta, que si bien redundaría en beneficio de la misma patria, expone á una benemérita familia á sufrir por ella escaseces de bulto, cuando aun no es llegado el caso de estos arbitrios; y espera que V. E. se dignará determinarlo así con las demostraciones que fueren de su superior arbitrio y á que se ha hecho acreedor Ortega, mandando se publique en la *Gaceta*, para satisfacción suya y de la patria, y confusión de los tiranos.»

Aquí la larga lista de firmas de los cabildantes.

V

Pocos días después, el gobierno procedió en la siguiente forma:

«Buenos Aires, 20 de Agosto de 1812.—El Gobierno, reconocido á la generosidad del donante y prestando las debidas consideraciones á su benemérita familia, admite el donativo de una onza, con destino á la satisfacción de un fusil en que se pondrá el nombre de este virtuoso.

so patriota, para que defienda con él los derechos de su patria en las ocasiones de guerra que se ofrezcan en esta capital, devolviéndosele la cantidad restante con las más expresivas gracias á nombre de la Patria y del Gobierno, que jamás olvidará este rasgo heroico de patriotismo: contéstese al Excmo. Ayuntamiento, publíquese en la *Gaceta Ministerial*.»

Este decreto, concebido en términos sobrios y nonrosos tanto para el gobierno que lo expedía como para el ciudadano al cual iba dirigido, apareció tres días después en la *Gaceta*, llevando á un hogar noble en medio de su pobreza, por la elevación de sus sentimientos, alegría y legítima satisfacción.

¡Invencible!

I

—Ven aquí, chico. Dime: ¿recuerdas lo que te enseñé ayer?

—Sí, tata, ¡ya lo creo que me acuerdo! Pregúnteme no más.

—Vamos á ver, ¿qué eres tú?

—Soy un argentino libre.

—¿Y yo?

—Usted es un gaucho del general Güemes.

—¿Quién es el general Güemes?

—El gobernador de Salta y defensor de la provincia contra los *godos*.

—¿Y los godos?

—Son los que sirven al Rey de España y quieren que nosotros le sirvamos también... Diga, tata, ¿es cierto que los godos tienen garras y cuernos como el diablo?

—¿Quién te enseñó semejante disparate, Juancito?—interpuso la madre, que escuchaba el singular examen á que sometía su marido al hijo primogénito.

—Todos lo cuentan,—contestó el chicuelo.

—Usted no tiene que hacer caso á los otros, sino á mí—le reconvino su padre.—Atiéndeme: si vinieran los godos mientras yo no estuviera, ¿qué harías?

—Pues, montaría á caballo y lo llamaría á usted.

—¿Y no tendrías miedo?

—¡Qué iba á tener miedo yo!

Los padres se rieron de ese pillete de tres palmos de alto, que tan bien repetía su lección; comprendiéndola tanto, dicho sea de paso, como la hubiera comprendido una de las verdes cotorritas parlanchinas de sus bosques natales. Pero—según opinaba su padre,—nunca es temprano para enseñarles á los chicos lo que deben saber. No importaba que primero repitieran como loros quiénes son los godos, Güemes, los gauchos y ellos mismos; con el tiempo comprendían.

El bravo salteño enunciaba con sencillez la profunda verdad del pensamiento de los guerrilleros argentinos, y en particular, del gran maestro de todos ellos, el general Güemes. Una guerra de recursos como la que se hacía en Salta, sólo era posible cuando todo el pueblo se hallaba penetrado del odio hacia los enemigos, y de la conciencia, ó por lo menos la fe, en su propia superioridad. Los hombres de

todas edades, las mujeres de todas las escalas sociales, los niños y los ancianos debían estar imbuídos, empapados en este mismo sentimiento. El enemigo no debía tener punto de reposo de día ni de noche, seguro de ser atacado repentinamente, con rapidez increíble, por jinetes veloces que cargaban con ímpetu, disparaban algunos tiros, se dispersaban como una nube de insectos y desaparecían para reaparecer en el próximo recodo del camino serrano, en medio del bosque ó en el patio de alguna finca abandonada. La perpetua zozobra en que vivían los realistas, aislados en ese medio hostil y traicionero, era una de las armas más poderosas que esgrimía Güemes, quien sabía tocar, á las mil maravillas, los resortes secretos que conmueven los ánimos.

Los nombres sugestivos de Gauchos y Dragones Infernales influían no poco en el espíritu del pueblo, dispuesto siempre á dejarse conducir por una mano fuerte y hábil. Así, Salta oponía una sola masa compacta de resistencia á los realistas; y representaba la puerta erizada de lanzas que cerraba por el Norte la entrada á la nueva patria. Y tal cosa era la provincia bajo la dirección de un hombre extraordinario, de un general que no dirigía sus ataques y á quien llamaban cobarde sus enemigos: que nunca se le veía en el campo de batalla, y sin

embargo, era adorado por sus hombres; que no perdía su autoridad y predominio, y mantenía en armas, entusiasmado y fiel, á un pueblo entero sometido al prestigio de su fascinadora personalidad.

II

Durante todo el día, la tropa del general español don Jerónimo Valdez había marchado á través de los enmarañados bosques salteños. La tarde caía: una tarde húmeda y cargada de electricidad. El aire estaba lleno de vahos enervantes, que emanaban del suelo fecundo donde se pudrían las hojas caídas y brotaban mil plantas de olores penetrantes y pesados.

Los gérmenes de la fiebre flotaban en la atmósfera caliente y espesa de la selva, á cuyas profundidades jamás llegaba la luz purificadora del sol.

La tropa marchaba en columna tan cerrada cuanto lo permitían la estrechez y aspereza del camino. Hombres y animales iban cansados. Los caballos y mulas caminaban con la cabeza gacha, sin ese movimiento vivo y continuo de las orejas, que tienen cuando están animados; únicamente agitaban la cabeza y la cola para defenderse de las densas nubes de mosquitos

que zumbaban en torno de ellos; á veces, un caballo se sacudía todo entero, nervioso é impaciente, haciendo sonar sus guarniciones. Los soldados no marcaban el paso y sostenían con negligencia las armas; pero sus ojos, hundidos y brillantes de fiebre, miraban con recelo las espesuras verdinegras que se levantaban á uno y otro lado como tabiques tras de los cuales acechaba la muerte. De vez en cuando, un ruido repentino hacía estremecer á los hombres; entonces sujetaban con más fuerza sus armas, y luego, murmurando una maldición, comprendían que se habían alarmado inútilmente.

Al frente de la columna cabalgaba el general Valdez, conversando con su edecán y otros oficiales.

—Hemos tenido un día maravillosamente tranquilo—observó Valdez.—Ni un solo ataque.

—Todavía no es de noche, señor general, repuso sentenciosamente el edecán.

—¿Quiere decir que hay tiempo todavía?

El edecán señaló, sin responder, las masas oscuras de follaje que flanqueaban el camino. El general comprendió la alusión muda.

—Creo que pronto saldremos del bosque—dijo.

—Y cuando salgamos del bosque, mi general, llegaremos á alguna sierra donde esos de-

monios, que parecen pegados á sus caballos, surgirán de un hueco ó bajarán de una loma, nos matarán dos ó tres hombres sin que podamos hacerles nada, y se desvanecerán como humo. Nuestros soldados desconfían; dicen que con razón se llaman «infernales», pues ese Güemes parece haber hecho un pacto con el diablo, merced al cual él y los suyos tienen el poder de hacerse invisibles. Y si no llegamos á una sierra, atravesaremos una cañada donde nos veremos de pronto rodeados, ó acamparemos en algún pueblo donde hasta los perros parecen saber que somos enemigos.

El general suspiró; pero no quiso dar á entender que también estaba descorazonado.

—Usted está cansado, amigo—repuso á su edecán,—por eso habla así. ¿O acaso desespera del triunfo de la causa del rey?

—Yo no desespero de nada, mi general; y aunque lo hiciera, estaría siempre en mi puesto. Nunca mi mano dejará la espada y en la victoria como en la desgracia, el rey me hallará fiel. Pero reconozco y confieso que nuestra situación es desventajosa. Estamos desligados del Perú, nuestro centro de recursos. Aislados, solos, en un país donde hierve la rebelión, al frente, á retaguardia, á ambos lados. Fuera del suelo donde afirmamos el pie, nada es nuestro; ni un palmo de tierra nos pertenece. Nos agita-

mos en el vacío. En el Perú creíamos que en cuanto nos presentáramos acudirían en tropel alrededor de nuestras banderas, todos los habitantes de estas provincias. ¡Qué error! ¿Cómo habríamos de ser dueños de sus cuerpos, sin ser antes señores de sus espíritus? ¿Cómo imponerlos á esos rebeldes? ¿Por el cariño? Nos odian. ¿Por el terror?

El edecán calló un momento. Los demás también guardaron silencio, penosamente impresionados por el cuadro sombrío, pero exacto, que acababa de trazar su compañero.

—Para batirlos con ventaja—prosiguió aquél después de un instante,—sería necesario pelear con sus mismas armas, tener á nuestras espaldas, como tienen ellos, una masa popular pronta á socorrernos, ampararnos, prestarnos ayuda de toda clase. Precisaríamos una gran reserva de caballos, para tenerlos siempre descansados y frescos. Sería menester, además, un conocimiento tan minucioso de este intrincado país salvaje, como lo tienen los enemigos. Entonces podríamos batir partida por partida, volver ataque por ataque, sorpresa por sorpresa á esos jinetes fantasmas que nos rodean. Un ejército como el nuestro, que forma una masa compacta y pesada, jamás podrá luchar ventajosamente con esas guerrillas ligeras, que zumban alrededor como fastidiosos mosquitos, llegan, pican, los espan-

tamos; vuelven, pican de nuevo y siguen zumbando, hasta que furiosos, extenuados é impotentes, cedemos ante ese enemigo impalpable.

—He leído, pues yo era entonces su secretario—interpuso un oficial joven,—una carta que el general La Serna escribió al comandante salteño don Francisco Uriondo. Recuerdo las palabras exactas; eran éstas: «¿Cree usted por ventura que un puñado de hombres desnaturalizados y mantenidos con el robo, sin más orden, disciplina ni instrucción que la de unos bandidos, puede oponerse á unas tropas aguerridas y acostumbradas á vencer las primeras de Europa, y á las que se haría un agravio comparándolas á esos que se llaman gauchos, incapaces de batirse con triplicada fuerza, como es la de su enemigo?»

—Así pensaba La Serna—dijo el general con tristeza.—Entretanto se habrá convencido de que una cosa es escribir cartas denigrantes á los enemigos, y otra hallarse en presencia de ellos y batirlos. Pero basta ¡vive Dios! de tan tristes conversaciones, que sólo son perdonables á causa del día abrumador que hemos sufrido. Todavía no se ha perdido nada y no es lícito desesperar. Creo—añadió—que por fin hemos llegado al lindero del bosque y saldremos de esta atmósfera asfixiante.

Era verdad. Poco después, la columna dejó

atrás la enorme masa de lujuriosa vegetación y se halló en una llanura fértil, á través de la cual corría un río límpido y azul. A lo lejos se divisaba un solitario rancho; algunas cabras brincaban alrededor. En el dulce silencio de la tarde, sólo se oía el murmurar monótono del agua. Una suave luz rosada bañaba el paisaje, y cubriendo como un velo el azul del firmamento, daba á éste el tinte lila de las hortensias. ¡ Había allí tanto reposo, tanta calma! Los guerreros fatigados hubieran querido tenderse allí, al borde del río, á respirar tranquilamente el aire perfumado y puro, tan distinto de los efluvios febriles y venenosos del bosque húmedo. Pero ¡ ay! había que marchar, marchar siempre; aun no era llegada la hora del descanso.

La intención del general era tentar la sorpresa de un pueblo que distaba de allí unas dos leguas. No había tiempo que perder.

Continuaron. Al acercarse al rancho, vieron salir de él una mujer, que se detuvo un momento al divisarlos y volvió á ocultarse. Era la madre de Juancito.

Un niño salió corriendo del rancho. Internóse hacia el potrerillo adyacente; desató un caballo tostado que se hallaba junto á la puerta, trepó encima como un gato y se alejó á la carrera. Su cuerpecito semidesnudo, esbelto, gracioso, bronceado, casi del mismo color del caballo, parecía formar parte integrante de éste.

En un recodo del gran camino que seguían vieron al jinete y comprendieron que ése era el que malograría la proyectada sorpresa del pueblo. Muchos fusiles se levantaron é hicieron fuego y tres jinetes se lanzaron en su persecución para prenderlo.

Cuando parecía ya que lo alcanzaban, el chico se deslizó al suelo, desapareciendo como una lagartija entre los matorrales. El caballo regresó al rancho, donde la mujer, reclinada contra el marco de la puerta, observaba la escena como extraña á ella, con mirada tranquila y satisfecha.

Con un sentimiento mezclado de despecho y admiración, el general Valdez exclamó:

—¡A este pueblo no lo conquistaremos jamás!

Y sus palabras fueron proféticas.

El naufragio de la «Uribe»

I

A la puerta de una casita de humilde aspecto, varios hombres embozados formaban grupo, una noche de Octubre de 1814. Esperaban á alguien. Transcurrido un largo rato empezaron á revelar impaciencia: uno se reclinó en el marco de la puerta, otro penetró en el interior de la casa y volvió á salir inmediatamente, y el tercero se sentó en el umbral.

—¡Cómo tarda ese hombre!—dijo deteniéndose el que demostraba mayor impaciencia.—Estamos perdiendo el tiempo.

—¿Vamos á llamarlo?—propuso el otro.

—No, déjelo—dijo el que estaba sentado.—Denle tiempo para despedirse de su madre. ¿Acaso nosotros no nos hemos despedido también de los nuestros?

Los demás cedieron y continuaron esperando.

Entretanto, el compañero á quien aguardaban tenía entre sus brazos á una anciana que sollozaba convulsivamente y le sujetaba con

sus manos débiles como resuelta á no soltarle jamás. Era su hijo; sacerdote de semblante severo y enérgico, que la acariciaba sin hablar, pues sabía que todas las palabras serían vanas para calmar semejante dolor.

—Es hora, madre mía—dijo al fin, levantando dulcemente de su hombro la cabeza de la anciana.—Los compañeros me esperan.

—¡Me voy á quedar sin hijo!—exclamó la pobre madre.—Ya no volveré á verte más.

—No desespere, madre mía, y no olvides nunca que soy chileno. En Buenos Aires tu recuerdo sagrado me estimulará para trabajar por la libertad de la patria; y volveremos á vernos en tiempos más felices. Estoy seguro de ello.

—¿Cómo podrías trabajar en Buenos Aires por la libertad de Chile? No, hijo: si te vas tengo el terrible temor de no verte á ver...

—Me será más fácil que aquí—replicó aquél, con dulce voz de convencido,—pues allá seré libre. Ten esperanza, madre querida, y volverás á ver á tu hijo.

La abrazó con ternura, besó repetidas veces sus cabellos blancos, sus mejillas húmedas de las lágrimas que corrían sin cesar; estrechó sus manos, y se retiró apresuradamente. Cuando ya estuvo cerca de la puerta, la anciana se puso de pie, lanzó un grito y corrió tras él. El sacerdote tuvo que desprenderse casi á la fuerza de los brazos que le estrechaban con poder increí-

ble. Besó una vez más á su madre, y conteniendo su dolor, salió para reunirse con los amigos que le esperaban en la puerta.

II

El 15 de Octubre de 1815 zarpó de la rada de Buenos Aires una escuadrilla al mando del almirante don Guillermo Brown. Uno de aquellos cinco buques, la goleta «Uribe», era propiedad del presbítero chileno don Julián Uribe, el mismo á quien vimos aquella noche despidiéndose de su desconsolada madre.

Este sacerdote había sido uno de los patriotas que primero lucharon por la emancipación de Chile. Perteneció á la junta de gobierno; después de la derrota de Rancagua y de la restauración del gobierno español, cuando muchos patriotas fueron apresados y enviados á la isla de Juan Fernández en las soledades del mar Pacífico, escapó milagrosamente de correr la misma suerte. Pasó la cordillera y en Buenos Aires, lejos de su patria, buscó medio de servirla, uniéndose á algunos compatriotas igualmente decididos por la emancipación americana.

A los pocos meses de estar en Buenos Aires, el gobierno argentino hizo armar algunos buques para hostilizar á los realistas por mar, combinando su acción con la que desarrollaban

sus ejércitos en tierra. La escuadrilla debía doblar el Cabo de Hornos, atacar las poblaciones de la costa del Pacífico y apresar los buques que hallara á su paso.

Uribe comprendió que había llegado la ocasión propicia, y resolvió tomar parte en la expedición.

Compró y armó una goleta bautizándola con su propio nombre, y se embarcó en ella con algunos emigrados chilenos.

De pie en la cubierta de su buque, el sacerdote miraba desaparecer á lo lejos la ciudad de Buenos Aires. Ya sólo se veía de ésta las altas cúpulas y las torres, más allá del cabo que separa las dos graciosas bahías que cierran al Norte y al Sur las puntas de San Isidro y de Quilmes. Cruzaban el cielo azul oscuro, largas nubes blancas, como fajas de bandera; las velas de los buques que navegaban á alguna distancia unos de otros, brillaban con blancura de nieve á la luz del sol. Todo en aquel cuadro hermoso era azul y blanco, como la bandera que pronto había de ser conocida, aclamada y bendecida por los pueblos libres de la América del Sur.

Pensamientos graves debían ser, empero, los que agitaban al sacerdote: ideas ajenas al conjunto radiante de agua y luz que le rodeaba. Agitábase un gran conflicto en su alma. Se había unido á la expedición de Brown para liber-

tar á los prisioneros de Juan Fernández, sí: pero al mismo tiempo para tomar parte en la guerra de corso, que distaba muy poco de la piratería. ¿Cuadraba esto con su carácter de sacerdote?

Durante la fiebre de los preparativos, había conseguido apartar de su mente esta pregunta; pero una vez terminados aquéllos, y ya en viaje, el presbítero no pudo eludirla por más tiempo. Planteada con claridad breve y severa, tuvo que contestarla.

—¡No! Como sacerdote, su misión no era de guerra, y el contraste del pensamiento con el hecho le atormentaba. Llegó á creer que debió haberse contentado con libertar á los compatriotas cautivos. Entonces la empresa habría conservado para él algo de su carácter de patriotismo puro, tal como había agitado su alma en los principios de la lucha. El sacerdote debía ser mensajero de paz: la guerra estaba fuera de su esfera. El nimbo patriótico que rodeaba la empresa podría engañar á otros; pero á él, que tenía la conciencia amoldada á un alto idealismo, no le dejaba ya tranquilo. Aunque no tomase nunca parte activa en los asaltos y combates, estaría allí; el buque era suyo, llevaba su nombre; él lo había equipado y era el alma de la empresa en la frágil nave.

Desde aquel día presentimientos siniestros

agitaban el espíritu de Uribe, como si la ira del cielo hubiera de descargarse sobre él y sobre sus compañeros inocentes.

Las primeras semanas del viaje pasaron sin novedad. No existían en aquellos mares buques españoles, de suerte que no había que pensar en ataques ni defensas.

Los chilenos que viajaban en la nave estaban animados de las esperanzas más risueñas. Muchos de ellos tenían entre los prisioneros un amigo ó un hermano á quien pensaban llevar la libertad, y además, libres de los escrúpulos que atormentaban al presbítero, contaban con el rico botín que les tocaría en suerte en la guerra marítima que iban á emprender, y con supremo amor pensaban en la victoria de la patria. Esperaban vengarse de la opresión de los realistas y cooperar como buenos y esforzados patriotas á la independendencia de Chile. La mayor parte de ellos eran jóvenes llenos de vida y esperanzas, y formaban una compañía bastante bulliciosa y alegre. Unicamente el presbítero pasaba solo la mayor parte de su tiempo. Sus compañeros, viéndole triste, trataron de distraerle; pero no lo consiguieron, pues á nadie comunicaba el motivo de su melancolía.

III

A medida que la escuadrilla avanzaba hacia el Sur, el tiempo iba cambiando.

El cielo hermoso y azul se cubría de nubes oscuras ó se ocultaba detrás de espesas neblinas. Comenzaban á soplar recios vendavales. La escuadrilla había entrado en la región de las tormentas, en los mares bravíos en que se sepultaron centenares de buques; en el Atlántico meridional.

Tres días hacía que la «Uribe» se hallaba aislada, pues una densa neblina la había alejado del convoy y no pudo encontrarlo á pesar de haber disparado muchos cañonazos. El peligro era grande. El comandante, marino experto, nada podía hacer contra esa muralla gris y húmeda que encerraba por todos lados al barco limitando el horizonte á algunas varas de distancia. Era de temer que la nave chocara contra un escollo y se hiciera pedazos.

Reinaba completa calma y la «Uribe», en medio de la niebla, avanzaba apenas llevada por la corriente.

En el castillo de popa se hallaba don Julián Uribe, tratando de penetrar con la mirada ese terrible velo pardo que se hacía cada vez más espeso. El comandante no sabía decir á ciencia

cierta dónde se hallaban; muy al Sur, según sus cálculos, quizá á la altura del Cabo de Hornos. De repente sintiéronse rumores lejanos, y á través de las jarcias pasó un sonido prolongado, rápido, agudo como un silbido. Al mismo tiempo una orden del comandante llamó sobre cubierta á toda la tripulación.

Los silbidos en lo alto continuaban, mezclándose con voces más graves y profundas. La calma había cedido á un viento recio que aumentaba por momentos. Las neblinas grises comenzaron á agitarse; ondulaban, se movían, flotaban como cortinajes, y de pronto se desgarraron revelando á los ojos de los marinos espantados un espectáculo aterrador.

A algunas millas hacia el Oeste se divisaba una costa escarpada, rocallosa, sin bahías ni fondeaderos, y numerosas islas é islotes entre los cuales hervía el agua verde sombría, que al estrellarse contra las piedras se transformaba en espumas níveas. Hacia el Sudoeste una enorme roca solitaria y negra, escarpada é inaccesible avanzaba en el océano su mole gigantesca. Por todos lados, rocas aisladas y puntiagudas levantaban del mar sus frentes desnudas, verdinegras y viscosas; alrededor de ellas rugían las rompientes, y en el fondo negro del cielo aves marinas destacábanse con fantástica blancura.

Los navegantes se dieron cuenta inmediata-

mente del lugar. Esas islas de piedra eran las más meridionales del archipiélago de Tierra del Fuego, y aquel promontorio cuyas laderas bajaban al mar rectas como murallas era el Cabo de Hornos, de terrible fama.

El comandante no perdió su serenidad. Conocía aquellos mares; el buque era bueno y la tripulación acostumbrada á los peligros.

Dos de las velas, antes de que pudieran ser recogidas, estallaron con siniestros ruidos. Otra colgaba suelta y semejaba un enorme pájaro prisionero que aleteara desesperado. Fué necesario cortarla y el viento se la llevó.

Las olas, cada vez más grandes, levantaban al buque en sus lomos, se lo arrojaban una á otra y luego lo dejaban caer con un estallido ensordecedor; ya lo inclinaban á babor, ya á estribor, hundían tan pronto la popa como la proa, y barrían la cubierta llevándose todo lo que no estuviera firmemente asegurado.

Los marineros trabajaban valerosamente, y las órdenes del comandante eran obedecidas con calma y precisión.

A pesar de todo esto, la «Uribe» se internaba más y más entre los escollos, acercándose á las rompientes que tronaban en los arrecifes. El palo mayor se quebró bajo la fuerza del viento. El buque no obedecía al timón y bailaba al capricho del viento y del mar.

De pronto un choque violento lo conmovió de popa á proa; se sintió un golpe, un ruido seco como si la quilla raspaba sobre algo duro. La «Uribe» se sacudió un momento y luego permaneció inmóvil.

Los hombres enmudecieron de terror; el viento al parecer callaba, y el océano se serenaba...

En medio de la calma momentánea, resonó un grito de angustia, lanzado por muchas bocas, y ante los ojos azorados de los tripulantes el buque empezó á abrirse. El agua penetró en la hendidura con un rumor sordo como un ronquido, mientras se hundían la proa y la parte media arrastrando consigo á los infelices que no tuvieron tiempo de ponerse en salvo. Sólo permaneció fuera del agua el castillo de popa, encallado en una roca.

Allí se refugiaron los sobrevivientes.

Se acercaba la escena final de esa tragedia representada en la soledad de los mares entre los aullidos de la tormenta, el rumor de las olas sublevadas y los gritos estridentes de gaviotas y petreles.

El presbítero, al ver que todo iba á concluir, tuvo por un momento la idea de arrojar al mar para aplacar con su sacrificio la ira de Dios; pero desechó la idea del suicidio como indigna de un hombre y de un sacerdote. Debía

permanecer en su puesto hasta el último instante para animar á sus compañeros con su ejemplo, ya que no había podido librar su conciencia de una grave responsabilidad.

En medio del tumulto, oraba en voz alta. Alrededor de él se estrechaban marineros, soldados, oficiales, blasfemando algunos, rezando otros postrados á los pies de aquel hombre cuyo ministerio le elevaba sobre los demás con el poder de perdonar y de absolver en el umbral de la muerte.

Una ola monstruosa se precipitó sobre los restos de la «Uribe», y el castillo de popa, hasta entonces firme sobre su peñasco, empezó á moverse, á levantarse; se dió vuelta, se inclinó á babor...

Había llegado el instante último, supremo, el momento tremendo en que caen todas las caretas, desaparecen todos los disfraces, todas las ficciones; en que el hombre se muestra bajo su figura verdadera, noble ó vil, generoso ó egoísta, cobarde ó abnegado, cuando el valor llega á la altura del heroísmo sublime ó el miedo trastorna los sentidos nivelando al hombre con la bestia enloquecida de terror.

En el naufragio de la «Uribe» todas las pasiones dieron una nota; hombres empujándose mutuamente al agua para apoderarse de uno de los botes que danzaba entre el torbellino; dos

hermanos perecieron porque ninguno quiso aceptar un trozo de madera que le ofrecía el otro para aferrarse... escenas de sacrificio y de brutalidad.

La popa se desprendió de la roca y acto continuo las olas se apoderaron de ella haciéndola girar como un trompo en danza vertiginosa, y los que aun permanecían á bordo fueron precipitados al mar donde desaparecieron entre gritos y lamentos.

El presbítero Uribe que había estado exhortando á sus compañeros, se sintió arrebatado. Una ola le arrastró, le hizo girar, flotar, le cubrió, volvió á levantarle. Sabía nadar, y luchando contra la fuerza del agua, golpeado, cegado por la espuma, mareado por el torbellino, logró llegar con trabajo sobrehumano á un islote de pura roca que erguía del océano su cabeza lisa y viscosa, y daba apenas á las manos del náufrago un punto donde aferrarse. Por un momento pudo sostenerse; en su mente se desarrollaron, en cuadros de claridad mágica, las épocas de su vida trabajada por ideales y desengaños.

Sobre las aguas flotaban cadáveres y trozos de madera, cuerdas y cajones, muebles y armas. Una de las olas, lisa, comba, verdosa, enorme, vino hacia la roca donde luchaba el sacerdote.

Cuando hubo pasado, el peñasco estaba vacío.

La historia de «Mamantonía»

I

Mamá Antonia formaba parte de la familia. Aliviaba á la señora, algo delicada de salud, en los quehaceres de la casa, sin contar el cuidado de los ocho niños, á todos los cuales había visto nacer; grandes y chicos, se sometían de buen ó de mal grado á la autoridad afectuosa y algo tiránica de «Mamantonía». Tenían consigna de obedecerla sin réplica; y era inútil recurrir á papá ó á mamá con quejas ó reclamaciones, que nunca eran atendidas.

Los niños no podían imaginarse á su vieja aya sino vestida de negro, con un delantal blanco y en la cintura un gran manojito de llaves. Era alta, algo trigueña, de pelo gris y muy hermosos ojos, de mirada grave y á veces un poco triste.

Llevaba como único adorno unos aros de coral, cuyo rosa vivo contrastaba con su tez un tanto morena. Caminaba ligera y erguida, y

notábase en toda su persona la indicadora donosura, de que «Mamantonia» debió haber sido muy hermosa en su juventud.

Los dueños de casa la trataban con cariñosa consideración. Había sido aya de la señora, y cuando ésta se casó, Antonia la acompañó á su nuevo hogar.

La llamaban «Mamá Antonia», y sin embargo, no había sido casada nunca. El cariño de los chicos le había dado el dulce nombre de madre, pues sentían el amor intenso que ella les profesaba. A pesar de esto, las grandecitas, que ya empezaban á protestar de los vestidos cortos, se rebelaban de cuando en cuando contra su tutela demasiado severa.

En cierta ocasión, Emilia, la mayor, se empeñó en ponerse un vestido blanco, aunque el tiempo estaba indeciso y poco apropiado para trajes claros. Como siempre, el aya salió vencedora. Emilia refunfuñó toda la tarde, é imaginó por fin una venganza pueril. Encargó á una de sus hermanitas, pues no se atrevía á hacerlo ella misma, que preguntara á Mamantonia por qué había llegado á ser una vieja solterona.

La chica cumplió el encargo á su manera. Corrió detrás del aya y sujetándola del vestido, gritó con su vocecita chillona:

—Mamantonia: dice Emilia que por qué *sás* una vieja solterona.

Emilia, oculta detrás de una puerta preparándose á gozar del enojo de la anciana, sintió impulsos de sacudir á su hermanita que tan concienzudamente ejecutaba lo que ella le ordenara. Al mismo tiempo oyó que la llamaba su madre, que había recogido aquellas palabras.

—Ven aquí—dijo la señora severamente.—Pide perdón á mamá Antonia.

—¡Oh, no, no señora!—protestó esta, en cuyo rostro no se leía enfado sino tristeza;—es una niñería. Le ruego que no le atribuya mayor importancia.

—No; yo quiero que mis hijos aprendan á respetar á quien yo respeto—replicó la señora, con más firmeza de la que acostumbraba mostrar.—Discúlpate, Emilia.

Muy contrita, Emilia tuvo que obedecer.

Poco después, su madre la halló mirando por la ventana, con aire á la vez afligido y mohino. La llamó é hízola sentar á su lado.

—Voy á referirte la historia de mamá Antonia—dijo,—para que no vuelvas á faltarle al respeto. Ser solterona, como tú dices, no es ninguna vergüenza, según parece creerlo. Por lo demás, debes saber que tu aya habría podido casarse si hubiese querido. El por qué no quiso hacerlo es lo que voy á contarte ahora.

II

—Hace cuarenta años, era Antonia una preciosa muchacha á cuya mano aspiraban muchos mozos de su pueblo. Nació en Salta, provincia heroica, si alguna lo fué. Cuando estalló la revolución de 1810, Antonia tenía quince años, edad en que despierta la inteligencia, la comprensión de las cosas y el pensamiento cobra la espontaneidad y la independencia que conducen al juicio propio. El alma ardiente de la niña se llenó de impresiones grandes y nobles, en aquel ambiente que templó á los espíritus de la época hasta elevarlos á un diapasón inusitado en tiempos normales. Los hombres y las mujeres de entonces tenían en sus ideas y en su palabra más vuelo que la generación actual. Es que los hechos educan é imprimen á los humanos su sello especial y característico. Los tiempos eran grandes, y grandes fueron los que actuaron en ellos.

En ese medio se desarrolló Antonia.

Entre los jóvenes que la pretendían, uno consiguió hacerse querer de ella. Era soldado del ejército patriota desde el principio de la campaña. En los ires y venires del ejército, tenía de cuando en cuando ocasión de ver á su novia. Impacientes, y sin embargo resignados, esperaban que terminara la guerra y mejoraran los

tiempos. Ambos eran tan pobres, que aun no podían pensar en casarse, y mientras no hubiera paz, sería difícil prosperar.

—Tengamos paciencia—decía Antonia.—Ya adelantaremos en cuanto la patria esté libre.

Martín, su novio, suspiró, pues los asuntos de la patria presentaban en aquellos momentos mal cariz. La campaña del Alto Perú, que duraba ya cinco años, seguía con suerte variable, pero las más de las veces adversa para los patriotas, los cuales, mal dirigidos, se debilitaban á sí mismos por medio de celos y rivalidades en el seno del ejército. El general Rondeau, sin talento militar, ni autoridad moral sobre sus tropas, no era el hombre apropiado para ajustar los resortes de aquel mecanismo desorganizado. Los pequeños triunfos parciales no adelantaban mucho la causa de la libertad, pues los argentinos carecían de recursos suficientes para aprovecharlos. Lo único que se conseguía (mucho, dadas las circunstancias) era mantener viva la llama del patriotismo y de la esperanza en los heroicos habitantes de la región, que tantos sacrificios habían hecho por la libertad.

III

Después de marchas y contramarchas, y pequeños combates, alternando con períodos de

inacción, se libró por fin una batalla de importancia. El 29 de Noviembre de 1815, los dos ejércitos se encontraron en Sipe-Sipe, y los patriotas sufrieron una derrota tan completa, que en España se creyó dominada la rebelión y concluída la guerra.

La única nota gloriosa del día fué la resistencia que opuso un escuadrón de granaderos á caballo, los cuales revelaron una vez más el espíritu de disciplina y honor que había sabido infundirles el creador del regimiento, coronel San Martín.

Quedaron en poder de los realistas numerosos prisioneros, entre ellos Martín.

El general español, Pezuela, sabía que nada desmoraliza más un ejército, ni desprestigia más una causa, que la deserción. Por este motivo, trató de fomentarla por todos los medios, ofreciendo premios á los que se pasasen y halagándolos con promesas de rápida promoción, así como amenazando de muerte á los prisioneros que no quisiesen cambiar de bandera.

En la marcha al cuartel general español, Martín sufrió vejámenes de todas clases; le golpearon, le robaron cuanto tenía y le insultaron de mil maneras. Una vez llegado, le encerraron con muchos compañeros en una especie de cuadra, sucia y mal ventilada, donde los prisioneros permanecieron varios días casi sin comer.

Por fin vinieron á sacarlos, y uno por uno fueron conducidos ante un oficial superior, que los dejó escoger entre ser fusilados ó ingresar en las filas realistas mediante una suma de dinero.

Muchos rechazaron con indignación y nobleza la idea de la traición y fueron pasados por las armas. Algunos, menos fuertes de espíritu, aceptaron enrolarse.

En Martín, el amor á la vida prevaleció sobre lo que él consideró un patriotismo estéril. Pensó, además, que con el dinero que le ofrecían, podría más tarde volver á su tierra y realizar su sueño de casarse con Antonia. Con su espíritu práctico y poco elevado opinaba que más valía un desertor vivo que un patriota muerto; y abrigaba, por último, la esperanza de que quizá no le tocase combatir contra sus paisanos. Aceptó, recibió el dinero y se pasó á los enemigos.

IV

La suerte le favoreció. Una tarde se le presentó la ocasión de evadirse y la aprovechó. Internándose en la sierra, pudo eludir la persecución.

Habría podido buscar á su propio ejército para reincorporarse; pero estaba harto de la

vida militar y deseaba ardientemente regresar á Salta y volver á ver á Antonia. Buscó los caminos del despoblado y tras de un viaje largo y penoso llegó á su provincia natal.

Hacía más de un año que no veía á la niña. Llegó á la casita donde ella vivía, al pie de la sierra, una mañana esplendorosa de Marzo.

Las montañas bajas estaban revestidas de verdor, mientras en los huecos y repliegues jugueteaban tonos azules transparentes, entre el celeste agua y el índigo profundo. Más allá, los picos coronados de nieve lucían con blancura pálida y mate. Tal era la pureza del aire, que los menores relieves resaltaban con nitidez y plasticidad asombrosa, y las sierras parecían incrustadas en el insondable cielo azul. En el extremo Sur la cadena de montañas se perdía en el valle como disuelta en vapores color lila y celeste traslúcido. El sol acababa de salir, y entre el ramaje de los árboles, mil aves canoras saludaban su aparición.

Martín sentía su corazón latir con fuerza á la idea de que dentro de un momento vería á Antonia. Gozaba de antemano de la dulzura de ese instante, cuando ella apareció de pronto ante sus ojos.

La alegría que ambos experimentaron fué demasiado grande para que les permitiera hablar, pues la extrema felicidad es muda, como el dolor extremo.

Poco á poco se calmaron los jóvenes lo suficiente para referirse mutuamente los acontecimientos ocurridos á uno y á otro, desde que no se veían.

Martín quiso sorprender á Antonia, poniéndole de pronto ante los ojos el dinero recibido como premio de su desertión.

—Mira—dijo—todo lo que traigo. Ahora podremos casarnos.

—¿Y eso?—preguntó ella, asombrada.—¿Es tu sueldo?

—¿Sueldo?—Martín se turbó.—Sí... no... es decir, sí, es mi sueldo.

Antonia alzó hacia él sus hermosos ojos negros con expresión de extrañeza.

—¿Tu general te ha dado tanto dinero?

—Sí... al fin no es tanto para el tiempo que estoy sirviendo.

Martín se sentía cada vez más incómodo bajo la mirada escudriñadora de la niña. Por vez primera se le ocurrió que ella, tan honrada y patriota, podría desaprobár su conducta, que él mismo comenzaba ahora á mirar bajo otro aspecto.

Antonia advirtió su turbación.

—Martín — declaró resueltamente: — tú no me dices la verdad. Este dinero no es tu sueldo. ¿De dónde lo has sacado? Dímelo.

—Pero...

—No, no: la verdad, Martín. ¿Es botín de guerra?

—No.

—¿Lo has robado?

—¡Oh! ¿Qué crees tú? No soy ningún ladrón.

—Bien, no te enfades. Pero yo sostengo que éstos no son tus sueldos. Sino, ¿por qué te turbarías tanto?

—¡Qué ideas tienes, Antonia! Yo no me turbo.

—Sí, estás nervioso y mal á tus anchas. Si no me dices cómo has conseguido esa plata, te declaro que no la quiero para nada.

Estrechado por su novia, Martín confesó la procedencia del dinero. A medida que hablaba, los ojos de la muchacha se encendían con rayos de indignación.

—¡Qué!—prorrumpió al fin;—¿y te atreves á ofrecérmelo?

—Pero Antonia...

—¡Eres dos veces desertor! Por un puñado de monedas has vendido á la patria y has abandonado á tu nuevo amo en la primera ocasión.

—Escucha, pues...

—No quiero escuchar nada. ¿Cómo he de tener fe en ti? Hoy te has vendido á ti mismo, mañana me venderías á mí, venderías á tus hijos.

—Tú no me oyes, Antonia; déjame hablar.

—Es inútil. No quiero á un traidor por marido. ¡Ojalá hubieses muerto; así podría llorar-te como á un valiente, en vez de despreciarte como á un traidor!

—Empleas palabras muy fuertes. Si acepté el dinero fué porque se me ofrecían por fin los medios de casarme contigo.

—¡De casarte conmigo! ¿Y creías realmente que yo aceptaría tu mano en esas condiciones?

La discusión se prolongó. Nada pudo conmover á Antonia en su resolución. Todas las tentativas de Martín para reconciliarla fracasaron. Ella se mantuvo firme en su declaración de que jamás pertenecería á un hombre al cual no podía ya honrar ni respetar.

V

Desesperado Martín, y convencido de que todo había terminado entre él y Antonia, trató de unirse á una de las bandas irregulares que hacían la guerra á su manera; pero los montoneros no quisieron recibirlo. Rechazado por todos, hostilizado y objeto del desprecio general, el mozo abandonó la comarca y jamás se volvió á saber de él. Quizá pereciera víctima del hambre ó del frío en las serranías desnudas; quizá se despeñara de noche en algún abis-

mo; quizá tratara de lavar con sangre su vergüenza en algún lugar donde no lo conocieran, y cayera en refriegas oscuras. ¿Quién podría decirlo?

A pesar de su altivez, Antonia jamás pudo olvidar á Martín y lo probó rechazando las numerosas propuestas de matrimonio que sucesivamente fué recibiendo. Su familia pudo á duras penas impedir que entrase en un convento.

Mis padres, que eran salteños, abandonaron en esos días su provincia para establecerse en Buenos Aires. Ofrecieron á Antonia llevarla con ellos para cuidarme á mí, que tenía entonces un año apenas. Deseosa de abandonar el sitio donde tanto había sufrido, aceptó. Desde entonces permaneció con nosotros, que conocíamos su historia, y la tratábamos con el mayor cariño y respeto. En cuanto á mí, la quiero tanto que no podría imaginarme la vida sin ella. Antonia insistió en acompañarme cuando me casé; y aquí ha continuado á través de los años, siempre buena y fiel, y también siempre grave y taciturna, un poco áspera á veces; pero tú, hija mía—terminó diciendo la señora—aprenderás á disculparla ahora que sabes por qué mamá Antonia ha llegado á ser «una vieja solterona».

La visita del muerto

I

Varios militares detuvieron sus caballos ante el edificio principal de una estancia situada en la campaña de Buenos Aires, y pidieron hospitalidad para la noche.

El dueño recibió cortésmente á los huéspedes, poniendo á disposición de ellos la casa entera.

Al reparar en un joven con uniforme de general, hizo un gesto de sorpresa y le miró fijamente.

— ¡Lavalle! — exclamó. — ¿Eres tú, realmente?

El otro le había reconocido también y avanzó hacia él para abrazarle.

— ¡Mi querido amigo! ¡Qué sorpresa tan grande y agradable!

Se estrecharon la mano efusivamente, con muestras de gran alegría. Luego, el general presentó á sus amigos, y todos entraron en la casa.

Media hora después se hallaban sentados alrededor de la mesa, amenizando la cena con animadas conversaciones: recuerdos militares, temas de política, discusiones sobre los principales personajes que actuaban alrededor de 1830 en el vasto escenario de la entonces mal llamada República Argentina. El nombre de Lavalle, de este valeroso jefe de caballería, antiguo granadero de los Andes, la *Guerrilla Colorada* de Talcahuano, el héroe de Río Bamba, llenaba los ámbitos del país. Poco más de un año había pasado desde que sacrificara, con justicia, en su concepto, en aras de la paz pública, al bravo pero turbulento coronel Dórrago. Espíritu noble y apasionado, su destino era vagar eternamente sin hallar reposo jamás. Había recorrido la América del Sur de un océano al otro, trasmontado las cordilleras, vadeado sus ríos inmensos, cruzado en todos sentidos la pampa dilatada, siempre á caballo, espada en mano, combatiendo por la libertad de los pueblos.

Terminada la cena, Lavalle y el dueño de casa dejaron á los demás jugando á los naipes con el hermano de éste último y salieron á fumar un cigarro bajo los durazneros en flor de la huerta.

Eran dos antiguos compañeros de armas. Juntos habían estado con Alvear en Ituzaingó, con San Martín en Chacabuco, con Arenales en

el Cerro de Pasco. Terminada la campaña del Perú, el glorioso ejército libertador se dispersó. Los soldados que no tomaban parte en las guerras civiles, eran absorbidos por la masa del pueblo. De los jefes, algunos se desterraron voluntariamente; otros fueron llamados á desempeñar cargos elevados en la administración; otros siguieron en nuevos campos de batalla la suerte inquieta de las armas; otros, en fin, desaparecieron para siempre en la oscuridad de la vida diaria. Vínculos de amistad que deberían haber sido eternos, se rompieron; los antiguos compañeros se perdieron de vista, se olvidaron mutuamente, su destino diferente los conducía lejos unos de otros, á distintas esferas de acción, á diversos rincones del inmenso continente.

Algo análogo había acontecido con Lavalle y su amigo. En otros tiempos amigos íntimos, la vida se había encargado de separarlos. Al verse reunidos de improviso, renació en ellos el antiguo cariño, y trataron de llenar el vacío, unir los eslabones de la cadena rota, cambiando recuerdos y refiriéndose mutuamente las aventuras de su existencia. Las horas pasaron veloces entre las expansiones propias en personas que no se han visto en muchos años. ¡Ah! ¡Los recuerdos gloriosos é imperecederos! ¡Las batallas, las cargas impetuosas de caballería, las

notas estridentes de los clarines, la fuga del enemigo, la embriaguez de los triunfos!

—¿Te acuerdas de Río Bamba?

Lavalle suspiró.

—¡Qué vida aquélla! ¡Qué jóvenes éramos, cuán llenos de ilusiones, cómo hervía la sangre entonces! ¿Cuántos años han pasado desde aquel día?

—Ocho años.

—¡Ocho años tan sólo! Yo juraría que ha transcurrido medio siglo. Mírame: con poco más de treinta años soy viejo, no en años, sino en experiencia, en fatigas, amargas, desencantos. Desde aquellos días llenos de ilusiones, he ido perdiendo todo, menos la fe en la libertad y el valor de seguir luchando. Y aun así, hay momentos en que, cansado, me detengo á preguntar: «¿Para qué? ¿Para qué tanta sangre, sinsabores, tristezas, miserias? ¿Para qué?»

Conmovido por la confesión de ese hombre fuerte, el dueño de casa le pasó el brazo alrededor del cuello.

—Felizmente—prosiguió el general,—rara vez tengo tiempo para detenerme á pensar, y no me sucede con frecuencia estar desalentado. Creo que no he de morir sin ver á mi patria libre, unida y grande.

—De todos modos—interpuso el otro, en tono de cariñosa admiración,—no morirás sin

tener la conciencia de haber hecho por tu parte cuanto estaba en tus fuerzas para conseguir ese fin grandioso. Y á propósito: ¿recuerdas que una vez nos comprometimos formalmente, si la vida llegara á separarnos, que aquel de nosotros que muriera primero, avisaría al otro?

—Por mi parte, pienso cumplir,—aseguró Lavallo con seriedad.

—Pues yo no creo ya en aparecidos. De todos modos, te pido que no te me aparezcas en alguna forma espantosa.

—No tengas cuidado; pero vive seguro de que te visitaré.

—Puede también que yo muera primero—objetó su amigo,—y yo con más razón que tú debo avisarte.

—¿Por qué?

—Porque si murieras tú, que llenas el país con tu fama, yo sabría inmediatamente la noticia de tu muerte, mientras la de un modesto desconocido como yo, bien puede pasar años sin llegar á tus oídos. Pero, basta ya de conversaciones tristes. En medio de mi vida retirada he seguido las peripecias de la tuya, y ha sido siempre mi gran deseo verte una vez más. Hoy que ese deseo se cumple, no quiero amargarme el placer con necesidades. Vamos adentro, que tus compañeros ya deben estarnos esperando.

II

Transcurrieron algunos años.

El sol subtropical encendía las piedras en la quebrada de Humahuaca. El cielo fulguraba con brillo blanquecino y la luz reverberaba en el suelo, en las laderas, en las cumbres, que parecían disolverse en resplandor, en los repliegues de las montañas, llenas de tintes verdosos, violáceos y celestes, que suavizaban sus contornos ásperos. Un calor tórrido gravitaba como un peso material sobre todas las cosas.

Por la quebrada luminosa y ardiente avanzaban varios jinetes, uno de los cuales llevaba de la rienda un caballo blanco. Atravesado sobre el lomo de este último se dibujaba, bajo un lienzo, un cuerpo humano.

Destrás de ese grupo se divisaba, á la distancia, una pequeña fuerza que se defendía constantemente de otra que la amagaba. Sin cesar se cambiaban tiros; de cuando en cuando se libraba un verdadero combate, que aprovechaban los que conducían al muerto para ganar terreno.

Eran los fieles amigos del general Lavalle, muerto en Jujuy por una bala extraviada, que

huían á territorio boliviano, para salvar de la profanación el cuerpo del jefe amado.

Un día entero llevaban ya en aquella jornada penosa, luchando con las dificultades del camino, los ardores del sol, la fatiga de los caballos y la persecución incesante de los soldados de Oribe. Continuaron impertérritos, despreciando los peligros, empujados por el noble deber que ellos mismos se habían impuesto.

Mas llegó la noche, y el viaje se hacía difícil por la oscuridad y por la aspereza cada vez mayor de la serranía, como por la extenuación de hombres y animales.

Uno de los guías se acercó al comandante.

—Un poco más allá—le dijo—hay una finca donde vive un señor porteño, que vino á ocultarse aquí hará unos dos años, porque, según parece, le perseguían en su tierra. Yo le conozco. Si usted quiere iremos allí, pues bajo su techo podremos descansar seguros.

El comandante consultó con los demás.

—Vamos,—repuso luego.

Al cabo de una media hora bajaron á un vallecito recóndito, de difícil acceso. El ladrido de los perros anunció á los viajeros la proximidad de viviendas humanas.

Pronto se divisó una luz y una casita surgió en la oscuridad.

El dueño, fusil en mano, apareció en el umbral.

En pocas palabras se dieron explicaciones y el porteño, con la cabeza descubierta, ayudó á bajar del caballo al muerto, para el cual se invocaba el asilo sagrado de su hogar. Hizo colocar el cadáver sobre su cama y fué á dar órdenes para que atendieran debidamente á los huéspedes y sus caballos.

La comida pasó en medio del silencio y abatimiento general. Los viajeros, demasiado fatigados, comían poco y hablaban menos, y el dueño de casa era demasiado discreto para violentarlos con preguntas. Respetaba su silencio y tristeza, el dolor legítimo por «nuestro general», como cariñosamente llamaban ellos al muerto.

Mas después de la cena, acertó á pasar por la habitación donde yacía sobre el lecho el cuerpo del infortunado Lavalle.

Una curiosidad ardiente, irresistible, de ver el semblante del muerto, acometió de pronto al porteño. Resistió por un sentimiento de delicadeza; pero aquella curiosidad extraña, ajena al deseo vulgar y grosero de descubrir lo que no nos atañe, le venció. Parecíale que le empujaban hacia el cuerpo, que éste le llamaba, y le atraía...

Subyugado por esta fuerza misteriosa, se acercó al cadáver y con dedos nerviosos alzó la manta que le cubría. Un momento le con-

templó y luego, con un grito de sorpresa, espanto y dolor, reconoció al amigo á quien el destino llevaba á cumplir su promesa de visitarlo después de muerto.

Doña Vicentita

I

El viñedo de don Ramón Mateu estaba situado al Norte de la ciudad de Mendoza, entre las avanzadas de la gran cordillera. Por dos cosas era célebre: por el excelente vino que el dueño mismo hacía, atendiendo más á la calidad que á la cantidad, y por la hermosura y gentileza de la patrona, conocida por «doña Vicentita» en varias leguas á la redonda, sin necesidad de agregar el apellido, á pesar de las muchas Vicentas que existían en la campaña mendocina.

Don Ramón, que tenía más del doble de la edad de su mujer, la había recogido huérfanita y prodigádole los más tiernos cuidados. En el transcurso de los años, un día advirtió que la pequeñuela se había convertido en una hermosa mujer. El tenía entonces cincuenta años y Vicentita poco más de veinte. Don Ramón titubeó mucho antes de animarse á ofrecer á la niña el cariño tranquilo y serio de un hombre cuya juventud estaba ya lejana.

Con tacto fino y delicado, la joven adivinó lo que pasaba en el corazón de ese ser sencillo y honrado. Sabía que en medio de su rudeza campesina, don Ramón era más caballero y más hidalgo que muchos nacidos al amparo de títulos nobiliarios. Ella misma supo provocar la explicación que á la vez deseaba y rehuía el viñador; y el resultado fué, que poco después don Ramón y doña Vicentita eran marido y mujer.

Desde entonces habían transcurrido aproximadamente ocho años: la pareja vivía feliz entregada á su trabajo y á la educación de un hijito.

Don Ramón había tomado poca parte en las guerras de su época. Un tiempo sirvió á las órdenes de Belgrano en la campaña del Alto Perú; pero, cuando dicho jefe fué reemplazado por el general Rondeau, abandonó las filas y volvió á Mendoza, donde vivió desde entonces tranquilamente.

II

En Septiembre de 1839, Mendoza fué el teatro de operaciones bélicas. Las fuerzas del coronel Pacheco, uno de los jefes federales, iban á encontrarse con las tropas del general La Madrid. Este intrépido militar presentó batalla en

el Rodeo del Medio, con un ejército muy inferior al de su adversario. A pesar de sus proezas de caballero andante, la victoria fué de los enemigos, y los vencidos se dispersaron en el llano y las serranías, perseguidos por la caballería de Pacheco. Don Ramón y su mujer vieron pasar á lo lejos algunos grupos, y pronto pudieron darse cuenta de quiénes eran los derrotados. Las malas noticias se difunden siempre con sorprendente rapidez.

—La Madrid ha sido batido—dijo el viñador, meneando tristemente la cabeza. En el ejército del Norte había estado á las órdenes de dicho guerrero, entonces mayor, y guardaba un cariño profundo hacia este héroe, buscador de aventuras, terror de los realistas y admiración de sus compañeros y subordinados.—Quiera Dios que no caiga en manos de los enemigos.

La tarde estaba avanzada, cuando se acercó á la finca un grupo de jinetes; sus caballos extenuados apenas reaccionaban ya á la espuela y al látigo.

—¡Es el general!—exclamó el viñador, después de haberlos observado durante un buen rato con suma atención, é inmediatamente se lanzó á su encuentro. Poco después regresó, guiando de la brida el caballo de La Madrid, quien había desmontado. El resto de los militares venía detrás, al tranco de sus animales es-

tropeados. Un abatimiento profundo se leía en todos los semblantes.

—Pase, mi general; pasen, caballeros—dijo don Ramón, invitándoles á entrar.—Descansen un momentito, ahora que no se ve á nadie, y luego dispongan de mí, que aquí estoy para servirles.

Su esposa salió á recibir á los huéspedes, y en un instante les aprontó una comida: carne fría de cabrito, pan, queso, dulce, pasas de uva y de higo y vino de la finca. Los oficiales comieron con avidez, apresurados y nerviosos. Eran, además del general La Madrid, los coroneles Alvarez y Rojas, el comandante Ezquiñego y el célebre *Chacho*, coronel Peñaloza.

—¿Qué manda usted ahora, mi general?—preguntó don Ramón, cuando hubieron concluido.

La Madrid alzó la cabeza; el alimento y el breve descanso habían entonado su cuerpo vigoroso y dado nuevos bríos á su alma intrépida.

—Es necesario reunir á los dispersados y tentar de nuevo la batalla—declaró.

Los demás le miraron estupefactos.

—¿Cargar de nuevo, señor general? El ejército ha sido dispersado y los fugitivos andarán vagando por las sierras.

—¡Pues sí! Les infundiremos valor, les hablaremos de la patria y de la libertad...

—Señor—interrumpió el coronel Alvarez,— para pensar en estos momentos en libertad y en patria, es necesario llamarse general La Madrid. Reflexione que necesita luchar con un enemigo mucho más temible que los federales: con la desmoralización. A ese enemigo no le vencerá usted. Lo único que nos resta hacer, es refugiarnos en Chile con los que vengan á nuestro lado.

—¡Refugiarnos! ¡huir!—exclamó La Madrid con acento de dolor é indignación.— ¡No, no!

—Entonces, general, podemos considerarnos perdidos. Usted es el nervio del ejército, responsable de su suerte, y el solo capaz de salvarlo. No condene á una muerte segura é inútil á los hombres que han seguido, más que á la causa unitaria, al brillo de su nombre. No los sacrifique; reúnalos y condúzcalos á Chile. Será una empresa llena de peligros, pero noble y digna de usted. Llevándola á cabo, salvará quizá centenares de vidas útiles, que más adelante podrán ayudarnos á realizar la empresa hoy fracasada.

La Madrid, con la frente apoyada en las manos, seguía obstinado y triste el hilo de sus ideas.

—¡Huir!—repetía.—¡Huir!

Al fin, empero, las razones de sus amigos vencieron su tenaz resistencia, y consintió en

seguir á Chile con los dispersos que pudieran juntar.

Discutían aún, cuando un ruido lejano, como el galope de muchos caballos, vino á alarmarlos. Don Ramón corrió á observar, y no tardó en convencerse de que se acercaban los perseguidores federales.

El temerario La Madrid, cuyo primer pensamiento era siempre batirse, desenvainó su espada, dispuesto á morir peleando. A duras penas pudieron impedir que saliera á embestir á los enemigos.

—Cerca de aquí —dijo don Ramón—se separa del camino una senda extraviada y casi desconocida que atraviesa un desfiladero y conduce á un vallecito donde pueden esconderse durante meses enteros sin que nadie los encuentre. Si tenemos tiempo de alcanzar esa quebrada, muy vivos han de ser los federales si dan con nosotros.

—Llévenos entonces, y que Dios se lo pague —repuso La Madrid.

En un momento todo estuvo pronto. Doña Vicentita cargó en la mula de su marido las provisiones que halló á mano, y minutos después, la pequeña cabalgata bajaba la cuesta detrás de la casa y se perdía entre los cerros.

III

Hacía un largo rato que los fugitivos se habían marchado, cuando se detuvo ante la puerta una partida de soldados federales, al mando de un sargento.

—¿No ha pasado por aquí el general La Madrid con algunos compañeros?—preguntó el soboficial.

—Han pasado, sí, señor,—repuso doña Vicentita, cuyo plan estaba ya hecho.

—¿Para dónde fueron?

—Siguieron derecho.

—¿No se fijó si llevaban buenos caballos?

—Al contrario, todos los animales estaban en estado deplorable y casi no caminaban.

—Bueno, entonces, vamos, mucháchos; no han de estar muy lejos y les daremos alcance—dijo el sargento, y dirigiéndose á doña Vicentita, añadió:—Adiós, buena moza.

Ella sonrió, como halagada por el cumplimiento.

—¿No gustan tomar un trago antes de seguir?—preguntó.

—Muchas gracias; luego, cuando volvamos, quizá. Ahora no podemos, porque se nos escaparía la presa.

—¡Qué se les ha de escapar! ¡Si hubiera visto usted los caballos que llevaban! A pie podrán alcanzarlos luego. Vamos, tomen un vaso de vino, que tendrán sed.

—Eso sí—admitió el sargento, vacilando y con una mirada interrogativa á sus soldados.—¿Qué les parece, muchachos?

—La verdad que no vendría mal—respondió uno de éstos, y otro añadió:—Ya que hace poco que han pasado...

—Y que llevan caballos muy cansados...

—No importa aunque demoremos un ratito.

Vicenta triunfaba interiormente. Una vez desmontados, contaba poder retenerlos fácilmente durante el espacio de una hora que necesitaría su marido para llegar con los fugitivos al camino secreto. Venciendo su repugnancia hacia los soldados manchados de sangre y de aspecto poco tranquilizador, los condujo adentro, y como poco antes á sus primeros huéspedes, les sirvió de comer, y sobre todo mucho vino, el que no tardó en producir su efecto. Los hombres se dejaron estar, y principalmente el sargento, complacido por las atenciones de tan hermosa mujer, que según creía observar, le distinguía, olvidó su anterior apuro y se dedicó al excelente tinto de don Ramón.

—Después daremos caza á las liebres—decía con una risotada—y las traeremos ensartadas

para asarlas. Diga, niña, ¿de quién es ese chico que anda por ahí?

—Es mi hijo, sargento.

—¡Su hijo! ¿Luego había sido casada?

—¡Ya lo creo que soy casada!

—¿Cómo, «ya lo creo»? ¿Y dónde está su marido?

—Fué á Mendoza esta mañana; pero ha de volver de un momento á otro.

—¿Sabe?—observó el sargento—¿y si á su marido lo hubiesen tomado por unitario en el camino y llevado al campamento?

—No tengo miedo—repuso tranquilamente doña Vicentita.—A mi marido nadie le lleva así no más.

Comenzaba á desear que volviera don Ramón, pues los hombres semiebrios iban volviéndose fastidiosos. Sobre todo el sargento la incomodaba; pero ella lo soportaba todo con tal de que el general y sus compañeros tuvieran tiempo de salvarse. Habían transcurrido más de dos horas, la noche caía, y la idea de estar sola con los borrachos le inquietaba.

—Diga, buena moza: ¿si me diera un beso?—insinuó el sargento, que ya no sabía bien lo que decía.

—Yo no doy besos—contestó doña Vicentita, esquivándose. El sargento la siguió.

—Uno solo, doña Vicentita, uno nada más;

—y trataba de aproximársele, mientras los soldados reían y hacían comentarios.

—¡Bien, mi sargento!

—No se asuste, patrona.

—A las federales no les hacemos nada.

—Cuando son tan lindas como usted.

—¡Un beso no más! ¿Qué le cuesta?

—Y otro á cada uno de nosotros.

—¡Caramba, que no todo ha de ser para el sargento!

—¡Qué diablos! El sargento manda en lo que toca al servicio; pero aquí todos somos iguales.

Riendo á carcajadas, se levantaron para perseguir á la dueña de casa. Esta, acorralada, iba á empuñar una silla para defenderse, cuando sintió en el camino el trote acompasado de una mula. Atropellando á sus acosadores, se lanzó fuera, exclamando:

—¡Ramón!

—¡Eh!—contestó una tranquila voz de bajo.
—Aquí estoy.

Con un «¡Gracias á Dios!» que le salía del fondo del alma, la mujer corrió al encuentro de don Ramón y le dijo en voz baja algunas palabras, á las que él respondió con una especie de gruñido de conformidad. Penetró en la casa y en tono jovial dió las buenas noches á los soldados.

Estos, al encontrarse delante de un hombre

alto, robusto, cuyo aspecto revelaba una fuerza serena que imponía respeto, se sintieron súbitamente calmados. Además, la presencia del marido quitaba mucho mérito á la linda dueña de casa. El sargento buscó su gorra, que había caído al suelo, otro se ajustó el cinturón, y en breve se despidieron un poco corridos y con mucha seriedad, á buscar al general La Madrid.

Este, con la ayuda del viñero y otros fieles amigos, logró reunir hasta 500 de sus hombres, y sufriendo penurias, desafiando sin cesar la muerte, atravesó con ellos la cordillera nevada y llegó á Chile, donde le recibieron los emigrados argentinos sin que aquél ni éstos imaginaran cuánta parte había tenido en el éxito de la empresa, la hermosa y astuta esposa de don Ramón.

¡Aquí no hay enemigos!

I

Años hacía que los habitantes de las provincias del Alto Perú no conocían el sosiego. Continuamente recorrían los valles y las altiplanicies, los bosques, llanuras, sierras y desfiladeros, los ejércitos españoles y los patriotas, ya vencedores, ya derrotados, triunfantes ó dispersos, persiguiendo ó huyendo, en retirada ó avanzando, según cayeran los dados de la suerte. Los pueblos se veían asaltados, conquistados y reconquistados, invadidos por los realistas que se entregaban al saqueo, los cuales eran expulsados luego por un escuadrón de caballería patriota ó por una partida de indios de las *republiquetas*.

Se llamaban republiquetas ciertos territorios en armas—y por extensión sus habitantes—en donde dominaba algún caudillo que tenía á raya, á veces durante años enteros, á los españoles, que no lograban hacer pie en esos ba-

luartes de la libertad, ardientemente defendidos y centros de empresas y excursiones audaces.

Los ejércitos argentinos hallaban siempre acogida entusiasta y el apoyo de la población en masa. Cinti, Santa Cruz de la Sierra, la Laguna, Ayopaya, para no nombrar sino algunos, eran otros tantos focos de insurrección donde los enemigos no hallaban punto de reposo. Si conseguían desbaratar una partida, ó aún triunfar en un combate serio, en seguida surgían veinte nuevos grupos rebeldes para vengar á los vencidos, y la región que los jefes realistas creían pacificada, continuaba la guerra con mayor entusiasmo que antes. Jefes como Warnes, Muñecas, Padilla, Camargo, sin contar al insigne Arenales, eran los directores de esa lucha singular, comparable tan sólo á la guerra de los gauchos de Salta y á las guerrillas españolas durante la invasión napoleónica.

II

Ya hemos nombrado á Camargo como uno de los caudillos más temibles de republiqueta. Era un indio acaudalado del valle de Cinti, que lleva hoy su glorioso nombre. Las fuerzas de que disponía se formaban en su mayor parte de indí-

genas y mestizos; la guerra era, pues, esencialmente popular. Estos soldados improvisados, héroes oscuros, sin ideas de disciplina, pero animados de un valor indomable y de un entusiasmo que suplían hasta las armas, pues á menudo no había en un batallón entero un solo fusil ni un mal sable; estos guerreros de ocasión se medían audazmente con los veteranos españoles, mandados por oficiales de primer orden y provistos de armas, municiones, caballos y acémilas en abundancia. Con hondas, macanas y *galgas*—enormes masas de piedra despeñadas desde los cerros para aplastar á los enemigos que cruzaban al pie,—vencieron cien veces á las fuerzas contrarias, infinitamente superiores en número, organización y armamento.

III

A fines de Enero de 1816, todo el valle de Cinti con las serranías circundantes, hervían de insurrectos. Se trataba de algo extraordinario; el famoso mayor La Madrid se había unido á Camargo con unos pocos hombres. La presencia del brillante militar llenaba de entusiasmo á los patriotas, y de alarma á los realistas. Ese jefe temerario, tan valiente como incapaz de concebir un plan ordenado, según su costum-

bre sólo pensó en cosechar laureles, y para nada tomó en cuenta la exigüidad de sus fuerzas. Sabía que él personalmente valía por veinte, y creía poder suplir con arrojo y ardor bélico lo que le faltaba en número.

El 31 de Enero, los ciento y tantos hombres de La Madrid, se encontraron con más de 500 realistas al mando del brigadier Alvarez. La acción fué digna de un canto heroico. La Madrid solo, hizo tales proezas, que los mismos enemigos, viéndole á pie, pues le habían matado el caballo, atónitos ante su valentía loca de paladín medioeval, gritaron:—«¡Alto el fuego! ¡No lo maten!»—Así pudo salvarse, auxiliado por tres bravos soldados, los únicos que no le abandonaron: Frías, Manzanares y Jaramillo.

Por el momento tuvo que evacuar el campo; pero dos días después, auxiliado por Camargo, se lanzó de nuevo á la lid.

El enemigo no se había provisto de víveres ni municiones para una campaña larga, y veía con recelo que en las sierras aparecían á cada instante nuevos grupos de indios. Resolvió retirarse al pueblo de Cinti.

El camino corría á través de la garganta estrecha y profunda de Uturango.

El gran silencio de la montaña rodeaba al ejército, que desenvolvía su línea larga y delgada en el fondo sombrío de la quebrada. La

luz del día apenas llegaba á la sima pavorosa, que flanqueaban murallas de granito gris y verdoso.

Aquello parecía un mundo muerto, un desierto de piedra donde nunca el hombre hubiera puesto el pie. Los soldados iban inquietos; habituados á las celadas, á las sorpresas, á los asaltos repentinos, instintivamente veían enemigos en cada recodo del camino.

Habían llegado á lo más estrecho del desfiladero.

De repente, un terrible estruendo se dejó oír en lo alto de los cerros. Masas formidables, montañas enteras de piedras rodaban por la ladera escarpada; avalanchas de peñascos caían, resbalando y rebotando, por la ladera escarpada, hasta precipitarse sobre los hombres que se movían en el abismo, y que indefensos, veían llegar la muerte bajo forma tan atroz. Un sordo fragor de trueno, repetido por los ecos de la sierra, repercutía entre las rocas y aumentaba el espanto en la columna realista, que según la expresión gráfica de un historiador argentino, se agitaba en el fondo de la quebrada como los fragmentos de una serpiente.

El desastre fué completo y absoluto. Los enemigos de carne y hueso eran inaccesibles para los atacados; y contra los de piedra, ningún

arma ofensiva ni defensiva podía prevalecer. Los vencidos emprendieron una fuga desesperada, perseguidos por los indios de Camargo y la caballería de La Madrid. Muchos perecieron ahogados, al pasar el río de la Palca Grande, otros se extraviaron en la montaña, y el resto —la mitad escasa de los 500 que tan orgullosamente habían salido á batir las republicuetas, —regresaron al cuartel general, cabizbajos, abatidos y humillados.



IV

En una de las mesetas ó altiplanicies tan numerosas en esa región de los Andes, existía un pueblecillo de indios y mestizos, que había sufrido mucho de los realistas. Dos veces fué incendiado, pasados por las armas cuantos opusieron resistencia, maltratados los niños y las mujeres.

La altura fría, pedregosa y estéril no ofrecía á sus habitantes sino escasos medios de subsistencia. Casi todos los víveres debían ser traídos desde el valle donde todo era abundancia. Pero á pesar de lo inhospitalario del suelo, sus hijos lo amaban como si fuese un Edén, y nunca quisieron abandonarlo para establecerse en el delicioso valle de Cinti, tan cercano y tentador. Un

buen contingente de su población masculina militaba en las filas de Camargo; el odio contra los «tiranos»—así se llamaba á los españoles en el vocabulario de la revolución americana—había recibido nuevo combustible con la muerte de tres compañeros, que cayeron prisioneros y fueron matados «á usanza de ellos», como dice un militar español de la época, es decir, «á palos y pedradas». Esto exigía represalias, y los indios estaban resueltos á tomarlas.

La noticia de la victoria de Camargo y La Madrid sobre la división de Alvarez fué recibida con alborozo, y todos los hombres que aun quedaban en el lugar, salieron á perseguir á los numerosos dispersos que debían ocultarse en las guájaras salvajes é intrincadas de Cinti. Con garrotes y hondas se lanzaron por las montañas en busca de enemigos.

Mucho anduvieron: recorrieron quebradas y valles recónditos, registraron grutas y cuevas, escalaron cuestas escarpadas y bajaron á los precipicios tenebrosos, sin encontrar á nadie. La noche del tercer día se acercaba, cuando regresaron á su aldea, con las manos vacías, cansados y de mal humor. Tras de una penosa subida llegaron á la meseta donde se hallaba la aldea. El ocaso serrano bañaba con su transparencia luminosa la planicie desnuda y árida. Los menores objetos se destacaban sobre el cie-

lo claro con nitidez admirable. El aire era helado y puro; no había viento, y todo prometía una noche esplendorosa, pero frígida.

Uno de los indios divisó, acurrucados á un lado del camino, algunos bultos que resaltaban negros sobre el fondo de luz. Eran tres hombres desmazalados, haraposos, demacrados, que los miraban acercarse, indiferentes, con los ojos vidriosos, sin moverse y sin hablar.

—¡Enemigos!—gritó uno de los patriotas, precipitándose hacia adelante. Los demás le siguieron.

—¡Tres! ¡Son tres, como los que nos mataron! ¡Ya tenemos la venganza!

Enarbolaron sus garrotes, algunos recogieron piedras, la matanza iba á comenzar... y sin embargo, nadie hirió. Todos esos hombres movidos por un mismo sentimiento, se miraron. Uno de los prisioneros alzó penosamente la cabeza, movió los labios amoratados de frío, como para decir algo, pero sólo dejó oír un gemido y volvió á su anterior postura, encogido, como si los músculos se negaran á mantener el cuerpo derecho. Los otros dos permanecían impassibles, como idiotas, con los ojos fijos y sin expresión, hundidos en el fondo de las órbitas. ¡A tal extremo les había llevado la impresión espantosa del ataque de Uturango, y el largo errar por las sierras, acosados de hambre, frío, y el continuo

temor de caer en manos de los feroces enemigos! Cortados de la columna, habían vagado por lo más áspero y salvaje de las sierras, buscando las regiones inhabitadas. Embotados los sentidos, ateridos los miembros, el pensamiento paralizado, aparecían ante los ojos de los indios como lamentables ruinas, semicadáveres, seres casi inanimados. ¡Triste y pobre gloria sería la de acabar de matarlos!

Los indios vacilaron. Tres, precisamente eran tres, como los compañeros sacrificados. ¿No era aquélla una indicación, una señal del cielo?

Si hubieran sido vigorosos, dispuestos á hacer frente, á luchar y á defenderse... ¡pero estos desventurados!

Uno de los hombres dejó caer la gruesa piedra que había recogido, y se inclinó hacia uno de los realistas.

—Levántate, hermano—dijo.

El infeliz gimió sordamente.

—Pues, ¿no ves que no puede moverse?—observó otro; y tomando al soldado bajo los hombros, ordenó:—Ayúdame á levantarlo.

Entre los dos lograron enderezarle, y sosteniéndole, se dirigieron lentamente al pueblo. Los otros dos, que no podían caminar, fueron conducidos en brazos.

Desde la aldea los vieron llegar. La población en masa salió á recibirlos.

—Traen prisioneros—fué la exclamación general; y algunos muchachos se adelantaron á la carrera, gritando:—¡A verlos! ¡A ver á los enemigos!

Uno de los que llevaban á los soldados, respondió bruscamente:

—Marchen á casa, que preparen tres camas y algo que comer. Aquí no hay enemigos.

Asombrados los muchachos, señalaron á los tres realistas.

—¿Y éstos?

—Aquí no hay enemigos, se ha dicho. Los hemos encontrado muriéndose en el camino y no vamos á concluir de matarlos.

Y los hombres que habían salido á cazar dispersos, volvieron á la aldea con tres de ellos en brazos, deponiendo sus odios ante el infortunio.

V

En aquel rincón del Alto Perú, cesó por un momento la guerra á muerte; y sobre la aldea humilde é ignorada, perdida en la meseta fría y árida, ~~el genio de la humanidad, de la misericordia,~~ desplegó sus blancas alas.

Veía quizá acercarse los hermosos días en que

reinara la paz en América, cuando hermanos realistas y patriotas, en el continente todo, se dijera:

—¡Aquí no hay enemigos!

El fallo de la «Soberana»

I

En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel del Tucumán, á nueve días del mes de Julio de 1816, según rezan los documentos de la época, se notaba una animación completamente inusitada en la tranquila población mediterránea. Desde temprano, grupos compactos obstruían las calles centrales, y mucho antes de la hora en que solían abrirse las puertas de la «casa de la soberanía», donde funcionaba el Congreso, esperaba ya delante de ella una multitud impaciente por asistir á la sesión de ese día.

Venía preparándose algo importante; se deliberaba en la asamblea acerca de una cuestión trascendental: ni más ni menos que la declaración de la independencia absoluta de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Las discusiones habían sido largas, como lo exigía un

asunto de tal naturaleza, donde se trataba del destino de un pueblo. En la sesión de la víspera se había llegado al punto álgido. Ya no cabían más vacilaciones; era necesario decidirse. Ese día, la cuestión sería resuelta definitivamente por el Congreso.

Entre el público se hacía notar por su inquietud, turbulencia y entusiasmo, el paisano Francisco Cruz, muy conocido en la barra del Congreso, donde no había faltado un solo día desde que se trataba del asunto de la independencia. Sus ocurrencias hacían las delicias de los oyentes. Era el partidario más entusiasta del proyecto de emancipación, ó como él lo llamaba ingenuamente, del «nuevo arreglo». Parecía entender que la libertad sería absoluta, individual y general á la vez, es decir, que nadie mandarían á los argentinos y que ninguno de éstos tendría derecho de mandar á otro. Una especie de anarquista, como se ve, aunque bonachón é inofensivo.

II

La puerta del modesto edificio colonial se abrió al fin, y el público fué admitido á la sala de sesiones. En un momento se llenó la barra, y poco después, reunidos los diputados, se declaró abierta la sesión.

Comenzó ésta con la lectura de la nota que comprendía «las materias de primera y preferente atención para las discusiones y deliberaciones del soberano Congreso», presentada por los diputados Gazcón, Bustamente y Serrano. En ella figuraban las «discusiones sobre la declaración solemne de nuestra independencia política» y el manifiesto de dicha declaración.

Puestos en claro los últimos puntos dudosos, se les hizo á los diputados la histórica pregunta: «¿Si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre é independiente de los reyes de España y su metrópoli?»

Y «lentos del santo ardor de la justicia», todos se pusieron de pie y exclamaron:

—¡Sí!

En la barra estalló un aplauso unánime, espontáneo y jubiloso. Largo tiempo duró el tumulto de aclamaciones y batir de palmas: fué aquello como una fiesta, una grandiosa solemnidad de familia, en la cual los miembros se felicitaban unos á otros, participando de las mismas alegrías y de las mismas satisfacciones.

El paisano Francisco Cruz, en el alborozo de su entusiasmo, hizo por sí solo tanto ruido como diez individuos juntos. Gritó, abrazó á sus vecinos, aplaudió, vitoreó al Congreso, á la patria, á la independencia: no cabía en sí de gozo. Contribuía á ello no sólo su exuberante patrio-

tismo, sino también las copiosas libaciones con que anticipadamente había festejado el gran acontecimiento.

Finalmente, el público empezó á sosegar, para escuchar lo que se decía en la sala de sesiones; pero á cada momento la voz de Cruz interrumpía el silencio naciente con un ¡viva! tan vibrante, que arrastraba á los más tranquilos. Esto se repitió dos ó tres veces; después, el grito halló siseos y voces de: ¡Que se calle! ¡Que deje escuchar!

Como no quisiera quietarse, intervino el oficial del piquete de guardia, para hacer retirar al barullero, lo cual se verificó entre grandes protestas y la más enérgica resistencia.

Una vez fuera del recinto de la Asamblea, le llevaron al cuartel. Ni aun allí se tranquilizó, y entonces, excediéndose en sus atribuciones, el oficial le hizo aplicar veinticinco azotes.

III

La primera reflexión de don Francisco, cuando le soltaron, fué ésta, muy lógica por cierto, dada su manera de entender el «nuevo arreglo»:

—¡Vaya una independencia!

En efecto, él razonaba así: la declaración de

la independencia era un fausto suceso, digno de ser aplaudido y vitoreado por todos los buenos patriotas. ¿Con qué derecho, pues, se le castigaba por haber dado rienda suelta á su entusiasmo? ¿Dónde estaba la tan cacareada libertad, si á un ciudadano le arrimaban veinticinco palos por haberla saludado? Eso «no pegaba», según declaró en la pulpería á un numeroso auditorio que le escuchaba riendo y dando muestras de aprobación.

—Yo no he de sufrir eso—aseguró el maltrecho patriota;—¡que no lo he de sufrir, digo! Me voy á quejar á la «Soberana», sí, señores; mañana mismo iré á quejarme de haber sido atropellado por ese oficialito insolente; porque ahora, señores, ahora somos todos iguales ¿comprenden? y nadie puede llevar preso al otro ni menos darle de palos.

Con esto se marchó, citando á todos los presentes para la mañana siguiente en el Congreso.

Efectivamente, á la hora de abrirse la sesión, apareció don Francisco, y pretendió entrar, como de costumbre. La guardia, que le reconoció, quiso impedirselo.

—No amigo, usted no entra aquí.

—¿Que no entro? ¿Y por qué no?

—Porque usted no hace sino meter *bochinche*. Mejor es que se quede afuera, no sea que se repita lo de ayer, ¿ya no se acuerda?

—¡Ya lo creo que me acuerdo! Por eso, precisamente, he venido, á presentar mi queja á la «Soberana», para que me haga justicia. Conque déjeme pasar de una vez.

—No, ya le he dicho que no puede entrar.

Don Francisco comenzó á perder los estribos. Trató de abrirse paso á la fuerza; y como hallara resistencia, se puso á gritar á voz en cuello:

—¡Yo necesito ver al Congreso! ¡Un ciudadano libre quiere hablar con la «Soberana»!

Es de suponer el alboroto y la algazara que produjeron estas palabras, las risas, las manifestaciones de adhesión, los chistes y los aplausos.

El oficial de guardia—no el de la azotaina—trató en vano de poner orden en el tumulto.

—Usted está loco—interpeló ásperamente á don Francisco.—Si tiene alguna queja, preséntela por escrito.

—¿Y usted cree que yo sé escribir?—replicó el paisano, indignado, como si le hubieran hecho una ofensa.—Yo sé lo que digo, y todo lo garabateado en papel no vale nada. ¡Yo quiero hablar con el Congreso!

Sus gritos llegaron hasta el recinto de la Asamblea, y el presidente, don Narciso Laprida, envió á averiguar la causa de tanto alboroto,

Impuestos los diputados de lo que ocurría, acordaron escuchar la queja de don Francisco.

Un instante después, en medio de un silencio de expectativa y curiosidad, éste se halló en presencia de la «Soberana».

IV

Al verse solo delante del Congreso, que representaba en aquellos momentos la suma de los poderes públicos, la verdadera soberanía nacional, quedóse don Francisco cohibido.

—¿Qué tiene que decir?—le preguntó el presidente.

—Pues... que... que... tartamudeó el interpelado, y en seguida se le desató la lengua y con los interminables circunloquios y metáforas pintorescas del paisano criollo, expuso su queja.

Los diputados sonreían, y el presidente mantenía á duras penas la debida gravedad. En cuanto al público, estaba decididamente del lado del paisano. Una voz gritó:

—¡Tiene razón!

A lo cual don Francisco se volvió hacia el lugar de donde había partido la exclamación, y observó:

—¡Claro que la tengo!

Viendo que el asunto iba tomando un cariz poco de acuerdo con la seriedad y corrección de aquel lugar, apresuráronse los diputados á deliberar acerca del asunto. Fueron llamados como testigos dos soldados del piquete de guardia, que habían presenciado la paliza; y establecida la verdad de los hechos, se pronunció el veredicto siguiente:

«Que se había cometido un atropello en la persona del ciudadano don Francisco Cruz, tratándosele con severidad exagerada á raíz de haber manifestado algo ruidosamente su entusiasmo por la declaración de la independencia; que el castigo inmerecido no afectaba de ninguna manera el honor de dicho ciudadano, cuyos sentimientos patrióticos eran dignos de encomio; y que el oficial que se había excedido en rigor, sería llamado á cuentas y castigado, de acuerdo con las leyes militares.»

Las aclamaciones de la barra probaron al Congreso que se había desempeñado con habilidad, tino y justicia en ese asunto jocoserio, castigando al culpable, ofreciendo desagravio al querellante y respondiendo á las esperanzas que en él había fundado un hombre honrado é ingenuo.

En cuanto á don Francisco, salió de allí vitoreando al Congreso, lo que esta vez nadie le impidió.

Años después, viejo ya, refería aún, con el calor del entusiasmo, aquel suceso:

—¡Ese sí que era Congreso! Ya no los hay así. Bastaba ir á exponer su queja de viva voz, para que le hicieran á uno justicia, como me la hicieron á mí, en el año 16, cuando la «Soberana».

El balle de misla Carlota

I

Al año siguiente de la revolución del 25 de Mayo, ya se celebró pública y privadamente este aniversario en toda la República; pero sólo en 1813, la Asamblea General Constituyente lo declaró en sesión del 5 de Mayo, día de fiesta cívica, por medio del siguiente decreto:

«La Asamblea General Costituyente declara el día 25 de Mayo día de fiesta cívica, en cuya memoria deberán celebrarse anualmente en toda la comprensión del territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cierta clase de fiestas que deberán llamarse *Fiestas Mayas*, y se determinarán con oportunidad.—*Juan Larrea*, presidente—*Hipolito Vieytes*, secretario.»

Los festejos consistían en desfiles militares, hasta donde era posible en esos tiempos de guerra; manumisión de esclavos, distribución de socorros á los pobres é inválidos, á las viudas

y huérfanos de los soldados muertos por la patria; en músicas, fuegos artificiales é iluminación. Además, las familias solían abrir sus salones y recibir á sus amigos, celebrando fiestas más ó menos suntuosas, donde los distintos anfitriones rivalizaban en desplegar el lujo de sus casas y el ardor de su patriotismo.

II

Una de las pocas personas en Buenos Aires que no se preocupaban mayormente de las fiestas mayas, era misia Carlota Godoy, respetable dama porteña. Era poco afecta á todas esas cosas, no porque sintiera inclinaciones de ermitaña, sino porque cuidaba á sus nietas, tres preciosas y alegres muchachas, que, según misia Carlota, le hacían salir «canas verdes». No quería decir esto que fuesen de mala índole; pero había que convenir en que guardar á tres niñas como Angélica, Luz y Nieves Godoy, no era cosa sencilla, cuando se tenían las extrañas ideas de severidad de la digna anciana.

—¡Válgame Dios!—solía lamentarse misia Carlota con alguna amiga—¡el trabajo que me da el cuidado de esas chicas! Le aseguro á usted que creo más fácil cuidar un rebaño de gatos, que tres muchachas. Cuando salgo con

ellas, no parece sino que nos hayamos de encontrar con todos los mozos de Buenos Aires; y si salgo sin ellas, lo hago con el Jesús en la boca, pues no pasa hora del día en que no pasee esta calle algún lechugino acicalado, con su frac azul ó verde y botones dorados, como si no tuviese nada que hacer en este mundo sino trastornarles la cabeza á las niñas. Si vamos á misa—yo jamás las deajo ir solas, como van las otras, ¡Dios me libre!—se forman en el atrio dos hileras de mozos, y allí son los saludos, las sonrisas, las miraditas, y para mí cada reverencia, cual si fuese la reina de España... ¡bandidos! ¡Cómo si yo no supiera á qué viene tanto acatamiento! ¿Y creerá usted que ni de noche tengo reposo? Pues rara es aquella en que no vengan á darnos serenata. Tengo la «Palomita blanca» y la «Bella rosa de estío», hasta aquí—y misia Carlota se pasaba el filo de la mano por la frente.—Apenas estamos recogidas y todo en silencio, cuando oímos el rasgueo de guitarras y bandurrias, y empieza la función. En su pieza oigo cuchichear á las chicas:

—¡Es Fulano! ¡Es Zutano! Viene por Luz, ó por Nieves, ó por Angélica... yo no sé cómo lo averiguan, pero siempre saben quién es, y á quién va dirigida la serenata!

Y la buena señora terminaba sus lamentos invocando á todos los santos de la corte celestial.

III

Cuanto más se acercaba el 25 de Mayo, tanto más inquietas se mostraban las tres hermanas. Abuelita no hablaba de ir á la plaza, de iluminar la casa, de invitar á los amigos, de ver los fuegos artificiales... ¡ni siquiera de vestidos nuevos! ¿No pensaba, pues, festejar el día patrio como lo mandaba el gobierno?

—Pensará sorprendernos—dijeron al principio; pero viendo que pasaban los días sin traer ninguna novedad, se alarmaron, y decidieron tantear el terreno. Nieves, la menor, y por consiguiente, más mimada, se encargó de la comisión. Espió á misia Carlota en un momento que parecía estar de buen humor, y abordó resueltamente el tema consabido.

—Abuelita: pronto viene el 25 de Mayo.

La señora miró á su nieta por encima de las gafas, y luego prosiguió con su labor.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó serenamente.

—¿Sabe que habrá grandes fiestas?

—Así dicen.

Nieves se quedó un poco cortada.

—Sí, el gobierno las ha decretado—continuó en seguida.

—Muy bien. Para eso es gobierno, para publicar decretos y dar fiestas.

Viendo que así no adelantaría nada, Nieves decidió tomar el toro por las astas.

—Y nosotras, abuelita, ¿qué haremos ese día?

—Nosotras, mi hijita, haremos ese día lo mismo que todos los demás días. Ya sé á lo que vas. El 25 es para mí igual al 24 y al 26. ¿Entiendes?

—¡Pero, abuelita!—suplicó Nieves.—¿No vamos á iluminar la casa? ¿Y no vamos á bailar?

—¡Bailar! ¡No faltaba más!—exclamó misia Carlota con tan sincera indignación, que Nieves balbuceó asustada:

—Entonces ¿usted no es patriota, abuelita?

—¡Pamplinas! La patria no va á ser más feliz con que yo festeje el 25 de Mayo. Yo no quiero musiquitas ni bailoteos, para regocijo de los pisaverdes y mequetrefes que me andan rondando la casa de día y de noche. Las llevaré á la plaza por la tarde, para que no digan que las quiero privar de todo placer; pero de noche ¡en casa y quietas! En mí tiempo, las niñas permanecían encerraditas, y no se consideraba propio que se mostraran mucho en público ni alternaran con los hombres como las muchachas casquivanas de hoy día. Vete, chica, di á tus hermanas lo que acabo de decirte, y no vuelvas á fastidiarme con este asunto.

¡Pobre abuelita! Olvidaba, como tantas otras

abuelas, que «su tiempo» estaba ya muy lejano, y que los años, al rodar, habían cambiado las costumbres y arrastrado consigo muchas viejas preocupaciones.

IV

El efecto de esta decisión draconiana sobre las niñas es fácil de imaginar. ¿Puede darse nada más triste para tres jovencitas lindas y alegres que verse recluidas en casa cuando todo el mundo se divierte?

Pero Angélica, Luz y Nieves no desesperaban tan fácilmente. Sabían que nada conseguirían por medio de ruegos ni obstinación. Celebraron una larga y misteriosa conferencia, y el resultado fué que las niñas pidieron permiso para ir á visitar á su amiga Julia Giles.

Julia Giles era una morenita vivaz y graciosa, llena de ocurrencias chispeantes é imprevistas, burlona y traviesa, pero buena y cariñosa en el fondo. Misia Carlota la quería mucho y no tenía más «pero» que el de ser hermana de Felipe. Este joven era el terror de la señora, por su ingenio inagotable para introducirse en la casa bajo los pretextos más variados y cambiar aunque no fuera sino una palabra con Angélica. A pesar de esto, no quiso negar á sus nie-

tas el permiso pedido y las acompañó ella misma á casa de Julia.

Mientras las señoras de edad conversaban en el estrado, Julia llevó á sus amigas á la quinta y allí comenzó una charla sin fin. Las hermanas **expusieron** sus cuitas y pidieron á la hija de la casa su parecer acerca de cierto plan que habían combinado.

Julia se echó á reir y corrió en busca de Felipe, á quien acababa de ver cruzando el patio. Reuniéronse los cinco y celebraron un conciliábulo, durante el cual se oyeron toda clase de exclamaciones y una serie casi ininterrumpida de carcajadas. Al fin se separaron con esta promesa de Felipe:

—El 25, á las 8 de la noche, sin falta.

V

El día patrio llegó, sin que ninguna de las niñas aludiera á él ni se quejara por verse privada de bailar. Con secreto orgullo la señora pensó que las chicas eran muy dóciles y juiciosas, que podrían servir de modelo á tantas muchachas aturdidas y vanas como había en Buenos Aires, pareciéndose más á las niñas recatadas de su propia juventud; pues misia Carlota, como casi todos los ancianos, era víctima de la

ilusión de que en su tiempo, hombres y cosas habían sido infinitamente mejores. Cumplió su palabra de llevarlas á la plaza Mayor, donde, por supuesto, hallaron al inevitable Felipe, quien le hizo el más rendido saludo, pero no trató de acercarse como lo había temido ~~misia~~ Carlota.

La tarde pasó agradablemente. De regreso en casa, la señora y sus nietas recibieron á varias familias que vinieron de visita: y cuando cayó el temprano crepúsculo de otoño, la vieja ~~la~~ vasta casa solariega quedó en silencio.

En su pieza, las tres hermanas, cuchicheando, riendo y nerviosas, con toda la apariencia de personas que se han embarcado en una empresa arriesgada, revisaban á puertecillas cerradas ciertos vestidos blancos con cintas celestes que tenían preparados, así como una cantidad respetable de bujías y farolillos que Nieves sacó de un cajón guardado bajo la cama.

—Todo está listo ¿verdad?

—Todo.

—¿Vendrá con seguridad?

—¿Pues no le oíste decir: «el 25 á las 8 de la noche, sin falta»?

—¡Con tal de que abuelita no se dé cuenta!

—Ten confianza en Felipe, ya sabrá hacer las cosas.

—Como no nos deje plantadas.

A lo cual Angélica replicó amostazada y hablando en singular:

—¿Y cómo me va á dejar plantada?

VI

En aquellos tiempos se comía temprano, y á las ocho ya habían levantado los manteles en casa de misia Carlota.

En el oscuro zaguán, las muchachas se mantenían á la espera de los acontecimientos.

—¡Cómo me late el corazón!—murmuró Luz.

—¿No habremos hecho mal?—dudó Nieves. Angélica iba á responder, pero en igual momento el reloj comenzó á dar las ocho, y casi al mismo tiempo, un aldabazo sonó en la puerta de calle. Las muchachas se desbandaron como pájaros asustados.

Momentos después, el esclavo portero introdujo á un personaje sumamente grave é importante, cuyas facciones desaparecían casi por completo entre una espesa barba, cosa poco común entónces, pues se acostumbraba más la cara afeitada, ó á lo sumo, bigotes ó patillas.

La señora recibió al caballero en la sala, y las niñas se asomaron á la puerta.

—Señora—dijo el visitante con voz ahuecada,—yo soy uno de los comisionados por el

gobierno para recorrer las calles y ver si todos los ciudadanos cumplen la orden de iluminar sus casas y festejar el día patrio en la medida de sus recursos. Este es el único edificio en el barrio que está á oscuras, y vengo á prevenir á usted privadamente que esto podrá tener para usted las peores consecuencias.

—¿Qué consecuencias?—preguntó misia Carlota alarmada, y ya con cierta desconfianza.

—Se le anotará como mala patriota, quizá como enemiga de nuestra causa, y usted sabe cuán severo es el gobierno en esos casos.

Se detuvo, porque las niñas, entrando á desempeñar sus papeles, prorrumpieron en grandes gritos y se agolparon alrededor de su abuela, abrazándola, prendiéndose de sus manos y de sus vestidos.

—¡Ay abuelita, abuelita! ¿Qué irá á suceder? ¡Nos van á confiscar la casa, nos van á llevar á la cárcel, á desterrarnos, á fusilarnos! ¡Pronto, pronto, encendamos luces, abramos la puerta, mandemos á invitar á algunas personas, siquiera para que vean que somos patriotas!

La anciana, asustada por la advertencia del comisionado y aturdida por los gritos de sus nietas, no sabía qué decir ni qué hacer.

Miró al caballero como pidiéndole consejo.

—Creo que las niñas tienen razón, señora,
—dijo éste.—Sería bueno hacerlo así.

Y se retiró saludando ceremoniosamente.

VII

Misia Carlota nunca tuvo un recuerdo bien claro de lo que sucedió después. El hecho fué, que á la media hora de la visita del comisionado, el parapeto de la azotea y la cornisa de la puerta de calle ostentaba hileras de luces, la sala y el gran comedor estaban listos para el baile, flores, adornos y bandejas de dulces habían aparecido como por encanto; Angélica, Luz y Nieves lucían vestidos blancos con cintas celestes, de cuya existencia abuelita no tenía la menor idea; y finalmente, se presentó Julia Giles con sus dos hermanas en compañía de Felipe y media docena más de niñas y mozos, asegurando haber sabido que se bailarían en casa de misia Carlota. Un poco más y los salones estaban llenos de gente joven y alegre que vivaba alternativamente á la patria y á la dueña de casa.

En cuanto á ésta, la cabeza le daba vueltas. No concebía cómo se habían arreglado sus nietas para tenerlo todo dispuesto en tan breve tiempo, ni de dónde había salido de pronto tan-

ta gente. Escuchaba como en sueños los cumplimientos de los jóvenes, y las conversaciones de los ancianos que se habían reunido en el estrado y contemplaban con benévola sonrisa la alegría de la juventud.

—No sabíamos que usted daría un recibo esta noche—observó un viejo señor, sentado al lado de misia Carlota.—Toda la «muchachada» de Giles pasó por casa á avisar que habría fiesta aquí.

—¿Ah, sí?—murmuró la señora.—Fué cosa de última hora.

Pero en su cerebro, que comenzaba á calmarse, brotó la luz de una sospecha acerca de la autenticidad del comisionado del gobierno. Enarcó las cejas ante esta idea sorprendente y se dedicó á observar á Felipe. Pero mayor aun fué su asombro al notar que no sentía ningún enojo y sí, por el contrario, muchas ganas de reír, á pesar de saberse víctima de una sofisticación, á pesar de que Felipe no soltaba el brazo de Angélica, y de hallarse allí todos los mozos que solían exasperarla con saludos, paseos ante las ventanas y serenatas nocturnas.

—He hecho mal—pensó.—Esos traviesos me han dado una lección. Es inútil é injusto tratar de impedir á los jóvenes de ejercer su derecho, que es reír y gozar de la vida. Los viejos debemos alegrarnos con ellos y dejarlos que

sean felices mientras llegue á cada uno su parte de dolor y de lágrimas.

Cuando cercana la media noche (cosa inaudita en aquellos tiempos, que no conocían las horas avanzadas para recogerse y levantarse) la bulliciosa compañía se había dispersado, no sin haber cantado con entusiasmo la nueva marcha patriótica y felicitado calurosamente á la dueña de casa por el éxito de su fiesta improvisada. Cuando los criados retiraban las candilejas y apagaban las luces, misia Carlota quedó sola con sus nietas y éstas se agruparon en torno de ella, una en sus rodillas, otra á sus pies, la tercera en el brazo de su sillón, y entre risas, temores y caricias confesaron su ardid.

Abuelita fué indulgente y concedió absolución general; y fué la primera en reirse cuando los íntimos de la casa—los únicos que se enteraron—hacían alusión al famoso baile de misia Carlota.

De cómo tuvo Buenos Aires su primer médico

I

El digno cirujano don Manuel Alvarez, junto con su familia, sufría privaciones y estrecheces en Cádiz, allá por los años de 1604. Había muchos médicos, y pocos, muy pocos enfermos, y aun éstos recelaban ponerse en manos de los hombres de ciencia, generalmente de fúnebre renombre. Había días en que no se encendía fuego en casa de don Manuel, por la sencilla razón de que no había qué cocer ni freir. El buen humor andaluz había ayudado hasta entonces á la familia á sobrellevar con paciencia las privaciones; pero cuando el hambre llega á estrechar, no hay buen humor que resista.

—Esto no puede seguir así—dijo don Manuel á su compadre don Antonio, una tarde en que ambos se habían detenido en la taberna á beber un vaso de vino.—Hoy apenas si he podido comprar pan; hace ya mucho tiempo que en

casa se come escasamente. Si no viene pronto una peste, no sé qué hacer.

Don Antonio se sonrió.

—No sé si una peste sería el remedio, compadre—observó.—¿Por qué no os ocupáis en alguna otra cosa?

El médico hizo un gesto de indignación.

—¿Yo? ¿Otra ocupación? ¡Soy un hombre de ciencia, compadre! Un sabio que ha estudiado. ¿Cómo habéis podido imaginar que me rebajaría á desempeñar un oficio?

—Bueno, bueno—le apaciguó don Antonio, disimulando su sonrisa.—No era para ofenderos á vos ni á vuestra ciencia. Sólo me parecía que á buen hambre no hay pan duro. ¿Sabéis?—prosiguió después de una pausa,—se me ocurre algo; pero quién sabe si os agradará mi idea.

—Veámosla—repuso el cirujano, y agregó con ademán majestuoso:—siempre que no resulte en desdoro de mi profesión y de mi ciencia.

—No tengáis cuidado—replicó su compadre.—Decidme, ¿tendriais reparo en abandonar á España?

—¿Para ir á adónde?

—A las Indias. He oído decir que en el puerto de Santa María de Buenos Aires no existe médico, y quizá haríais allí vuestra fortuna.

Don Manuel se quedó pensativo.

—En estos momentos—prosiguió don Anto-

nio—se está aprontando un buque para ir al Río de la Plata. Sois español, buen católico, de vida intachable, reunís todas las cualidades que se exigen á los que quieren pasar á Indias. Deberíais pensarlo.

—Vuestra idea me interesa mucho—dijo el cirujano.—¿Y vos creéis que en Buenos Aires podríamos vivir más holgadamente que aquí?

—Yo creo que sí. Seríais el único médico, y como sois muy hábil—agregó don Antonio deferentemente—sin duda pronto lograríais tener una gran clientela. Aunque después vinieran otros cirujanos, siempre vos seríais el primero, y por tanto, el preferido.

—¿Sabéis algo de Buenos Aires, vos?

—No mucho. Dicen que la vida allá es muy barata, que hay abundancia de carne y otros alimentos, y en fin, que uno se lo pasa bastante bien.

—¡Hum, hum!—hizo don Manuel.—¿Sabéis que me hace pensar vuestro consejo? Voy á reflexionarlo bien; hablaré con mi mujer, y se hará lo que Dios resuelva.

II

Dios resolvió que don Manuel Alvarez y su familia se embarcaran en el galeón mencionado, con rumbo al Río de la Plata, y tomaran tierra

en el puerto de Buenos Aires, unos cuatro meses después, á mediados de 1604, sin más novedades que las inherentes á una larga é incómoda navegación.

Como tenían licencia real—requisito sin el cual nadie podía entrar en los «asientos» españoles de América—nada se opuso á su desembarco. Hallaron alojamiento en la espaciosa vivienda de un vecino, mediante una modesta remuneración.

El mismo día de su llegada, don Manuel se informó por don Francisco Quesada, dueño de la casa, acerca de las condiciones de vida en Buenos Aires, las necesidades y costumbres de su población y las probabilidades de enriquecer que allí existían.

—Pobreza en realidad no hay—le informó Quesada.—Todos tenemos con qué vivir, y si carecemos de lujo, al menos no falta la holgura. ¿Pensáis dedicaros á algún oficio?

—Oficio precisamente no—respondió don Manuel;—tengo mi profesión.

—¡Ah! ¿Y cuál es?

—Soy cirujano—explicó con orgullo el andaluz.—¿Hay alguno aquí?

—No, no hay ninguno, ni creo que haga falta—contestó Quesada, mirando de arriba abajo á su huésped.

—¿No hace falta? ¿Entonces aquí no hay enfermos?

—Pocos; el clima es saludable y la vida sencilla.

—Pero los pocos que hay, ¿cómo se las arreglan?

—¡Oh! Perfectamente. ¿Para qué tenemos hierbas?—repuso con indiferencia Quesada, dando por terminado el coloquio, después de agregar todavía este consejo:—debierais comprar una chacara; es el mejor medio de subsistencia aquí.

Don Manuel, indignado, consideró impropio de su dignidad responder á esta última insinuación.

—¡Criollo insolente!—pensó. Apenas había puesto el pie en América y ya se sentía infinitamente superior á todos los nacidos en la tierra.—Ya le enseñaré yo á marchar derecho.

Por el momento, sin embargo, esta amable intención no llevaba miras de ser puesta en práctica. Aunque don Manuel ofrecía sus servicios profesionales por los escasos medios de publicidad que entonces existían en Buenos Aires, aquéllos no fueron muy requeridos. Las pocas veces que esto sucedió los honorarios fueron tan exiguos, que el médico sintió tentaciones de arrojarlos á la cabeza de sus pacientes; y sólo renunció á este placer por ser tan grande su necesidad.

El digno gaditano halló bien pronto que los

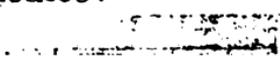
vecinos de la ciudad de la Santísima Trinidad no le tenían el profundo respeto á que se creía merecedor en su concepto de español y de hombre de ciencia.

—¿Para qué queremos cirujano?—decían.—Hasta ahora nos lo hemos pasado muy bien sin matasanos; y en cuanto á morir, podemos hacerlo solos, sin necesidad de que nos ayude un médico.

El genio siempre zumbón y malicioso de los criollos ya había bautizado á don Manuel con el apodo ornitológico de «la Cigüeña», ave á la cual se parecía de una manera asombrosa, debido á sus piernas largas y delgadas, su andar tieso, lento y mesurado, y su interminable cuello flaco, siempre inclinado hacia adelante.

Sostenían que la ciencia de don Manuel no era en manera alguna tan profunda como aseguraba éste, lo cual confirmaban algunos que le habían hecho llamar y á quienes no había recetado las conocidas hierbas medicinales, los remedios familiares tan queridos por el pueblo.

—No conoce ni las plantas—decían.—¿Cómo va á curar sin hierbas? Parece que no las hubiera en España. ¡Vaya un médico!



III

Varios meses pasaron de esta suerte, sin que la situación de don Manuel Alvarez y los suyos cambiara mucho. Se arrepentía ya sinceramente de haber seguido el consejo de su compadre y emigrado á las Indias, cuando en el momento menos esperado, como suele suceder, la rueda de la fortuna dió una vuelta en su favor.

Enfermó gravemente un importante personaje de Buenos Aires, el capitán don Pedro Martínez de Zabala, «teniente general de estas provincias por Su Majestad». Ensayáronse primero todos los remedios caseros: infusiones, cocimientos, unguentos, cataplasmas y fricciones, sin contar las sangrías y ventosas con las que se martirizó al enfermo, y las oraciones y misas que se dijeron por él. Como nada diera resultado, y por el contrario, el estado del capitán empeorase, se decidió recurrir al auxilio del médico. Don Manuel Alvarez fué llamado á poner al servicio de la humanidad doliente las luces de su ciencia.

Sus conocimientos, como los de todos su colegas de la época, eran puramente empíricos. La ciencia curativa se reducía á tantear al acaso, dentro de los límites estrechos de reglas consa-

gradas por el uso y la tradición, reglas á menudo fantásticas y absurdas. A veces el médico acertaba, ya por casualidad, ya porque tenía el don de observar á la naturaleza, ó bien porque el enfermo era bastante fuerte para no sucumbir á los remedios generalmente nocivos y violentos que empleaban los facultativos de entonces.

La constitución del capitán don Pedro Martínez de Zabala debía ser bastante robusta, pues resistió á todos los embates de la ciencia de don Manuel y salió triunfante de cuantos atentados se hicieron contra ella bajo la forma de medicamentos de todas clases, de uso externo como interno. Al cabo de algunos días, la naturaleza reaccionó, el paciente comenzó á mejorar. Por supuesto, se atribuyó tan feliz desenlace al saber del cirujano.

Un enfermo que se ve devuelto á la vida y á la salud, está generalmente animado de sentimientos generosos, y el capitán no regateó á su apuesto salvador los honorarios que éste pedía.

—Si en algo más puedo servirlos, no tenéis sino que decírmelo; podéis contar conmigo—le dijo.

Don Manuel se rascó la frente con ademán pensativo, y dirigió á su paciente una mirada de vacilación y de duda. Zabala lo advirtió.

—¿Qué puedo hacer por vos?—volvió á preguntar.

Entonces el médico, cobrando ánimo, explicó que su situación era precaria, y que el mayor servicio que podría hacérselo, sería el de conseguirle clientes.

Zabala reflexionó algunos instantes.

—Ya sé lo que os conviene—dijo luego;— Buenos Aires necesita un cirujano empleado por el Cabildo, con salario fijo. ¿Tenéis vuestro título?

—Sí, señor.

—Entonces, es cosa hecha. Dentro de algunos días, cuando yo pueda asistir á las sesiones del Cabildo, os presentaréis y haréis vuestra petición. Lo demás corre de mi cuenta.

IV

Todo se hizo según lo había dicho don Pedro Martínez de Zabala. El día 24 de Enero de 1605, el médico se presentó en la sala capitular, solicitando del Cabildo se le señalara sueldo para atender en sus enfermedades á «españoles y naturales», y ofreciendo exhibir su título. Los cabildantes tomaron en cuenta la recomendación de Zabala y aceptaron el ofrecimiento, fijándose el salario del cirujano en cuatrocientos pesos al año, según consta de la siguiente acta del Cabildo de Buenos Aires, que textual-

mente, aunque con ortografía moderna, reproducimos aquí:

«En la ciudad de la Trinidad, Puerto de Buenos Aires, á veinticuatro días del mes de Enero de mil y seiscientos y cinco años, se juntaron á Cabildo, según lo han de uso y costumbre, el Cabildo, Justicia y Regimiento; conviene á saber: el capitán Pedro Martínez de Zabala, teniente general de estas provincias por Su Majestad, y Pedro de Izarra y Melchor Casco de Mendoza, alcaldes ordinarios, y Francisco Muñoz y García Hernández y Juan de Castro y Francisco Martín y Juan Domínguez Palermo, regidores, y á este tiempo entró el regidor Pedro Morán. Y Manuel Alvarez, *surujano*, dió petición en la cual pidió se recibiese por *surujano*, y se obligaría á curar españoles y naturales, y que se le señalase estipendio y salario; y proveyóse que obligándose á curar españoles y naturales en esta ciudad, de curar y sangrar á todos de las enfermedades que tuvierén, y acudiendo á todos como debe, y es obligado, se le den cuatrocientos pesos en los frutos de la tierra á precio de reales, y además de esto, le paguen las medicinas é *yingüentos* que pusiere.»

Así salió, por fin, de apuros don Manuel; y aunque, según consta también en las actas del Cabildo, conservó su empleo tan sólo durante

seis meses, logró en ese corto espacio de tiempo, merced á algunas curaciones felices, hacerse tanta fama, que convirtió á todos los incrédulos, y aun cuando tuvo que dejar su cargo, conservó numerosos clientes, los cuales tenían en él una fe absoluta. Y como todo va en la fe, el *surujano* don Manuel Alvarez halló en Buenos Aires la fortuna y consideración que en vano había buscado en España.

El milagro de San Antonio

I

La consternación abatía el espíritu público en Jujuy. Los hombres agrupados en las calles, conversaban en voz baja y visiblemente conmovidos; las mujeres lloraban, mientras guardaban en cestos y cajones sus ropas y los enseres domésticos. Hasta los niños sentían que pasaba algo de extraordinario; cuchicheaban entre ellos ó se mantenían en los rincones observando, tímidos y asustados, el extraño proceder de los grandes.

El motivo de esta agitación general era un bando publicado por el general Belgrano, en el que mandaba á todos los habitantes de Jujuy que se aprontaran para abandonar la ciudad y retirarse á Tucumán, en cuanto se les ordenara. El general quería quitar al ejército español que invadía por el norte, los recursos de la provincia. Los labradores debían recoger sus cosechas; los estancieros sus ganados; los co-

merciantes sus mercaderías, y las familias todos sus bienes. Los que no obedecieran, serían castigados severamente, sin excluir la condenación á muerte para los que llegaran á rebelarse.

Todos sabían que estas no eran simples palabras, pues el general cumpliría sus amenazas al pie de la letra. De ahí la confusión, el llanto, la actividad febril que se notaba en Jujuy aquel día de Julio de 1812.

II

Vivía en la ciudad una viejecita de más de ochenta años, llamada doña Rosa. Parecía no tener otro nombre, pues nadie se acordaba jamás de su apellido.

En su compañía habitaba un mozo, para quien había hecho las veces de madre y al cual quería como si fuese realmente hijo suyo. El la mantenía con el producto de un terreno junto á la casita, donde, además de frutas y legumbres, había siempre, cualquiera que fuese la estación, algunas flores para adornar una estatuíta de San Antonio, propiedad de su madre adoptiva.

¡Este San Antonio!

Doña Rosa tenía en su vida tranquila dos

pasiones; su Juan y el San Antonio. Este y su hijo adoptivo eran los grandes temas de su conversación. Todos los que iban á la casa conocían los milagros que hacía el santo. Si se perdía algo, San Antonio era quien lo encontraba; si había algún peligro, San Antonio lo desviaba; si alguien se enfermaba, San Antonio lo hacía sanar. Cualquier dificultad que se presentara, el santito siempre tenía remedio, y la anciana ingenua y sencilla le profesaba una veneración sin límites. Según ella, todo se lo debía á aquel santito de barro cocido, cuyos colores chillones Juan debía renovar todos los años, y que desde su rinconera, rodeado de flores y de luces, contemplaba serenamente aquel rincón del mundo. La única vez que doña Rosa se enojó con Juan, fué cuando le vió sonreír en ocasión que ella le refería un milagro grande, realizado por San Antonio. La viejecita, que no gastaba bromas en este sentido, reprendió con severidad al mozo, y éste le tuvo que prometer formalmente que nunca más volvería á dudar del santo.

Doña Rosa descansaba al lado de la ventana. Tenía un brasero cerca de ella y, de cuando en cuando, se cebaba un mate y lo sorbía tranquilamente, disfrutando de la tranquilidad de la hora. Los rayos oblicuos del sol poniente, al entrar por la ventana, semejaban un puente ten-

dido desde el cielo á la tierra, por el cual genicillos buenos y alegres bajasen al mundo de los hombres desde el azul sereno.

Delante la ventana cruzó una sombra, y un momento después entró Juan. Era un mocetón de veinte años, alto, moreno, reposado en sus modales y de una gravedad tranquila que inspiraba confianza.

Doña Rosa se asombró al verlo llegar á esa hora.

—¿Cómo es eso? — preguntó. — ¿Es fiesta hoy? Ven á tomar un mate, que llegas á tiempo.

Pero Juan hizo un ademán de negativa y, sentándose al lado de la anciana, le expuso con prudencia y precaución, para no asustarla demasiado, que era necesario arreglar sus cosas y prepararse á marchar de un momento á otro.

Doña Rosa le miró sin comprenderle, y Juan tuvo que repetírselo.

—¿Pero por qué?—preguntó la anciana.— Si la casa es mía ¿porqué he de dejarla?

Juan le hizo entender que no se trataba solo de salir de la casa, sino de la ciudad, y le habló del bando terrible y de los castigos con que eran amenazados los que no obedecieran.

Cuando la pobre mujer comprendió al fin, tras largas explicaciones, que debía abandonar á Jujuy, donde había nacido y de cuyo recinto no había salido nunca, su desesperación no tuvo

límites. ¡Eso no podía ser, no, eso era imposible! ¡Ese general porteño no podía ser tan cruel, tan desalmado, tan impío! Sacar de sus casas á las gentes pacíficas que jamás le habían hecho nada, por ningún motivo, sencillamente porque sí, y llevarlas lejos, quién sabe á dónde, á un destino inseguro, al destierro, á la miseria, á la muerte quizá... ¡no, no podía ser! Y en el último caso, allí estaba San Antonio para impedirlo.

Doña Rosa se arrodilló al pie de la imagen y se puso á rezar con todo el fervor de su alma sencilla. Juan la contemplaba conmovido y triste. ¡Pobre viejecita! Esta vez San Antonio no obraría milagros. El general porteño tenía voluntad de hierro que ningún santo conmoviera.

III

Los preparativos para la marcha se activaban. Belgrano estaba en todas partes, cuidando de que se obedecieran sus mandatos. No se concedió una sola excepción en favor de nadie; todos, todos, sin faltar uno solo, debían partir. Goyeneche, el general español, había de hallar la comarca desierta, sin habitantes, sin ganados, sin caballos, sin víveres. Al mismo tiempo

que privaba así al enemigo de recursos, Belgrano quería hacer entrar en acción decidida á esos pueblos que hasta entonces habían mirado con escaso entusiasmo la causa de la patria; y lo consiguió. Electrizados por aquella voluntad soberana, se agitaron de pronto, se conmovieron y se pronunciaron resueltamente por la revolución.

Al ver que pasaban los días sin que San Antonio hiciera el milagro esperado, doña Rosa tuvo que resignarse, y entre lágrimas y lamentos, comenzó á enfardar, con la ayuda de Juan, sus muebles y demás pertenencias. Daba lástima verla ir y venir entre sus líos y canastos; pequeñita y encorvada, con su carita arrugada y afligida, inquieta y llorosa y hablando consigo misma, como acostumbran hacer las personas muy ancianas.

—No vaya á olvidar el santo—le dijo Juan.

Doña Rosa, que estaba en esos días de un humor irascible, tomó como una ofensa personal la idea de que pudiera marcharse sin su *San Antoñito*, como cariñosamente le llamaba.

—Quiero decir, que sería mejor guardarlo ya desde luego—dijo Juan tratando de aplacarla. —Después, en el apuro de la partida, se le puede olvidar.

Esta tentativa de conciliación empeoró las cosas, pues doña Rosa, en lugar de calmarse,

se enojó más. ¡Guardar al santo en el fondo de un cajón, para que estuviera tanto tiempo sin aire y sin luz! No, la imagen permanecería tranquila en su lugar hasta el último momento, y entonces ella la acomodaría bien para que no sufriera con el viaje. ¿Y quién sabe si tendrían que marchar? Todavía San Antonio podría obrar un milagro y entonces le habrían molestado inútilmente.

Juan no respondió á este sermón, por no contrariar á la anciana y la dejó obrar según su parecer.

IV

Hacia el 20 de Agosto todo estaba pronto para partir.

Cuando hubieron terminado los aprestos, cuando estuvieron embalados mercaderías y muebles, ropas y alhajas, útiles de labranza y enseres domésticos, reunidos los ganados, caballos y mulas, cuando ya nada quedaba por hacer y no había más que cruzarse de brazos y esperar la voz de — ¡Marchen! — una calma aparente cayó sobre Jujuy. Sobrevinieron algunos días de espera angustiada, enervante, febril, como se siente ante un peligro que amenaza y no llega.

Por fin el 23 de Agosto, se dió la orden esperada. El enemigo se acercaba, sus avanzadas empuñaban ya escaramuzas con las guardias patriotas.

Las calles se llenaron de soldados, de oficiales, de paisanos, mujeres, niños, animales domésticos, carros y carretas repletas de los objetos más variados. El general Belgrano en persona dirigía y ordenaba esa masa confusa de seres vivientes. Al sonido de su voz tranquila y clara, bajo la mirada penetrante de sus ojos azules, el caos se deshizo poco á poco y comenzó á reinar el orden.

A las cinco de la tarde sonaron los clarines y el convoy se puso en marcha. Fué un espectáculo imponente y conmovedor, todo ese pueblo que abandonaba sus hogares á la voz de mando de un solo hombre, como en otros tiempos los hijos de Israel á la voz de Moisés.

El sol declinaba, tocando las crestas de los montes ó filtrándose en rayos oblicuos por alguna quebrada ó abra. A pesar del esplendor de la naturaleza, del toque sonoro de los clarines, del relinchar de los caballos, rodar de carros y cañones, de las voces de mando, de los gritos de los arrieros y conductores, á pesar del brillar de las armas y de la variedad de tipos, colores y formas de aquel conjunto abigarrado, esa retirada, ese éxodo ofrecía un espectáculo tristísimo.

La columna de emigrantes, escoltada por la mayor parte del ejército, enfiló por las calles de la ciudad y tomó el camino del sur, hacia Tucumán.

Doña Rosa viajaba en una carreta, en compañía de otras mujeres y de muchos niños. Estaba todavía completamente aturdida, pues, aunque día á día había estado esperando la orden de partir, cuando ésta llegó por fin, la llenó de confusión. Corrió por toda la casa, como atolondrada, sin saber lo que hacía, llorando y lamentándose, y por fin se arrojó á los pies del santo, á quien había encendido aquel día un larguísimo cirio hecho por ella misma. Con el alma dolorida al ver la angustia de la pobre anciana, Juan tuvo que sacarla de allí á la fuerza y conducirla á la plaza, donde se organizaba el convoy.

Habían caminado como una legua, cuando Doña Rosa lanzó de pronto un grito agudo y lastimero é hizo ademán de querer tirarse del carro.

¡Había olvidado su santo!

En el apuro y la confusión del último momento, sucedió lo que Juan le advirtiera: se marchaba sin su protector, su santo predilecto que tantos milagros había obrado por ella, á quien debía tantas mercedes y favores, á su *San Antoñito* querido.

No hubo medio de tranquilizar á la pobre viejecita. Su santo quedaba allá, en la casa desierta, solito y abandonado. ¿Quién le rezaría ahora? ¿Quién lo cuidaría? ¿Quién le ofrecería flores y cirios? ¡Y qué enojado estaría! Y con razón. Bien se lo había dicho Juan, que envolviera al santo para que no se le olvidase. Ahora tenía su castigo merecido por no haber seguido ese buen consejo.

Sus compañeras trataron de consolarla. Ya volverían á Jujuy y encontraría otra vez al santo; las personas que ocuparían su casita seguramente no serían herejes. Y en todo caso, cuando llegasen á Tucumán, Juan le compraría otro más grande, nuevo y hermoso.

Mas doña Rosa no podía conformarse. No quería otro santo, por lindo que fuese, pues ya no sería el mismo, el suyo, su *San Antoñito*. Era necesario volver á Jujuy para buscarlo, y á toda costa quiso bajar para ir ella misma, aunque fuese á pie. Las mujeres se lo impidieron por supuesto, y el conductor se negó á detener el vehículo, declarando que tenía orden estricta de no dejar bajar á nadie quienquiera que fuese.

Cerrada ya la noche, la columna hizo alto, y Juan, que ayudaba á arrear el ganado, tuvo tiempo para mirar por Doña Rosa. La halló deshecha en llanto y asustado preguntó por la

causa. Al saber el motivo, lejos de echarle en cara el no haberle hecho caso, trató de calmarla por todos los medios, prometiéndole que iría á buscar la estatuíta á la primera ocasión que se le presentase. Pero doña Rosa quería que fuera al instante, en el acto; de otro modo moriría de pena. En vano le explicó Juan que si se apartaba del convoy y le sorprendían, sería fusilado sin piedad. La anciana no quiso creerlo é insistió con la obstinación propia de los viejos en que Juan fuese al punto á la ciudad. San Antonio no le permitiría que le sucediera nada, le tomaría bajo su protección y en caso de necesidad, le haría invisible á los ojos de los demás, que milagros como este y mucho mayores podía hacer el santo. Tan grande era su aflicción y tan enternecedoras sus súplicas, que Juan se sintió conmovido en el alma. Puesto que tanta era su desesperación, él iría á la ciudad y buscaría el santo. La viejecita merecía ciertamente que expusiera su vida para darle ese consuelo.

Le comunicó su resolución, advirtiéndole al mismo tiempo que no dijera nada á nadie, pues á él le iba la vida en esa empresa.

Doña Rosa, loca de contento ante la idea de recuperar la imagen, le bendijo mil veces, augurándole el éxito más feliz.

V

Tras de un breve alto, la columna volvió á ponerse en marcha. Juan, al amparo de la noche sin luna, había desviado su caballo entre los matorrales que flanqueaban el camino. Esperó hasta que se hubo perdido á lo lejos el rodar del último carro y las pisadas del último caballo y luego se encaminó en dirección á la ciudad, de la cual distaba unas tres leguas. Si hubiese podido seguir el camino recto, esa distancia habría sido insignificante; pero tenía que evitar la retaguardia del ejército que habría salido ya de Jujuy, para seguir la marcha por la misma vía. Era pues, necesario dar un rodeo bastante grande. Felizmente, Juan conocía aquellos lugares tan bien, que no había senda, desfiladero ni picada que no pudiera hallar de noche ó de día.

Gracias á esto pudo evitar la retaguardia y llegar á la ciudad, que parecía un cementerio, tan grande era el silencio. El único punto donde había gente era en la casa donde el general Belgrano, con algunos oficiales y pocos hombres de tropa, se aprontaba para salir también y alcanzar el ejército.

Felizmente, la propiedad de Doña Rosa que-

daba distante de ese punto. Juan ató su caballo en la huerta, detrás de la casa, y penetró en el cuartito de la anciana, donde San Antonio permanecía en su rinconera, con el Niño en brazos, rodeado de flores que llenaban el aposento con su fragancia. Delante de él ardía todavía un cabo de cirio grande que doña Rosa había encendido aquella tarde, alumbrando con su luz vacilante la pieza pequeña.

Juan extendió la mano para bajar la estatua, cuando sintió ruido de herraduras en la calle. ¡Una patrulla, seguramente! Si le hallaban estaba perdido. No tenía tiempo para esconderse, y allí donde estaba podían verle á través de la ventana entreabierta.

Juan abandonó toda esperanza de salvación y se resignó á morir.

En aquel momento crítico, sintió un ligero ruido arriba, en la rinconera; la llama del cirio se irguió de pronto, luego se extinguió y un objeto pequeño cayó con sonido metálico á los pies de Juan. Un instante después se detuvieron delante de la casa dos jinetes. Juan les oyó hablar.

—Me parecía haber visto luz aquí.

—¡Qué! Yo no he visto nada. ¿Quién habría encendido luz?

—Alguno que quiere robar, quizá.

—¡Pero si no hay nada que robar, hombre!

Te apuesto á que no hay en toda la ciudad ni una aguja para robar. ¿Entremos?

—No, ¿para qué? Tienes razón, me habré equivocado.

El postigo fué empujado desde afuera.

—Todo está oscuro. Vámonos.

Juan los sintió alejarse, como si despertara de una pesadilla. Largo rato permaneció sin hacer movimiento. Por fin, cuando ya todo había vuelto otra vez al silencio, reaccionó, hizo luz con su pedernal y buscó el objeto que tan á tiempo había apagado el cirio. A sus pies yacía un corazoncillo de plata que un día, cuando él estaba muy enfermo, doña Rosa había ofrecido al santo. La cinta que lo sujetaba se había cortado ó quemado y el exvoto había caído sobre la vela, extinguiéndola en el momento preciso de mayor peligro.

Con aire muy pensativo Juan envolvió la imagen en un lienzo, y después de haberse asegurado de que no había nadie cerca, montó su caballo y salió de la ciudad.

Antes del alba logró reincorporarse al ejército, burlando la vigilancia de las guardias.

Doña Rosa, al volver á ver á su santo, lloró de alegría como antes había llorado de pena. Cuando Juan le refirió cómo se había apagado la luz justamente en el instante crítico, la viejecita exclamó triunfante y llena de convicción.

—¡Es claro, pues! ¡Fué el santo!

El Tigre

I

Decían los amigos de Benito Alba:—¡Qué genio! ¡Qué t mperamento el de este hombre! Es todo un valiente. ¡Es un tigre!

—¡Y qué mozo guapo!—exclamaban las escasas niñas de la lejana época, al verlo pasar en un soberbio caballo, dirigiendo   derecha y   izquierda miradas de triunfador; y lo mismo que las amitas, opinaban las esclavas detrás del cercado de la quinta, desde donde espiaban al objeto de su admiración.

Benito Alba había venido de España hacía poco y hasta el momento en que lo encontramos no se le conocía otra ocupación que la de referir, en medio de un corro de oyentes maravillados, las historias más extraordinarias y espeluznantes, cuyo héroe era invariablemente él mismo. Contaba haberse batido él solo contra toda una gavilla de salteadores; libertado   una niña

robada por los gitanos (...«y los padres quisieron dármele en matrimonio, de puro agradecidos, y la niña, pobrecilla, quedó desesperada porque yo no quise; pero yo... ¡quíá! no me gustaba...»); separado á dos que estaban á punto de matarse; saltado á la arena, en una corrida de toros, y apartando á los espadas cobardes é inservibles, tomado su lugar y «así», se le fué encima á la fiera, despachándola «así».

Y con los brazos abiertos, inclinado hacia adelante, revolviendo los ojos ferozmente, embestía al oyente más próximo, el cual entre risueño y alarmado, se echaba hacia atrás exclamando:

—¡Eh, hombre, eh! Yo no soy el toro.

Tenía la fama de héroe, infundada, pero indiscutida. Lo afirmaba él mismo con ese aplomo que se impone y subordina á la opinión. Además, llevaba su honor constantemente en la boca, y la mano también constantemente en el mango de su cuchillo. A la menor broma, á la mínima sombra de una sospecha de que alguien pretendiera tomarle el pelo ó provocarle, tiraba de su arma y con gestos y ademanes de Cid Campeador, desafiaba á combate singular al que quisiese medirse con él. Con gran trabajo los amigos lograban calmarle, convenciéndole de que nadie tenía la intención de ofenderle.

—¡Es increíble este muchacho!—comentaban

luego.—No se puede con él. Un verdadero tigre.

Y la afirmación corrió, como corren las sugerencias, con la inconsciencia que acepta sin examinar ni discernir, característica de la mayor parte de los juicios y prejuicios populares. Cuando aparecía el *Tigre*, con sus aires des-envueltos y la mirada inquieta y vivaz de sus ojillos, que parecían dos bolitas negras muy bruñidas rodando continuamente en dos platillos blancos, provocaba la admiración.

Benito Alba llegó á ser el hombre del día, el hombre á la «moda», como se diría hoy. Las familias se lo disputaban para que amenizara con su charla las reuniones. Los viejos, gozosos de poder conversar con un recién llegado, hacían memoria de la patria lejana, suspirando ante la improbabilidad de volver á verla; pues en aquellos tiempos no se hacían á las Indias viajes de placer, y el que no venía precisamente como gobernador, por lo general se establecía aquí para siempre. En cuanto á los jóvenes, oían hablar de la metrópoli con explicable interés, deseando conocerla, aunque en el fondo abrigaban quizá la convicción de que la vida de «allá» no podía compararse con la de Buenos Aires.

II

No hacía veinte años desde que don Juan de Garay echara los cimientos de la nueva ciudad de Buenos Aires, y ya era ésta, con las riquezas ganaderas de su campaña, objeto de la codicia de vecinos, piratas y corsarios, temibles huéspedes del mar en aquellos tiempos. Los más audaces eran los ingleses y holandeses, es decir, los procedentes de las dos grandes potencias navales que se disputaban con España y Portugal la supremacía del Océano. Ya sueltos, ya en flotas, ora mandados por particulares, ora organizados por los gobiernos, esos buques armados en guerra, veleros y con una tripulación que nada tenía que perder y sí todo que ganar, por consiguiente dispuesta á cualquier cosa, cruzaban por las vías marítimas más frecuentadas, al acecho de los buques mercantes desprevenidos ó débiles. Con no poca frecuencia efectuaban desembarcos en puntos cuya riqueza prometiera recompensa á los riesgos de la aventura. La vigilancia en los puertos era, por lo tanto, lo más rigurosa posible, y no obtenía entrada, sin previa minuciosa inspección y á veces largos parlamentos, un navío extranjero ó sospechoso.

Muy pocos eran los buques que á fines del si-

glo XVI arribaban á la rada de Buenos Aires. Por lo tanto, causó sorpresa, alarma y curiosidad una urca que apareció cierta tarde de Julio de 1599, sondando el río frente á la ciudad.

Resultó ser un barco holandés llamado «Mundo de Plata», que traía mercaderías para vender ó canjear. Estaba prohibido comerciar con buques que no fuesen despachados en Sevilla; pero el gobernador, instado quizá por el pueblo deseoso de adquirir artículos de los cuales había escasez en la aldea, resolvió hacer una excepción. Los navegantes pidieron hacer el negocio á bordo; pero se les contestó que las mercaderías debían pagar primero los derechos de aduana. Convinieron entonces desembarcar una parte de aquéllas, para traer el resto en cuanto estuviesen vendidas; mas el gobernador, después de haber consentido, se retractó, exigiendo que se trajera á tierra toda la carga antes de empezar á negociar. Negáronse los marinos y comenzó el conflicto.

Asegura el gobernador, don Diego Rodríguez de Valdés y de la Vanda, en su carta-informe al rey de España, que los holandeses—«flamencos» se decía entonces,—eran «piratas ladrones», enviados por una flota poderosa, para sondar y explorar, bajo el disfraz de mercaderes, el Río de la Plata y la situación y condiciones de Buenos Aires, y que todos sus actos eran fingidos, falsos y de mala fe.

Según la narración del piloto Enrique Ot-sen, único sobreviviente de aquel buque que vol-vió á Europa, el gobernador español fué quien procedió deslealmente, reteniendo prisioneros á nueve holandeses, que fueron á tierra, fiados en su promesa y contradiciéndose en palabras y ac-tos.

Lo probable es que ninguna de las dos partes fuese exenta de culpa, aunque sin duda el más vituperable fué el gobernador, quien empezó las hostilidades. Hay que considerar, sin embargo, la preocupación del tiempo, que consideraba enemigos á todos los extranjeros y veía piratas por doquier; y también la posición del goberna-dor, temeroso de exceder sus facultades ó no cumplir con su deber, ambas cosas graves cuan-do se está al servicio de un rey despótico y ab-soluto.

La posición de los marinos fué, pues, falsa desde un principio. Pronto corrió el rumor de que no eran comerciantes, sino piratas. La alar-ma cundió, aumentada por el hecho de que Bue-nos Aires contaba tan sólo con fuerzas exiguas y escasas municiones. Todos los hombres de ar-mas llevar fueron citados á la fortaleza, para tomar parte en la defensa del pueblo si fuese necesario.

III

Los mozos se reunieron para obedecer al llamado.

—Podríamos pasar á buscar á Alba — propuso uno de ellos.

—¿Ese? Ya estará allá hace tiempo. No nos habrá esperado á nosotros.

—Claro que no. Imaginaos: ¡cuando se trata de pelcar!

—De todos modos, podríamos ir á ver.

—Vamos.

Golpearon en la puerta, llamaron al dueño, y por fin entraron, pues no recibían contestación.

—¡Alba! ¡Eh, Benito! ¿Dónde estás?

La casa estaba vacía.

—Si ya os he dicho que no le encontraríamos —observó uno.—¿Quién sabe si no se ha embarcado solo en algún bote para correr la aventura por su cuenta?

—¡Qué muchacho!—dijeron los otros riendo. —Es capaz de todo.

Haciendo comentarios, los jóvenes llegaron al punto de cita, donde hallaron á otros vecinos; pero entre ellos no estaba Alba.

—Sin duda alguna ha ido á hacer una de las tuyas.

—El hecho es que yo no lo he visto hoy en todo el día.

—Yo tampoco.

—Ni yo.

—Pero ayer me dijo: ya verán esos bribones quién es Benito Alba.

—Está visto; en algo anda.

—Sí, es un loco temerario.

—No vaya á resultarle daño.

—¡Qué! Si es más vivo que todos los flamencos juntos.

Las notas claras de la trompeta interrumpieron la conversación, llamando á cada uno á su puesto.

IV

Los supuestos piratas no pensaban en atacar á Buenos Aires. Sólo habían tenido á bordo 32 hombres, cuando llegaron al puerto; de éstos, habían perdido nueve, prisioneros en poder de los españoles, y los 23 restantes, enfermos en su mayor parte, no iban á emprenderla con una población tan sobre sí y que además poseía rehenes, á los cuales haría expiar cualquier desmán. El «Mundo de Plata» levó, pues, anclas y

navegó río abajo, á una distancia de la orilla no demasiado grande.

Se temió en Buenos Aires que los holandeses tentasen el desembarco en algún punto de la costa, y una partida bastante fuerte, al mando del mismo gobernador, fué á observar sus movimientos.

Marcharon por el bosque que cubría las barrancas del río, y unas tres leguas al Sur de la ciudad, vieron desprenderse del costado del buque un bote con siete hombres, que se dirigió á tierra.

Los españoles se emboscaron y dejaron á los marineros desembarcar tranquilamente. Pronto conocieron que sólo venían con el propósito de hacer leña, sin la menor mira hostil. Sin embargo, los atacaron y consiguieron tomarles cuatro prisioneros; los otros tres pudieron tomar el bote y escapar. El navío disparó varios tiros, sin hacer daño á nadie; y viendo que no podían socorrer á sus compañeros, los navegantes holandeses dieron las velas al viento y el «Mundo de Plata» desapareció para siempre de aquellas regiones.

Los españoles, con sus prisioneros, emprendieron el camino de regreso á Buenos Aires.

V

En cierto momento y ya en las adyacentes de la población, oyeron entre los matorrales ruido de hojas y ramas movidas con violencia, como si alguien se abriese paso precipitadamente. Varios hombres se desprendieron de la columna para averiguar de qué se trataba; quizá fuese un holandés que hubiese quedado en tierra. Anochecía ya, y los perseguidores sólo vieron indistintamente un hombre que corría á todo escape. Como los caballos no podían avanzar tan ligero en el bosque como una persona á pie, dos soldados se apearon, lanzándose tras del fugitivo. Este tenía alguna ventaja, y corría, saltaba por encima de las raíces y se arrastraba entre las malezas con la velocidad que sólo da el miedo.

Tuvo que cruzar un espacio descubierto, donde todavía había luz; y con la sorpresa consiguiente, los españoles reconocieron á Benito Alba.

Se detuvieron un momento asombrados, para echar á correr de nuevo tras de él, gritándole que se detuviera.

— ¡Alba! ¡Alba! ¡Al...ba! ¡Eh, hombre, para, que somos nosotros!

Y hablando entre ellos, decían:

—¿Qué le estará pasando para que corra de ese modo?

En eso, Benito tropezó con una raíz y cayó cuan largo era. Los otros se pusieron á su lado antes de que pudiera levantarse.

—¡Pero hombre!—exclamaron riendo y fuera de aliento,—¡qué carrera nos hiciste dar! ¿Qué te sucede, pues?

El *Tigre* estaba sentado en el suelo, jadeante, mientras sus ojos dilatados erraban sin cesar del uno al otro, con expresión extraviada.

—¡Sois vosotros!—murmuró.

—Sí, pues. ¿No nos oíste gritar?

—Sí, pero...

—Sí, pero... ¿qué creíste tú?

—Yo creía... los piratas...—tartamudeó el héroe; y al ver la expresión de asombro con indicios de risa en las caras de sus amigos, agregó precipitadamente:

—Los flamencos, sí... Uno escapó hacia allá y yo le estaba dando caza.

Pero ya la risa de los otros estallaba en carcajadas francas, sonoras, interminables.

—¡Los flamencos!—exclamaban.—¡Estaba persiguiendo á los flamencos!—Y se retorcían de risa, golpeándose los muslos, teniéndose los costados, frotándose las manos en medio de su hilaridad.

Alba se incorporó avergonzado y furioso, y para recuperar su dignidad que sentía ya muy estropeada, tentó una de sus antiguas barrabasadas:

—El que quiera medirse conmigo...

No pudo concluir su frase. Acababan de llegar los que habían quedado atrás, y escucharon sorprendidos las carcajadas de sus compañeros.

—¡Toma! Es Benito Alba. ¿Qué sucede aquí?

—Pues sucede que el *Tigre* ha dado caza á un flamenco; pero en vez de correr detrás de él, ha corrido delante.

Y entre las risas inacabables de sus antiguos admiradores, se derrumbó irremediabilmente el prestigio de Benito Alba. Ya no hubo para él rehabilitación posible, y el epíteto heroico que le había dado la opinión ciega, se convirtió para el fanfarrón desenmascarado en apodo de burla y de escarnio.

La Cordobesa

I

Una pequeña partida de caballería exploraba un vallecito situado en el sur del Alto Perú. Mandábala el teniente Enrique Arias, oficial bizarro y excelente muchacho, al cual las penurias de la larga guerra no habían logrado amortiguar su buen humor y sus sentimientos elevados.

Hacia ya bastante tiempo que los exploradores caminaban sin hallar nada de sospechoso, cuando llamaron su atención los gritos de una mujer, procedentes de un bosquecillo cercano. El teniente dió orden de dirigirse hacia ese lugar y halló á una cantinera conocida por la Cordobesa, defendiéndose con energía de los ataques de algunos indios, los cuales la habían despojado de sus provisiones y se preparaban á llevárselas junto con la mula en la cual acostumbraba viajar. Arias atacó á los ladrones, los puso en fuga, capturó á uno de ellos, recuperó las provisiones y la mula, restituyéndoselo

todo á la cantinera y haciéndola luego acompañar hasta el campamento, por dos de sus hombres.

II

La llamaban «la Cordobesa» en todo el ejército. Los que querían captarse sus buenas gracias, la titulaban «ña Parmenia», pero aquél era su nombre corriente.

Era una china alta y gruesa, de mediana edad, lenta y reposada en sus movimientos y de una cachaza á toda prueba. Nadie había visto jamás apurada á ña Parmenia. Era una figura popular, una especie de autoridad, á la cual no sólo los hombres de tropa, sino también los oficiales jóvenes atendían en los casos difíciles; y rara era la vez que la Cordobesa no supiera dar un buen consejo. Contribuían además á darle prestigio sus excelentes pasteles y tabletas. Cuando los jóvenes querían ponerla de buen humor, la hacían referir la ocasión en que el mismo general Belgrano se había dignado aceptar algunos de sus pasteles hallándolos exquisitos.

Pocos eran los que dejaban de saludar á ña Parmenia, cuando la encontraban á su paso, serena, indiferente, eternamente envuelta en un manto que una vez había sido negro. Ella res-

pondía á los saludos con un gesto de majestuosa benevolencia. Su favorito, su predilecto entre todos, era el teniente Arias, al que profesaba desde aquella vez que la había defendido de los indios, un cariño un tanto autoritario y tiránico. Le consideraba como un hijo, ó por lo menos como un ahijado. Le cuidaba la ropa, le preparaba comida especial, le prodigaba toda clase de atenciones. Los compañeros del joven se divertían en grande y daban á éste bromas interminables con la Cordobesa, á la cual llamaban alternativamente, «la mamita», «el aya» y «la novia» de Arias. Estas chanzas hacían reír ó enfurecían al teniente, según se hallara de humor; pero el hecho era que no le iba del todo mal con los cuidados de ña Parmenia. Así, aunque á veces se impacientaba y la echaba de su presencia, siempre acababa por volver á someterse, riendo y resignado, á la tiranía de la Cordobesa.

III

Después del desastre de Ayohuma, el descalabrado conjunto que se llamaba «ejército del Norte», se retiraba hacia Jujuy. Sólo la energía del general Belgrano lograba mantenerlo medianamente organizado, luchando con la esca-

sez de recursos y la indisciplina de los hombres fatigados por la larga campaña, que había comenzado entre resplandores de gloria é iba á terminar lastimosamente en una serie de derrotas.

Empero, si el general estaba desanimado, se guardaba muy bien de mostrarlo. Sabía que nada desmoraliza más al soldado que ver desfallecer á sus superiores. Hacía cumplir estrictamente todos los detalles del servicio, no permitía rezagados, ni merodeadores; había vanguardia y retaguardia, aunque dado el número exiguo del ejército debían necesariamente ser en extremo reducidas.

La retaguardia, compuesta del pequeño regimiento de caballería al cual pertenecía el teniente Arias, seguía al grueso del ejército á una distancia de dos leguas. La Cordobesa se consideraba como parte integrante de ese regimiento y no se separaba de él.

IV

Era una noche seca y helada. El viento recio soplaba desde las montañas aullando con voces de lobos hambrientos. Las estrellas brillaban con fulgor casi polar.

Arias y unos cuantos jóvenes más descansa-

ban de las fatigas del día agrupados alrededor de una fogata, tratando de calentarse exteriormente con el calor de la misma y con sus gruesos capotes, é interiormente, por medio de sendos tragos de aguardiente que les servía la Cordobesa.

—¡Qué noches estas!—exclamó Arias.—Volveremos á Buenos Aires convertidos en unas estatuas de hielo.

—Si es que volvemos—observó otro, al cual el aguardiente había vuelto melancólico.

—¿Cómo, si volvemos?—protestaron los demás.—Nada de presentimientos, por favor, amigo Gómez.

—Esta vida es como para dárselos á cualquiera—repuso Gómez.

Arias le dió una palmada en el hombro, con tanto vigor, que casi hizo rodar por tierra á su amigo.

—¡Basta, hombre, basta! No seas ave de mal agüero.

—Seguramente tiene hambre, porque entonces vienen siempre los malos presentimientos.

—¿Hambre? Yo también tengo hambre. ¿No les parece que es una noche como para comer pasteles calientes?

La idea tuvo la acogida más entusiasta.

—¡Pasteles! ¡Pasteles calientes! A ver, Cordobesa, unos pasteles bien hechos.

Pero la Cordobesa tenía pocas ganas de empezar á hacer pasteles. Su cara morena conservó su expresión impasible, que los jóvenes conocían muy bien.

—Vamos, Cordobesa, no pongas esa cara displicente. A la obra.

—Unos pastelitos, ña Parmenia; usted que sabe hacerlos tan ricos.

—Como esos que hizo para el general Belgrano, ¿se acuerda, ña Parmenia?

El semblante de la cantinera se había ido aclarando poco á poco. Este último llamamiento hecho á su talento y su amor propio por el *niño*, es decir, el teniente Arias, acabó de vencerla, y se fué á preparar los pasteles.

Al cabo de un momento volvió, sin embargo, á anunciar que se le había concluído el dulce.

¡No había dulce!

¡Qué desconsuelo! Si alguien hubiese dicho: Allí viene el enemigo y no tenemos municiones, acaso la aflicción no habría podido ser mayor.

—Pues hay que buscar dulce—declaró Arias.

—¿Pero dónde?

Reflexionaron.

—En el pueblo que pasamos al anochecer debe de haber.

—Mandemos á buscar, entonces.

—Hay prohibición absoluta de salir del recinto de las guardias.

Eso significaba renunciar á los pasteles, cosa que ninguno estaba dispuesto á hacer.

—Si uno ó dos de nosotros... se aventuró alguien á proponer.

Los oficiales se miraron.

—¿Y si nos sorprendiesen los enemigos?

—No se han dejado sentir en estos últimos días.

—Bueno, entonces yo iré—anunció Arias.

—Y yo te acompaño—dijo Gómez, quien ante la perspectiva de los pasteles calientes había echado al viento su melancolía. En efecto, todos esos muchachos, ninguno de los cuales pasaba de los veinticinco años, consideraban el asunto en extremo importante. En el campo de batalla cada uno de ellos era un héroe, que con gusto derramaba su sangre por la patria; pero una vez callados los truenos de la artillería, apagadas las notas de las trompetas que llamaban á la carga y descansando en las vainas las espadas afiladas, aunque tan sólo fuera por el momento, olvidaban al punto los instantes aciagos pasados y los que aun debían venir. Sus naturalezas elásticas reaccionaban y los guerreros heroicos se convertían otra vez en muchachos alegres y atolondrados, dispuestos á cualquier travesura.

Así fué que diez minutos después, Arias, Gómez y otro llamado Pereira, se deslizaron con suma precaución entre las líneas de centinelas.

Después de haberlas pasado con felicidad, cada cual en otro punto, se reunieron en el páramo y se encaminaron en dirección al pueblo, en busca del dulce.

V

Aun cuando tardaran excesivamente, los jóvenes no podían emplear más de dos horas y media entre ir y venir. El pueblo quedaba á una legua escasa del campamento, allí donde el páramo bajaba hacia uno de esos valles lindos y fértiles que abundan en aquellas regiones. Los oficiales se habían marchado á las ocho y media próximamente. Los demás se tendieron á dormir, á la espera de los pasteles, encargando á la Cordobesa que los despertara cuando volviesen los compañeros.

A las once los de la excursión no habían venido. Cuando llegó la media noche, la cantinera se alarmó seriamente. Algo debía haberles sucedido. Quería de todas veras á esos jóvenes generosos, aturdidos y valientes, y sobre todo, á Arias, al «niño».

Na Parmenia, á pesar de su cachaza habitual y su aparente falta de iniciativa, era una mujer muy guapa, capaz de actos que nadie le hubiera sospechado.

Sin advertir á nadie, abandonó el campamento y se dirigió al pueblo.

Se hallaba ya cerca de las primeras casas, cuando oyó rumor de pasos acompasados. Una partida de quince ó veinte hombres subía la ladera que ella estaba bajando. Se escondió entre los matorrales para espiar, y vió que pertenecían al ejército realista. La obscuridad le impedía distinguir los semblantes. Cuando pasaron cerca de ella, oyó á alguien que decía:

—Todo por un poco de dulce.

—¡Cállese!—ordenó una voz brusca y todo volvió al silencio.

La Cordobesa sabía lo suficiente. Los enemigos se habían apoderado del pueblo después del anochecer y los oficiales fueron á caer precisamente en la boca del león.

La partida comenzó á cruzar el páramo y la cantinera siguió cautelosamente á cierta distancia, reflexionando cómo podría libertar á los prisioneros. Por asociación de ideas recordó aquel día en que Arias la había librado de manos de los bandoleros. Una idea audaz cruzó su mente.

VI

Los hombres de la partida realista se sorprendieron al oír de pronto gritos, imprecaciones y

lamentos, y al ver en medio del páramo desolado á una mujer solitaria.

—¿Qué le pasa, mujer?—preguntó el capitán que mandaba la pequeña fuerza.

—¿Qué me ha de pasar? Que unos bandidos de las tropas patriotas me han robado cuanto tenía y me han dejado á pie, aquí en el desierto, en medio de la noche... ¡bandidos, ladrones, asesinos!

—¿Está segura que fueron de las tropas de Belgrano?

—Segura. Si yo soy cantinera del ejército. Pero de mí ya no obtendrán ni un pedazo de galleta, ni una gota de aguardiente. ¡Bribones! No sé lo qué daría por hacerles una mala jugada.

—Quizá nosotros podamos ayudarle—dijo el oficial, que comenzaba á pensar que podría sacar partido del enojo de la china.—¿Usted sabe á dónde han ido?

—¡Cómo no!—exclamó gozosa la Cordobesa.—Si quiere, yo los puedo guiar.

—Vaya andando, entonces.

Los prisioneros habían escuchado absortos este diálogo. Al principio no acertaron á comprender nada; pero luego se dieron cuenta de que la Cordobesa se proponía salvarlos. Inquietos é intrigados, aunque con una vislumbre de esperanza, avanzaron en medio de sus guardianes, sin poder hacer nada para ayudar á ña Parme-

nia. Su sorpresa creció de punto cuando notaron que la cantinera los llevaba en derechura hacia el campamento.

—Pero ¿nos irá á vender este demonio?— murmuró Arias.

—Por aquí es—dijo la china al capitán.

—¿Son muchos?

—No, son pocos, algunos rezagados de la retaguardia, que esperan la ocasión de robar en el pueblo durante la noche. Déjeme ir delante para ver si están todavía.

El oficial, engolosinado con la captura de los tres jóvenes y esperando hacer otros prisioneros más, rió del rencor de ña Parmenia pensando que una mujer vengativa es una excelente aliada, y la dejó ir.

Poco después volvió ella, haciendo seña de guardar silencio.

—Allá abajo están, en la hondonada—dijo, —comiéndose lo que me han robado... ¡los pícaros!

La partida avanzó entre unas rocas enormes del páramo. No tardaron en ver el resplandor de algunos fuegos, sobre los cuales se destacaban las figuras negras de hombres armados. Todo se hallaba al parecer perfectamente tranquilo.

—Pero son muchos—dijo el oficial alarmado. Quiso reconvenir á la mujer, más ésta había desaparecido. Antes de que pudiera decir otra palabra, todo el campamento se conmovió de

repente, y los realistas se vieron rodeados por las fuerzas superiores de una emboscada y rendidos sin disparar un solo tiro.

Parado en lo alto de una piedra, ña Parmenia reía á carcajadas, cosa que rara vez la habían visto hacer. Había observado cómo en la confusión de la sorpresa, Arias, Gómez y Pereira lograban escabullirse sin ser vistos de suerte que su escapada del campamento pasó inadvertida.

VII

—Y al fin y al cabo, nos hemos quedado sin pasteles, á pesar del susto y de todo—dijo uno de los oficiales, cuando todo hubo vuelto á la calma.

—Pero no, si yo tengo el dulce—exclamó Arias.—Me lo acababa de meter en el bolsillo del capote, cuando nos sorprendieron. Aquí está.

—Menos mal—observó sentenciosamente Gómez:—siquiera así no nos habremos molestado inútilmente.

Ña Parmenia hizo, pues, por fin los pasteles, causa de todos los acontecimientos de aquella noche; y á decir de los entendidos, fueron más exquisitos aun que los gustados por el general Belgrano.

Justicia humana

I

—En el curso de mi vida—refirió á sus amigos el excomisario de policía don Andrés Goya— he tenido con frecuencia ocasión de presenciar escenas conmovedoras, dolorosas y aun trágicas. Un empleado policial ve cosas que ni siquiera imaginan otras personas. Quiero referirles un caso que no pertenece al número de los increíbles, ni aun de los extraordinarios; pero ustedes saben que la tragedia ruidosa y complicada sólo se encuentra en el teatro, mientras que los dramas de la vida real se desenvuelven con espantosa naturalidad, y á menudo en el silencio, aterrándonos con su misma sencillez.

Debo comenzar mi historia en épocas de mi juventud lejana, cuando servía en calidad de capitán en el ejército del general Paz. Guerreábamos contra don Juan Facundo Quiroga, el cual con numerosas fuerzas acababa de invadir á Córdoba. Nuestro bravo jefe dedicó todas sus

energías á crear un ejército, si inferior en número, superior en disciplina y táctica militar al de su temible enemigo. El cuartel general era la ciudad de Córdoba, en cuyas proximidades el ojo certero de Paz había ya señalado el campo de la batalla decisiva.

Un hecho sangriento conmovió en aquellos días al vecindario, de ordinario apacible y tranquilo.

Cierto día amaneció asesinado un tal José Farías, anciano que vivía en compañía de una hija joven y buena moza, en un rancho solitario situado á orillas del río Primero. La niña había pasado la noche fuera de casa, y por la mañana halló á su padre muerto á cuchilladas.

Las sospechas recayeron en un mozo recientemente enganchado en el ejército. Se sabía que festejaba á la muchacha y que el viejo no se decidía á dársela, pues había otro pretendiente preferido para yerno. Venía á aumentar las sospechas la circunstancia de que el día precedente á la noche del crimen, el joven había tenido con Farías una violenta disputa acerca del asunto del casamiento; y que durante la noche fatal se había ausentado del cuartel sin licencia.

El acusado—recuerdo su nombre, se llamaba Sierra—fué detenido y se le sometió á consejo de guerra, del cual formé parte,

Sierra era un mozo criollo, bien plantado y de facciones agradables; tenía el hablar lento y los movimientos tardíos del serrano cordobés y, sobre todo, su imperturbable serenidad. Admitió que cortejaba á la hija de Farías y que estaba comprometido á casarse con ella. También afirmó haber tenido un altercado con el viejo el día antes de la muerte de éste.

Sin embargo, cuando le preguntaron porqué se había ausentado del cuartel aquella noche, no quiso responder, y persistió en su negativa á pesar de todas las preguntas y de todas las tretas y ardidés empleados para hacerle hablar.

—Son asuntos míos que no pueden interesar á nadie—respondía invariablemente.

—Vea que puede redundar en favor suyo si nos dice dónde pasó la noche—le explicaron.

—¿Y qué importa dónde la haya pasado, si yo no he matado al viejo?—contestó el acusado. Y de ahí no salía.

Los cargos se sucedían á los cargos, y todas las evidencias estaban en contra del infeliz. Ninguna prueba directa, es cierto; pero las sospechas son como un pelo mojado, ó como las hebras de telaraña que vuelan por el aire: es imposible desprenderlas una vez adheridas á las cosas. Mil detalles vinieron á agruparse alrededor del hecho principal: todas esas pequeñeces, insignificantes en sí mismas, que conver-

gen, se reúnen, se aglomeran y amontonan hasta formar la espantosa nube negra de la cual salta el rayo destructor. Constituía el cargo de más importancia la negativa de Sierra á confesar lo que había hecho fuera del cuartel en la noche del crimen. ¿A dónde estuvo? ¿Qué hizo? ¿Fue terquedad ó tuvo algún motivo de nobleza, quizá de abnegación, para callar? Nunca lo supimos.

Se procedió atropelladamente, sin reflexión, sin la serenidad que es la virtud esencial y suprema del juez. Los momentos de turbulencia por que estábamos pasando, la excitación guerrera, la especie de fiebre que embarga el ánimo cuando se preparan los grandes acontecimientos, todo eso influyó para que no se dedicara al asunto la atención que requería y se cometieran descuidos imperdonables y ligerezas criminales.

Para abreviar mi historia les diré que el mozo fué condenado á muerte.

El día en que le llevaron á ser fusilado, creo que toda la población de Córdoba acudió á verle. Las opiniones estaban divididas á su respecto. Unos afirmaban que era inocente, otros sostenían que merecía la pena impuesta.

Sierra, en el trance, se portó como un hombre. Palideció cuando le leyeron la sentencia, y eso fué todo. Mostró la resignación innata del paisano ante lo inevitable. En su marcha al supli-

cio mostró sangre fría y dignidad, y un valor exento de fanfarronería y cinismo.

Llegado al campo donde debía derramar su sangre, oyó nuevamente la lectura de la sentencia, como es costumbre, y luego quisieron vendarle los ojos. Entonces, por vez primera, tuvo un arranque de pasión.

—¡No me maten como asesino! ¡Déjenme morir siquiera como soldado, ya que debo morir inocente!

Se plantó delante de los tiradores y clavó en ellos sus ojos negros, sin pestañear. Sonó la descarga, y el ajusticiado se desplomó; no necesitaba el tiro de gracia.

El drama, según creíamos, había terminado, dejando en nuestros ánimos una impresión de dolor y á la vez de extraña inquietud.

II

Pasaron muchos años. Quiroga había sucumbido en Barranca Yaco; Paz, prisionero de López en Santa Fe, luego de Rosas en Luján, vivía refugiado en Montevideo, después de haber logrado evadirse al cabo de ocho años de cautiverio. En Córdoba gobernaba ahora el ignorante y fatuo coronel don Manuel López, servil lacayo de Rosas.

Cansado de la vida militar, que reportaba como única y triste gloria la de verter sangre de hermanos, sin más resultado que derrocar un caudillo para hacer surgir á otro, había dejado las armas y me hallaba ejerciendo las funciones de comisario de policía en esta misma ciudad de Córdoba.

Una tarde me anunciaron en mi despacho la visita de un religioso.

Entró un sacerdote joven, cuya figura alta y fina interesaba desde el primer momento. Tengo todavía presente sus facciones nobles y la profunda gravedad de su semblante, así como sus modales distinguidos y el fuego que lucía en sus ojos negros.

—Vengo—me dijo sin preámbulos de ninguna especie—á cumplir con un deber sagrado que me impone mi carácter de sacerdote. En este momento acabo de llegar de San Luis, donde he oído la confesión de un moribundo que ahora está ya fuera del alcance de la justicia humana. Me hizo, entre otras, una revelación que servirá quizá para salvar á un inocente.

—¿Un crimen?—pregunté.

Inclinó la cabeza.

—Sí, un asesinato. Según parece, ese hombre pretendió, aquí en Córdoba, á una niña de su condición. El padre de esta muchacha era muy interesado, y titubeaba entre dársela á este

pretendiente ó á un joven soldado que aseguraba tener un brillante porvenir, de lo cual el viejo dudaba, sin atreverse á negarlo en absoluto. La muchacha mostraba preferencia por el soldado; pero no osaba oponerse abiertamente á su padre, de modo que las cosas permanecieron en ese estado incierto durante algún tiempo. Por fin, un día el soldado habló en serio con el viejo, y según parece, tuvieron una disputa acalorada, que terminó con la declaración del mozo, de que se casaría con la muchacha, con ó sin el consentimiento del padre.

Por la noche, el otro pretendiente se enteró de todo esto en una pulpería, donde había echado ya más tragos de los que le convenían. Al punto se le subió la sangre á la cabeza, salió del almacén sin avisar á nadie, y se dirigió al rancho aislado, en la margen del río Primero, donde vivía el anciano con su hija.

Era tarde ya, y la casa estaba cerrada y á obscuras. Llamó, y al cabo de bastante tiempo, el dueño preguntó quién estaba allí. No quiso abrir al principio, diciendo que aquella no era hora de incomodar á la gente; pero acabó por admitir al importuno.

Este, completamente ebrio, furioso ya con la idea de que su rival pudiera triunfar, é irritado aún más por la negativa del viejo de franquearle la entrada, comenzó á increparle, á llenarle de

improperios, y acabó por exigir la entrega inmediata de la niña.

El padre de ésta repuso airado que no tenía costumbre de dejarse insultar en su propia casa; que sólo un demente ó un borracho podría exigir semejante locura, y que, finalmente, su hija no estaba en casa.

Esto acabó de exasperar al pretendiente. Se puso á registrar el rancho, y al hallarlo vacío, supuso que el dueño había ocultado á su hija, ó que ésta ya pertenecía al otro. Ciego de cólera, sin saber lo que hacía, se volvió contra el viejo, que le había seguido exhortándole á calmarse, y le acometió con la cuchilla, hundiéndosela repetidas veces en el pecho y en el vientre.

Cuando la víctima se desplomó, se le disiparon al asesino los humores de la bebida, y volvió en sí. Comprendió que su única salvación estaba en la fuga, y por consiguiente, salió al momento de Córdoba, donde no dejaba parientes, ni amigos, ni propiedades. Gran baqueano, logró cruzar solo las sierras y los despoblados que se extienden entre esta provincia y la de San Luis, donde se estableció. Oyó decir que habían encausado á su rival el soldado, pero nada más supo del asunto. La muerte le tomó casi por sorpresa, y en su última hora sintió el peso de sus crímenes. Yo fuí el destinado por Dios á

recibir su confesión. He venido expresamente de San Luis para prestar las declaraciones del caso y probar la inocencia del acusado. No conozco á nadie absolutamente aquí, y lo único que se me ha ocurrido es acudir á la policía, la que naturalmente debe estar enterada del asunto.

Yo había escuchado, sin desnegar los labios, la breve y concisa narración del sacerdote. Un recuerdo luchaba en mi alma por abrirse paso, y salir á luz. De pronto se rasgaron los velos de la memoria, y ante los ojos de mi espíritu apareció aquel soldado sentenciado á morir en la flor de la edad, años antes.

—¿No citó fechas ni nombres?—pregunté con ansia.

—Fechas, no. El asesinado se llamaba José Farías, y su hija, Catalina. El apellido del soldado era Sierra.

Sentí algo así como si me sacudieran por dentro; no sé si me explico, pero esa fué la sensación que experimenté. Con un golpe seco, dejé caer la mano sobre la mesa. El religioso me miró asombrado é inquieto.

—¿Usted sabe algo? ¿Ya se ha fallado la causa? ¿Llego tarde?—interrogó vivamente.

—¡Sí, sí, sí!—exclamé, sin poder contenerme. —Un sí por cada una de sus preguntas, padre. ¿Sabe usted cuánto tiempo ha pasado desde la noche en que ese hombre, tan tardíamente arre-

pentido, dió muerte al viejo Farías? ¡Diez años, padre! No, más de diez años, pues aquello fué en 1829, el año de La Tablada, y ahora estamos en 1840.

El joven sacerdote pareció anonadado.

—¡Más de diez años!—murmuró.—¡Más de diez años! ¡Y yo que he venido expresamente desde tan lejos, creyendo poder salvar á ese infeliz!

Callamos largo rato, con el corazón pesado, y mil ideas sombrías agolpándonos en la mente. Este epílogo á una historia triste, ocurrida en años anteriores, nos ponía ante los ojos la espantosa ceguedad del juicio humano, la limitación de alcances de nuestra inteligencia, de todo aquello de lo cual nos enorgullecemos tanto y tan sin razón.

Le referí el hecho con todos sus detalles, y conversamos largamente. Se retiró, al fin; y en sus ojos y en su actitud pude leer la impresión que le había causado el desenlace inesperado y trágico de un drama que él había querido llevar á un término feliz.

¡Ah! No podía llamar de nuevo á la vida á aquel pobre muchacho, cuya única súplica, mientras apuntaban á su pecho los fusiles de sus antiguos compañeros, había sido que no le mataran como asesino, sino como soldado, ¡puesto que era inocente!

La última hoguera

I

La sala de los tribunales se hallaba repleta de concurrencia. Había personas de todas las clases sociales, hombres y mujeres que revelaban en gestos y movimientos, una impaciencia ansiosa. Flotaba en el ambiente una inquietud, un malestar indefinible, que se respiraba como una cosa material. De cuando en cuando, callaba el murmullo semejante al ruido de aguas agitadas, y los ojos se volvían hacia una puerta que permanecía cerrada.

En un momento dado, esta puerta se abrió, y precedidos de ujieres, entraron los jueces á sesión. Inmediatamente se hizo el silencio.

La población de Buenos Aires estaba consternada. Una quinta cercana á la ciudad había sido asaltada por bandidos y saqueada, después de degollados varios de sus habitantes. La ferocidad del crimen sublevaba los ánimos. Reinaba verdadera ansiedad por aprehender á los

asesinos, que habían escapado y seguían burlando á la justicia. Empero se había detenido á un tal José Romero, peón de la quinta, creyéndosele complicado en el asunto. En vano protestó de su inocencia; la irritación popular pedía una víctima, y se entabló el juicio.

Sin embargo, del proceso bastante voluminoso no se sacaba nada en limpio.

—No tengo nada que decir—repetía el acusado.—No soy cómplice del crimen; de manera que no puedo confesar ni denunciar á nadie.

Hacía varios días que las cosas continuaban en el mismo estado. Los jueces perdieron la paciencia. Ya se hacían oír en Buenos Aires voces que acusaban á la justicia de desidia é incapacidad, porque no lograba descubrir los autores del crimen. Mortificado en su amor propio y exasperado por lo que creía terquedad del encausado, el tribunal perdió la serenidad y decidió recurrir á los medios violentos. Como Romero persistía en no querer hablar, se resolvió someterlo al tormento, para desatarle la lengua.

Si los jueces creyeron satisfacer al público que llenaba la sala, se equivocaron. Un movimiento de horror é indignación se hizo notar y se manifestó en un tumulto ruidoso y amenazador. A pesar de estar todavía en vigor la ley que permitía dar tormento á los reos, pocas veces se empleaba práctica tan abominable; pues la con-

ciencia siempre liberal de los porteños rechazaba ese resto de barbarie medioeval.

Romero, pálido hasta los labios, exclamó, temblándole la voz de espanto é indignación:

—¡Ni que nos gobernase todavía la Inquisición!

—¡Tiene razón!—gritaron entre el público.
—¡Parece que estuviéramos en tiempos de Felipe II! ¡Ha pasado la época de los tormentos! ¡En un pueblo libre no existe la tortura! ¡Eso está bueno para los bárbaros; pero no para la gente civilizada!

Siguieron los gritos hostiles. Los jueces hicieron despejar la sala, y como era tarde ya, la sesión fué suspendida, para ser reanudada el lunes, pues el día siguiente era domingo.

En la calle el público no sintió enfriar sus sentimientos de humanidad, y en son de ardorosa protesta contra toda crueldad, recorrió las calles y fué á detenerse ante las murallas de la Fortaleza, para gritar allí: *¡Abajo el tormento!* con la misma energía con que pocos años antes había gritado *¡Abajo el virrey!*

II

En su calabozo, José Romero esperaba el momento en que vinieran á llevarle de nuevo ante el tribunal, para arrancarle, por medio del tor-

mento, la confesión de un delito no cometido y la declaración de cómplices imaginarios. Ya sentía desgarrarse su carne, crujir sus huesos y correr su sangre entre los aparatos infernales, y desvanecersele las ideas bajo la influencia del sufrimiento enloquecedor. Pensaba en la suerte que le esperaba si llegara á sobrevivir á la tortura, que le dejaría inutilizado para siempre, y trataba de fortalecer su espíritu para no pronunciar, al impulso del dolor, un nombre cualquiera y sembrar nuevas desgracias.

Ignoraba que fuera de los muros de la cárcel, crecía la agitación, dominando todos los ánimos. El grito del acusado: «¡Ni que nos gobernase todavía la Inquisición!» repercutía con notas poderosas y sonoras como toques de campana, en los corazones porteños. ¡Cómo! El pueblo se había emancipado de la caduca tutela, se llamaba ya con orgullo «una nueva y gloriosa nación», que marchaba, alta la frente, hacia la luz, proclamando nuevos ideales, libertad, tolerancia, ilustración... ¡y en medio de ese cuadro bello y claro, de la armonía de aspiraciones noblemente humanas, caía como una mancha negra, como una nota discordante, un resabio de los tiempos pasados, una manifestación de aquel atraso é ignorancia de los cuales se creía haber escapado para siempre! ¡En plena era de libertad y progreso, un ser humano iba á ser some-

tido al tormento! La idea de emancipación, entonces, no marchaba, y en realidad, el pueblo libre é ilustrado seguía siendo tan bárbaro como en tiempos de la inquisición.

La cuestión iba tomando un aspecto curioso. La gente casi se olvidaba del crimen, causa primitiva del alboroto, para prestar atención al nuevo asunto que tan inesperadamente había surgido.

Por la tarde ya se estacionaban delante de la cárcel, del Cabildo y de la Fortaleza, grupos que repetían su grito:

—¡No queremos tormento! ¡Estamos en un país civilizado!

El gobierno los hizo disolver, pero la agitación no se calmó, y acabó por propagarse á todas las capas sociales.

Agregábase á la repugnancia natural hacia la práctica infame de la tortura, la simpatía por la persona del acusado, á quien muchos en la entonces antigua y aldeaniga Buenos Aires conocían como hombre de bien, incapaz de ningún delito, y menos de un crimen como el que se le imputaba. El instinto misterioso y casi infalible de las multitudes, ya le había absuelto y reconocido su inocencia.

Así pasó el sábado. El domingo, un nuevo rumor recorrió la ciudad, rumor que acabó por convertirse en certeza. La policía había logrado

apoderarse de una banda de salteadores, «compadritos» de baja ralea que confesaron ser los autores del asesinato y saqueo.

El día lunes, en medio de una manifestación grandiosa de simpatía y desagravio, José Romero, establecida su inocencia fuera de toda duda, traspuso el umbral de la cárcel:

III

Pero el asunto no terminó allí; las aguas, una vez revueltas, no se calmaron tan fácilmente. La conciencia popular reclamaba una solución rápida y definitiva del asunto odioso del tormento. La Asamblea General Constituyente, instalada el 31 de Enero de 1813, celebraba entonces sus sesiones, é inspirada en nobles y sanas ideas, recogió y tomó en consideración los ecos de la excitación callejera y social. No hubo necesidad de deliberar largamente; la solución se imponía como se impone á la noche el resplandor del sol naciente. El 21 de Mayo de 1813 el *Redactor* publicó el siguiente decreto:

«La Asamblea General ordena la prohibición del detestable uso de los tormentos, adoptado por una tirana legislación, para el esclarecimiento de la verdad é investigación de los crímenes; en cuya virtud serán inutilizados en la

plaza mayor por mano del verdugo, antes del feliz día 25 de Mayo, los instrumentos destinados á este efecto.—*Juan Larrea*, presidente.—*Hipólito Vieytes*, secretario. »

Tres días después, el pueblo de Buenos Aires se agolpaba en la plaza de la Victoria en torno de un espacio que mantenía despejado un cordón de soldados. En el centro comenzaba á arder una hoguera. En los semblantes se veía, en general, una expresión de grave satisfacción; había algo de triunfo en los millares de ojos que miraban la fogata.

Pronto un murmullo recorrió la multitud compacta.

—¡El verdugo, el verdugo!

Un hombre penetró en el espacio libre, seguido de dos asistentes que llevaban los instrumentos de tortura.

Un grito partió de la muchedumbre cuando el primer aparato fué arrojado á las llamas, y éstas surgieron chisporroteando, sembrando de puntos brillantes el claro cielo azul. Una tras otra, volaron al fuego las demás herramientas, las ruedas y cuerdas, los tornillos y clavos, hierros y tablas, que en una época de aberración siniestra, el hombre había inventado para martirizar al hombre.

El silencio de los momentos solemnes había caído sobre la multitud. Todos sentían la gran-

deza, la importancia del acto, y con emoción profunda veían torcerse los hierros y derrumbarse entre las brasas las máquinas infernales. Antojábaseles que las llamas rojas y doradas purificaban el ambiente infestado por aquellas pavorosas reliquias; que su luz viva y radiante era el emblema de los tiempos nuevos; que el humo negro, al perderse en el espacio, semejaba el velo desgarrado de la ignorancia y maldad humanas. Creían sentir un vínculo que los unía, los estrechaba á todos, la conciencia común de ese paso gigantesco dado hacia adelante en el camino de la caridad humana y de la perfección nacional; de una gran victoria, nueva conquista del espíritu moderno; de una verdadera liberación de las viejas cadenas aherrumbradas que tenían atados los espíritus; de la entrada triunfal en el concierto de las naciones civilizadas.

Y una aclamación atronadora, universal, que subió al cielo con la postrera llamarada, saludó la extinción de la última hoguera encendida en Buenos Aires por mano del verdugo.

La canción

I

Entre los numerosos decretos del Soberano Congreso reunido en Tucumán en 1816, hállese uno publicado en el mes de Abril, por el que se dispone, en vista «de la necesidad de formar un fondo para ocurrir á las urgencias del Estado», imponer un préstamo en dinero «á los comerciantes europeos de la ciudad de Córdoba», á quienes se supone menos gravados que los de otros pueblos «con esta especie de erogaciones forzosas.» El Congreso, previo debate—que todos estos asuntos eran también materia de serias reflexiones—resolvió, en consecuencia, pasar un oficio al gobernador de Córdoba, «para que exigiese de los comerciantes europeos de aquella ciudad y su campaña, la cantidad de 40,000 pesos, con la condición precisa de reintegro en mejorando las circunstancias, y después de un año de restablecida la paz general del país». El plazo, como se ve, era largo, y así debió creerlo

también el Congreso, porque á renglón seguido agregó: «y en caso de no poderse verificar este pago, por la estrecha situación del erario», se hará efectivo desde entonces, el de los intereses correspondientes.

Este decreto, en el que no se mezquinaba una promesa á guisa de seguridad apuntada, después de una exigencia desde que la contribución tenía carácter de forzosa, no era el primero, ni había de ser el último de su índole. Otros muchos le precedieron, lanzados en el breve espacio de nuestra sagrada lucha, y más habían de seguirle, todos fundados en una necesidad material. El procedimiento no lo inventamos nosotros, pues con notoria anterioridad se había hecho lo mismo en España y continuábase haciendo por la autoridad de la Junta Suprema, y de todas las juntas provinciales en la península, para armarse y luchar contra Napoleón I y después para llenar los vacíos del tesoro público.

Los hombres de Estado, cuya vista se hallaba fija en el grandioso fin de nuestra independencia, echaban mano fácilmente de esos medios, y si con ellos encendían odios que en otros casos hubiera sido de ley moral evitar, en éste aparecían con el doble juego de los recursos supremos: aportaban dinero para armar materialmente el brazo y comprometían hombres indife-

rentes ó enemigos. Es exacto que arruinaron fortunas, destruyeron hogares, causaron miserias; pero la hora de acción y de sacrificio no podía llenarse con las dulces filosofías de la paz.

II

La catástrofe en que terminó la conjuración de Alzaga, cubrió de cenizas el fuego de la reacción; mas no lo apagó. Habían de venir, como vinieron, razones más eficaces que la violencia; pero mientras tanto, siguió ardiendo con calor concentrado, confiando en que una ráfaga había de elevar la llama. Los internados, los arrancados á sus familias por una serie de decretos no siempre justificados, se vincularon con los europeos que vivían en el lugar de su confinamiento, formando centros secretos para mantener relaciones entre sí donde cambiaban impresiones sobre la marcha del «nuevo sistema».

En la ciudad de Córdoba se encontraban numerosos desterrados de Buenos Aires, y aun oficiales españoles que cayeron prisioneros en Montevideo. Hacían causa común con los comerciantes de la plaza, entre los cuales la noticia del empréstito forzoso causó grandes descontentos y trastornos. Los más caracterizados se reunieron en casa de un rico negociante, á quien to-

caría pagar una buena parte de los 40,000 pesos. La indignación vibró con los comentarios más violentos.

—Bien dicen que no hay tirano más cruel que el siervo emancipado—exclamó uno de los concurrentes.—A estos criollos se les ha subido la libertad á la cabeza.

—Signo seguro de su decadencia. La soberbia es el vahido que ataca en las alturas.

—Pero entretanto, nosotros somos las víctimas. ¡Cuarenta mil pesos! Y no somos tantos para repartirlos, ni andamos abundantes.

—Una vez había de tocarnos el turno—dijo otro con ironía.

—Todos los españoles son llamados á contribución poco á poco. No puede negarse que esta gente tiene el sentimiento de la justicia, aunque resulta negativo para nosotros. Quieren sangrarnos equitativamente.

—No nos aflijamos. Es imposible que esto dure. Los nuestros han obtenido ventajas señaladas en el Alto Perú; y Lima, nuestro baluarte principal, continúa firme é incommovible—aquí el que hablaba, bajó la voz.—Además, los revolucionarios han perdido el rumbo. Incapaces de desenredar los líos que han armado, y viendo que el gobierno democrático es muy hermoso en los libros y demasiado embrollado en la práctica, andan en busca de un rey.

—¿Un rey?

—¿De dónde salen ustedes que no saben eso? La mitad del Congreso es monarquista. Parece que el general Belgrano es el principal defensor del proyecto.

—¡Vaya, vaya, qué pronto se les acabaron los bríos republicanos! ¿Y quién sería su futura majestad?

—¡Ah! Eso no se sabe. Hay quienes quisieran traer á un principillo europeo, y trastornados que desearían ver restablecidos á los incas.

A pesar de que nadie en aquella reunión tuviera ganas de reír, la peregrina idea fué saludada con una explosión de hilaridad, como lo fué, por otra parte, en todo el país.

—No sabía que hubiera aquí nadie capaz de inventar y poner en escena cuentos de nodriza —dijo otro,—agregando:—Tanto mejor. Las tendencias monárquicas constituyen una esperanza para nosotros. Es el resurgimiento del antiguo respeto por la autoridad legítima, producido por el deseo de tranquilidad, después de seis años de revueltas y alborotos. ¡Saludemos al nuevo monarca, así sea un indio, pues que al fin resultará el precursor del rey don Fernando!

—Sí, y **mientras tanto**, paguemos la guerra.

—¡**Hombre!** Si tiene usted otro remedio, lo aplicaremos en seguida.

III

Esta era la convicción de casi todos los realistas. Veían en el plan de Belgrano, ardorosamente apoyado por los congresales originarios de los pueblos del Alto Perú, de erigir en monarquía al naciente Estado, el primer paso de los revolucionarios para desandar lo andado. La sumisión de las colonias rebeldes, acobardadas por la enorme responsabilidad del gobierno autónomo, se les antojaba tan sólo cuestión de tiempo. Al final de la jornada, volverían vencidas y humildes, á pedir su puesto á los pies del rey de España.

¡Cuán equivocados estaban los que tales anhelos atribuían al pueblo! Si algunos hombres dirigentes, sinceros pero mal aconsejados por el peso de responsabilidades hasta entonces desconocidas creyeron ver en un trono la salud de la nación, las grandes masas tenían ya el instinto de la democracia, y consideraban todo proyecto monárquico, atentatorio á la libertad que briosamente iban conquistando. Moreno, el ardoroso campeón de la República, había bajado á su tumba inmensa; pero su espíritu resurgía en el vasto hogar americano, para hacer de cada individuo un defensor del ideal que él concibiera.

IV

La histórica sesión había tenido lugar en Tucumán. Digna hermana de aquella otra del 22 de Mayo de 1810, en que se echaron los cimientos de la revolución, coronó ésta el grandioso edificio con alta torre almenada, desde la cual la Nación Argentina había de lanzar al viento su gloriosa bandera para dominar los horizontes.

El entusiasmo se derramó cual torrente en las ciudades, las campañas, las diminutas poblaciones nacientes de las sierras, en las pampas, en las márgenes de los ríos inmensos. Cañones y campanas, clarines, órganos y voces humanas, se unieron en conciertos estupendos para celebrar la independencia argentina, declarada por los representantes de los Cabildos, en nombre del santo amor á la justicia.

Los españoles residentes en Córdoba, cuando se conoció allí el grandioso acto, se hallaban congregados en su lugar de cita habitual. Discutían las perspectivas políticas, leyendo cartas de compatriotas que vivían en otras ciudades, y lamentando la situación precaria en que habían quedado muchos de ellos después del cumplimiento del empréstito forzoso, cobrado hacía poco sin consideración á nadie.

—Las últimas noticias de Tucumán—dijo el dueño de casa, al mismo tiempo que doblaba una carta—informan que el Congreso está tratando de la independencia.

—Sí, sí. ¡Independencia! Para dejar en la miseria á los hombres honrados y enriquecerse con sus despojos. ¡Independencia!—rezongó un antiguo tendero de Córdoba, que había quedado casi arruinado y á quien la vejez y la desgracia agriábanle el humor.

—No se agite, don Mateo. Buena independencia les vamos á dar dentro de poco. La hora llega, y ellos mismos la harán sonar.

—Nueva locura de cerebros descarriados. Son algunos pocos que quieren llamar la atención y hacer creer al mundo que representan la opinión del pueblo. ¡La opinión del pueblo! Todavía no he visto yo al pueblo que la tuviera. ¡Y menos aquí, hombre! y menos aquí donde todos se dejan guiar por el que más les halaga. ¿Recuerdan el entusiasmo de 1810? No fué sino fuego de paja. ¡Son españoles al fin, aunque no quieran! Muchas pasiones y poca constancia... Escuchen, ¿qué es eso? ¡Hola!... ¿qué será eso?...

Desde la calle que desembocaba en la plaza frente al Cabildo colonial, á pocas varas de la casa de la reunión, llegaban voces, aplausos, estallidos de cohetes, confuso y potente rumor de muchedumbre.

Los caballeros se asomaron á la puerta, admirados de tan extraordinaria animación.

Caía la tarde. Tintes grises y liláceos que tenían la voluptuosa suavidad del terciopelo y la indecisión de los matices del mar, cubrían el cielo, como un manto echado sobre el purísimo azul del atardecer. Sólo las altas cumbres de la sierra estaban aún en plena luz; el sol parecía detenerse en la lejanía entre rocas y bosques, para dar á la escena una grandiosidad que infundía respeto.

La gente acudía presurosa á la calle principal y formaba grupos compactos. Una gran emoción se reflejaba en los semblantes; los hombres se detenían mutuamente en plena calzada, se estrechaban las manos, se abrazaban, felicitándose.

—¡Viva el Soberano Congreso! ¡Viva la patria libre!—oyeron gritar los amigos.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?—preguntó alguien á un mozo que pasaba corriendo.

—El Congreso ha declarado la independencia—repuso el joven sin detenerse; y reconociendo á los españoles, les gritó desde la esquina, agitando su sombrero como en desafío burlón:—¡Viva la patria libre!

—Vaya, han hecho su gusto, como los chicos—observó el de la pregunta, con ironía no exenta de despecho.—Ya estamos listos para el nuevo rey.

Mientras hablaba, una nota clara dominó la confusión de ruidos. Un grupo de jóvenes había entonado la «Marcha Patriótica».

•Oid mortales, el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono á la noble igualdad. •

Todas las voces se plegaron á la canción, aumentando la armonía del coro como los afluentes hinchan el caudal y los rumores de un río:

•Sean eternos los laureles,
Que supimos conseguir.
¡Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir!

En un momento se organizó una columna que se puso en movimiento hacia la plaza principal. Cantaba el cabildante, el alumno de la universidad, el arriero serrano, el negro esclavo; cantaban las señoras que salían á sus balcones á saludar el paso de la procesión; el vendedor de dulces establecido con su cesto en el hueco entre dos casas; el comerciante asomado á la puerta de su negocio; y junto al grupo de españoles. un rapazuelo que no medía una vara de alto, cantaba á voz en cuello, con la carita encendida

y los ojos brillantes, lo único que sabía de la canción argentina:

•Oí metales el grito sagado,
Libetá, libetá, libetá...•

Creció el coro, avasallador cual los torrentes poderosos que se precipitan entre las peñas, allá en las hermosas serranías del poniente. Córdoba cantaba como cantan los pueblos en los momentos solemnes de su historia: como cantaron los franceses la Marsellesa, como habría de cantar Alemania la Guardia del Rhin; ¡cada palabra era un insulto al enemigo, cada acento un desafío, cada estrofa un juramento! Y eran insulto, desafío y juramento.

Los realistas miraron pasar en silencio la columna. Las melodías de la Marcha Patriótica flotaban en pos de ella, como los pliegues de una inmensa bandera que el viento agitara.

Entrevista en la penumbra crepuscular aquella masa les pareció un ser único, enorme, titánico, que llegaba de lo desconocido para marchar hacia el infinito porvenir, al compás de un canto que era un solo grito de victoria y de triunfo.

¡Ese era el pueblo que ellos habían imaginado impasible, sin voluntad ni ideales, girando al impulso de cada brisa nueva y pronto á doblar

las rodillas temblorosas ante el trono de un rey!

Si Córdoba, la somnolienta y callada ciudad de claustros y colegios, el pequeño centro alejado de los dos grandes focos de la Revolución—Buenos Aires y el Alto Perú,—si Córdoba vibraba en esta forma prodigiosa, ¡qué escenas de gozo delirante, de entusiasmo arrebatador no tendrían lugar en los puntos donde latía la vida fresca é intensa de la política batalladora!

¡Ningún soberano, europeo ni indígena, pondría jamás su planta en este suelo libre! ¡No se subyuga á los pueblos que así cantan sus ideales!

Callados, sobrecogidos, los realistas se separaron, cambiando apenas una mirada de hondo desaliento, un apretón de manos sin calor. Sus últimas esperanzas volaban en jirones tras de aquella multitud transportada que lanzaba hacia los cielos teñidos de oro, la Canción de los pueblos libres de Sud América:

Oid mortales, el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!...

Palabra de honor

I

—¡Eso es imposible!

—Yo no me someto.

—¡Obligarnos á jurar que no volveremos á tomar las armas!

—Es lo mismo que arruinar nuestra carrera militar.

—¡Qué remedio! Si no juramos, nos internarán, y permaneceremos prisioneros, quién sabe hasta cuándo.

—Pues, hasta que terminemos con esta insurrección de gauchos.

—¿Insurrección de gauchos?—observó otro oficial mirando al que acababa de hablar, con una especie de irónica compasión.—¿Después de este descalabro, no ha perdido usted todavía la funesta costumbre de despreciar á los enemigos?

El otro se encogió de hombros con impaciencia.

—No sermonee, amigo—replicó fastidiado.—Ya sé que, á pesar de todo lo que podamos pensar y decir, tendremos que pasar bajo estas horcas caudinas. Por favor, Olivera, deténgase—prosiguió, dirigiéndose á un teniente que paseaba por la sala en incesante vaivén.—Creo que van cincuenta veces que usted mueve esta silla al pasar.

Olivera se paró complaciente.

—Estaba reflexionando—dijo.—Hay un medio de escapar de esta humillación.

—¿Cuál? ¿Cuál?

—No prestando el juramento.

—Entonces seremos relegados á algún punto del desierto, enterrados en vida. ¿Ve usted alguna ventaja en eso?

—Podremos fugar.

—¿Fugar? ¡Muy fácil en este país dilatado, cuyos habitantes están todos decididos por la revolución!

—Admito que no es fácil; pero es siempre factible.

—¿Y no le parece mejor retirarnos tranquilamente al Alto Perú, y volver á incorporarnos al ejército en cuanto nos reunamos con Goyeneche?

—¿Y la palabra de honor?

—Una promesa exigida y dada bajo semejante presión, es nula. Supongo que no permitirá que pese sobre su conciencia.

El que así hablaba debía ser poco después uno de los trescientos perjuros del «Batallón de la Muerte».

Calló ante el relámpago de indignación que vió en los ojos de Olivera.

—¿A mí me lo dice?

Previendo una escena violenta, los otros intervinieron.

Felizmente, se presentó un edecán invitando á los oficiales «de tenientes coroneles inclusive arriba», á acudir al alojamiento del general Belgrano.

Olivera, que sólo era teniente, abandonó la sala con precipitación, escribió una breve carta, y encargó á un soldado la llevase inmediatamente á aquel general, procurando llegar antes que los oficiales.

El soldado cumplió bien su misión, pues al cabo de muy poco tiempo un capitán de dragones patriotas vino á conducir á Olivera á la casa de Belgrano.

Diéronle una pieza, le sirvieron una cena y le dejaron solo. Toda la noche la pasó Olivera torturándose el cerebro para imaginar lo que pudiera proponerse con él el jefe del ejército enemigo.

II

Entretanto, el general Pío de Tristán, jefe del ejército realista derrotado en Salta ese día, 20 de Febrero de 1813, conferenciaba, acompañado de sus oficiales de alta graduación, con el general Belgrano.

El vencedor había propuesto acordar á los enemigos los honores de la guerra, y la libertad inmediata, con la sola condición de no volver á tomar las armas contra las Provincias Unidas del Río de la Plata. Los oficiales debían jurar por los soldados.

La mayor parte del ejército de Tristán, llamado «de vanguardia», era americano, sin excluir al general; circunstancia en la cual fundaba Belgrano sus mayores esperanzas. Quería que los soldados realistas llevaran el contagio de las nuevas ideas recogidas entre los patriotas, al seno de la población altoperuana. Belgrano, siempre idealista, se dejó seducir por las espléndidas posibilidades que entreveía en el futuro, descuidando los provechos más positivos de la hora actual. Sucedióle en esta ocasión lo que suéle acontecer á quienes por mirar á lo lejos no ven dónde ponen los pies.

Entre los realistas, la singular proposición

produjo primero estupor, y por último, cuando el río de la agitación calmó sus encrespadas olas, una sensación de alivio. La perspectiva de la libertad en lugar de un largo cautiverio, era demasiado tentadora para no hacer por ella muchos sacrificios. Se acordó prestar el juramento exigido, y en virtud de la resolución se redactó y firmó el documento siguiente:

«El señor general don Manuel Belgrano, jefe del ejército de Buenos Aires, y el coronel don Felipe de la Hera, encargado por el de la vanguardia del Perú, han acordado lo siguiente: Artículo 1.º—El ejército del Perú saldrá mañana á las 10 de la plaza de Salta, con todos los honores de la guerra, quedando ahora en la posición que ocupan las tropas de las Provincias del Río de la Plata. A las tres cuadras rendirán las armas y se entregarán con cuenta y razón, como igualmente artillería y municiones. Artículo 2.º—El general, los jefes y demás oficiales, prestarán juramento de no volver á tomar las armas, y por todos los soldados del ejército, á quienes les concede el señor general Belgrano, que pueden restituirse á sus casas, como las Provincias Unidas del Río de la Plata, en las que se comprenden las de Potosí, Charcas, Cochabamba y La Paz. Art. 3.º—Se conviene el general Belgrano en que se le restituyan los oficiales y soldados prisioneros que hay en la

plaza y territorio que se evacúa, y pide que el general Tristán estimule á su general en jefe para el canje de los prisioneros hechos en las diferentes acciones de guerra, desde la del Desaguadero inclusive. Art. 4.º—Serán respetadas las propiedades, así de los individuos del ejército como de los vecinos, y á nadie se le molestará por sus opiniones políticas; en que se incluyen los oficiales ó vecinos de cualquiera otro lugar. Art. 5.º—Los caudales públicos quedarán en tesorería bajo cuenta y razón que deberán presentar los ministros de Hacienda. Artículo 6.º—El cuerpo de tropa que se halla en Jujuy deberá retirarse sin causar perjuicio alguno en su tránsito al interior, llevando sus armas. Art. 7.º—El general Belgrano conviene en que el general Tristán haga un expreso á su general en jefe remitiéndole copia de este tratado. Y para su mayor validación lo firmaron en la Tablada de Salta á 20 de Febrero de 1813. Manuel Belgrano.—Felipe de la Hera.

»Ratificado por mí y el consejo, con los demás oficiales de graduación de teniente coronel inclusive arriba, en la noche del mismo día 20.—Pío de Tristán, Indalecio González de Socasa, Pablo de Astete, José Márquez de la Plata, Manuel de Ochoa, Francisco de Paula González, Juan Tomás Moscoso, Buenaventura de la Roca, José Santos, Francisco de Noriega, Francisco Cavero, Antonio Vargas.»

III

En la mañana del 21 de Febrero, es decir, al día siguiente de la batalla, á las diez de la mañana, la ciudad de Salta contempló un espectáculo solemne.

El ejército patriota formaba calle, y entre sus dos filas marcharon, con banderas desplegadas y músicas militares, las tropas realistas, con su general á la cabeza.

Los semblantes de los guerreros contrastaban singularmente con ese esplendor marcial. Falta-ba brillo á las miradas, firmeza al paso, ese algo elástico y vibrante que caracteriza á una tropa con buen espíritu. Muchos hacían visibles esfuerzos por caminar erguidos y no dejar caer la cabeza sobre el pecho. Cuenta el general Paz, entonces teniente de artillería y testigo de la escena, que en todos los rostros se reflejaba la vergüenza, y que muchos no lograban contener las lágrimas. No era de extrañar, pues sabían que tras de la actitud grave y respetuosa de los vencedores, se ocultaba la alegría del triunfo, y la satisfacción de ver humillados á sus adversarios.

Dos mil setecientos ochenta y seis hombres, según datos fidedignos, con su general, jefes y

oficiales; con banderas, armas y bagajes, bandas de música, artillería, municiones, caballos y mulas, desfilaron así por ese sendero. En su extremo se hallaba la comisión de oficiales y soldados encargada de recibir los trofeos de la victoria. Hombre por hombre, todos rindieron sus espadas y carabinas, sables y pistolas; más de un jinete acarició aun el cuello arqueado de su caballo, antes de entregar las riendas al soldado argentino que ya tendía la mano para tomarlas; y un gemido brotó de muchos pechos difíciles de conmover, cuando se abatieron las banderas reales de gloria secular, ante la nueva insignia celeste y blanca, que había recibido la víspera su bautismo de fuego.

Terminado el acto de la rendición, los realistas volvieron á sus cuarteles, donde pronto fraternizaron con los patriotas y los habitantes de la ciudad.

IV

Olivera había permanecido en su pieza toda la mañana, sin ver á nadie fuera de un criado que le sirvió el desayuno. No le preguntó nada, ni tenía necesidad de hacerlo, pues los ruidos que llegaban del patio y de la calle revelaban claramente lo que sucedía. Respiró aliviado. ¡Al

menos le sería ahorrada la vergüenza de entregar públicamente su espada!

Sin embargo, una sorda inquietud se apoderó de él. ¿Qué le exigiría el general Belgrano? ¿Alguna humillación de otra especie? No era probable; la conducta de aquél con los rendidos disipaba esa aprensión; pero á pesar de ello, su nervosidad aumentó á medida que pasaban las horas; y cuando la algazara en las calles indicó que la entrega de armas había terminado, su agitación se hizo poco menos que intolerable.

Eran las doce pasadas, cuando el mismo capitán de dragones que le había acompañado la noche anterior, vino á llamar á Olivera y llevarle á presencia del general Belgrano.

Momentos después, tranquilo en apariencia, pero intensamente pálido y persuadido de que podían oirse los latidos de su corazón, el teniente se halló frente á frente con el general vencedor en Tucumán y en Salta.

El jefe porteño respondió á su saludo militar y le contempló algunos instantes sin hablar.

—¿Usted es el teniente Olivera, autor de esta carta?—preguntó después.

—Yo soy, señor general.

—¿Quiere repetirme sus razones para no acogerse á la capitulación concedida á sus compañeros de armas?

—He dicho que no puedo prestar un jura-

mento que no tendré suficiente fuerza de voluntad para cumplir. Soy soldado con toda mi alma, y el primer toque de clarín que llegara á mis oídos, me llevaría infaliblemente á las filas.

—Comprendo eso, y alabo su lealtad. Debo, pues, conservarle prisionero; pero trataré de aligerarle en lo posible su condición. Su palabra de honor me bastará para ahorrarle todo encierro. Prométame usted que no hará tentativa alguna de fuga, y quedará libre dentro de la ciudad de Salta.

En las mejillas del joven español iba y venía la sangre. ¡Libertad absoluta de ir y venir: eso significaba la posibilidad de una fuga, sin la obligación de permanecer neutral! ¿Por qué no asía con ambas manos esa oportunidad inesperada, única?

Sintió un choque interno, como si su conciencia hubiese recogido las riendas del deseo desbocado y las mantuviese tirantes.* ¿En qué loca contradicción acababa de incurrir? No había querido jurar con sus compañeros de armas, para no caer en el perjurio; y aquí estaba meditando cómo aprovecharse de la libertad conseguida por el mismo medio, para quebrar su palabra de honor.

El general le observaba con alguna sorpresa; no estaba habituado á esperar tanto tiempo la

respuesta de los subalternos, aunque no perteneciesen á ejércitos de su mando.

—¿Y...?—preguntó.—¿Su palabra de honor, señor teniente?

—Señor general—repuso Olivera con voz firme,—no puedo dar mi palabra ahora, por la misma razón que no pude darla ayer: no estoy dispuesto á cumplirla. Si usted desea conservarme en su poder, le ruego tome todas las precauciones, pues yo, por mi parte, haré cuanto pueda para restituirme á las tropas del rey.

Belgrano no había apartado los ojos del teniente. Cuando éste calló, giró sobre sus talones, y con la mirada fija en el suelo, dió varios paseos por la pieza.

De repente se detuvo nuevamente delante del prisionero.

—Teniente Olivera—dijo con la ceremoniosa gravedad peculiar á aquel hombre de exquisita cultura:—vaya en libertad, sin restricciones de ninguna especie. Sólo así puedo corresponder á su noble franqueza. Será siempre un honor para los soldados argentinos encontrarle en el campo de batalla. Estos días han traído para mí emociones muy diversas: pero una de las más dulces ha sido, sin duda, estrechar la mano á un perfecto caballero.

Permanecieron un largo rato con las manos enlazadas, olvidando que eran, el uno un gene-

ral argentino, el otro un teniente español, olvidando que eran vencedor y vencido, los representantes de dos naciones hostiles, viendo sólo el uno en el otro un espíritu afín, un alma amiga.

.

.

El rescate

I

Por séptima vez el ejército realista había traspuesto el umbral de la Argentina por el Norte, la quebrada de Humahuaca, y avanzaba sobre Salta. Mandábalo el general La Serna, militar de escuela y cumplido caballero, á quien no faltaban pericia, valor ni talento, pero con varios grandes defectos que hacíanlo poco apto para puesto de tanta responsabilidad: despreciaba al enemigo y no conocía sus tropas, ni el terreno donde iba á maniobrar, ni la clase de guerra que se hacía en el continente. Carecía, además, de las dotes brillantes y los rasgos audaces que caracterizaban, por ejemplo, á Olañeta, su jefe de vanguardia, algo parecido á nuestro La Madrid, pero con más circunspección y prudencia.

Salta, verdadero tonel de las Danaides en el que España vaciaba batallones y regimientos de su ejército, se había levantado nuevamente en armas, desarrollando los patriotas ese plan de

campaña admirable que convertía á cada hombre en una rueda ó palanca de la gran máquina de defensa. Estas partes funcionaban individual y colectivamente con una precisión maravillosa, y bajo la dirección de Güemes pudo triunfar de grandes ejércitos de línea, valientes y aguerridos.

II

En una de las sorpresas, emboscadas y escaramuzas características de la «guerra de gauchos», y en las que ambas partes conseguían alternativamente triunfos parciales, cayó prisionero el paisano salteño Antonio Soler.

Era recién casado, y su joven esposa se desesperó al saber su cautiverio.

Sola, sin consejo ni ayuda de nadie, siguió á la columna de Olañeta, que conducía al convoy de prisioneros, arbitrando algún medio para libertar á su marido por la fuerza, por medio de un canje, ó por un ardid.

Una noche se hospedó en un rancho del camino. Allí oyó á los hombres hablar de una gran caballada oculta en un lugar de la sierra, accesible tan sólo á los que conocían el camino secreto. Güemes había formado numerosos depósitos de ganado, caballos y mulas, para ponerlos

fuera del alcance del enemigo y para tener siempre víveres y elementos de movilidad.

Cuando Eduvigis, la mujer de Soler, escuchó la descripción del paraje donde se hallaba esa caballada, concibió al punto un plan que por entonces le pareció excelente.

Siguió su camino en cuanto pudo hacerlo, sin crear sospechas en la casa donde se hospedaba, y alcanzó la columna española, dejándose prender sin resistencia.

—Quiero hablar con el general—declaró.

Los soldados se echaron á reir; pero ella insistió con formalidad, agregando que tenía para él una noticia importante. Consiguió que Olañeta la recibiera. Viéndola joven y donosa, la trató con bondad, lo que le dió ánimo para pedirle la libertad de Antonio Soler.

—¿La libertad de un prisionero criollo?— El general arrugó el entrecejo. Cada prisionero era para los españoles un tesoro, pues significaba un temible adversario fuera de combate.—No. Sería como pedir al tigre que soltara uno de los mastines que han venido hostilizándole.

—Es que yo puedo ofrecer á su merced un rescate que vale más que un simple prisionero.

—¿Qué rescate puedes ofrecerme tú?—preguntó el general con sonrisa incrédula, y al mismo tiempo con visible curiosidad.

—Puedo decirle dónde han ocultado los gauchos una de sus caballadas.

—¿Eh?—exclamó Olañeta.—¿Es cierto eso?

—Y tan cierto. Mire su merced—y Eduvigis besó sus índices puestos en cruz.

—¿Qué pruebas tienes?

—Ninguna. Únicamente puedo describir el camino, y su merced tomará sus medidas. Si encuentra los caballos, pone en libertad á mi marido; y si no, nada se ha dicho.

Pensó el general realista que nada perdería con probar. Uno de los factores de superioridad de los gauchos, eran sus numerosos y excelentes caballos, y era muy halagüeña la perspectiva de arrebatarles un buen número. Al mismo tiempo, desconfiaba de Eduvigis: era la primera vez que un individuo de ese pueblo altivo é indómito hiciera causa común con los invasores. Dió orden de que la joven fuese incomunicada, sin que, empero, le faltara nada.

III

La denuncia de Eduvigis resultó cierta. Al cabo de algunos días, la columna enviada por el general de vanguardia volvió con no menos de doscientos caballos, muy buenos, después de haber sorprendido y pasado á cuchillo á varios de los guardianes.

Antonio Soler, con gran asombro suyo, fué

puesto en libertad. Ignoraba á qué la debía, pues nada le habían dicho de los pasos dados por su mujer.

Libres los esposos y reunidos, sobrevino la explicación.

Eduvigis temblaba. Había tenido tiempo de reflexionar sobre lo que había hecho. Su amor la había obcecado y héchole olvidar patria, deber y honor. Por rescatar á su marido, había vendido á los suyos, malogrado el fruto de muchos sacrificios, condenado á muerte á numerosos compatriotas.

—¡ Todo por ti, todo por ti!—sollozó, mientras Soler, lívido de ira é indignación, hacía llover sobre ella sus recriminaciones cual latigazos.

—¡ Por mí, sí, por mí! Me has cubierto de vergüenza: me señalarán con el dedo, creerán que he comprado mi libertad con una infamia. No puedo ya levantar la cabeza entre los hombres de honor...; ¡ todo por ti, todo por ti!—exclamó remedando la frase de ella. Mientras hablaba, el furor le iba cegando, turbaba su cerebro. Incitado por el terror de Eduvigis, que retrocedía ante su gesto amenazador, la siguió hasta acorralarla contra la pared, y casi sin saberlo, descargó sobre su cabeza con extraordinaria fuerza el pesado talero.

La joven cayó, bañada en sangre, para no levantarse jamás.

Soler, vuelto en sí, la contempló largo tiempo sin llanto, sin un movimiento de piedad.

Estaba muerta. El la había matado, porque, sola y desesperada, todo lo echó á rodar para rescatarle. Sí, Eduvigis le había amado mucho, y en premio, él le había dado muerte.

Pero era mejor así. Nunca más hubiera podido ser feliz con ella. La fiebre de patriotismo que ardía en las venas de todos en aquellos tiempos de exaltación heroica, y que sacrificaba fortuna, amor, familia y vida por el bien común; esa fiebre, amortiguada un momento por el dolor, se encendió de nuevo en el corazón de Soler. Sí, era mejor así.

Dirigió una postrera mirada al cadáver, y sombrío y sereno montó á caballo y se internó en la selva.

IV

Todo era quietud en el campamento «godo». Quietud en el sentido de que no se sentía el mínimo ruido, como si todos durmiesen tranquilamente; pero en realidad, nadie descansaba. Cada cual estaba con el oído atento y los ojos abiertos, tratando de sorprender los secretos de la noche y del silencio. Los fusiles estaban cargados, los sables y pistolas al alcance de la mano; los

caballos ensillados, y junto á los cañones velaban los artilleros. No ardía un solo fuego, ni se permitía fumar, para que ninguna luz traicionara á los enemigos la existencia del campamento. Si alguno dormitaba un momento, sobresaltábase al más ligero rumor. Los bravos soldados que habían vencido á los primeros ejércitos de Europa y de América, se sentían enervados por la tensión continua de los nervios en ese ambiente hostil. Habían aprendido el miedo; no el miedo á las balas, á los sables, á las lanzas, pero sí aquel que se apodera del hombre más valiente cuando pisa un terreno volcánico que puede derrumbársele bajo los pies ó lanzarle destrozado á los aires. Habían cobrado á sus enemigos un terror casi supersticioso.

Un grito, seguido de un fagonazo, resonó de pronto en el campamento. En un segundo, todos estuvieron de pie, alerta, esperando órdenes y tratando de adivinar de dónde venía el asalto.

En el gran potrero donde se hallaban los doscientos caballos arrebatados á los gauchos, se oyó entonces un pavoroso retumbar: el suelo temblaba como si se anunciase un terremoto. La caballada corría: y era aquella una avalancha, un alud, un torrente desbordado que barría cuanto hallaba á su paso, salvaba los obstáculos que los hombres, estremecidos de pavor ante la grandiosidad del cuadro, ni aun inten-

taron contener. En la semiclaridad de la hermosa noche estival, se veían correr las formas obscuras, con las crines al viento; y oíanse los resoplidos de los animales aterrorizados por alguna causa desconocida. Los caballos ensillados, contagiados por el pánico, cortaron lazos y sogas y emprendieron un loco galopar tras de los otros.

El tumulto pasó como una pesadilla. De los caballos del potrero no quedaba uno solo; y de los demás, muy pocos pudieron salvarse.

El centinela que diera la señal de alarma, refirió que había visto en medio del potrero una figura humana que agitaba en ambas manos antorchas encendidas, arrojándolas luego entre los animales.

Por la mañana, se halló en el lugar indicado un hombre muerto, horriblemente pisoteado, cuyas facciones era imposible reconocer. Por algunos objetos encontrados en sus bolsillos, uno de los prisioneros salteños reconoció á Antonio Soler.

El «Bombero»

I

Hallábase en pleno hervor la guerra civil. Desde Buenos Aires hasta Jujuy, ninguna provincia gozaba de tranquilidad. Pocas eran las familias que no tenían un miembro bajo las armas; ya en las tropas de línea, ya en las milicias ó en las montoneras. Curiosas fueron, en verdad, esas campañas, en las cuales ningún ejército excedió nunca de cinco mil hombres, y en las cuales una partida de cincuenta soldados podía decidir la suerte política de una provincia, con sólo tomar una ciudad ó derrocar un gobernador. Tal era la atracción fatal de las discordias civiles, que el mismo general Paz, la figura militar más descollante en nuestra historia después de San Martín, y uno de los caracteres más desinteresados y puros, fué arrastrado en la vorágine. Después de la sublevación de Arequito, en la cual se desbandó el antiguo ejército auxiliar del Perú, la conflagración fué ge-

neral. Muchos atribuyen á este motín militar la confusión inextricable que reinó durante años y años en las mal llamadas provincias «Unidas». Los promotores, por su parte, alegan que ella habría sobrevenido también si no hubiese habido tal sublevación, y sostienen que se separaron del ejército por repugnarles la guerra civil en que iba á empeñárseles. El hecho es que, á pesar de esta aseveración, muchos oficiales y soldados se comprometieron en seguida en otras contiendas, también intestinas, y poco ó nada se ganó. Es probable que, con ó sin Arequito, la República se habría visto, como se vió, agitada por las convulsiones naturales que sufre todo organismo en formación: lo que podríamos llamar las enfermedades de la infancia de los pueblos.

II

El general Paz, después de derrotar al gobernador Bustos, de Córdoba, en San Roque, y nombrado gobernador á su vez, quiso mantener buenas relaciones con las demás provincias, y conservar tranquila á la suya, hasta que en su debido momento se incorporara á la Nación Argentina que tarde ó temprano debía constituirse.

Las provincias hostiles á Paz eran Mendoza,

San Luis y La Rioja. El general dirigió comunicaciones á los gobiernos de las dos primeras, y otra al caudillo riojano don Juan Facundo Quiroga.

Este personaje, cuya figura histórica va surgiendo poco á poco de la nebulosa fantástica en que la envolvieron escritores de la época, no era nominalmente sino comandante de armas de aquel Estado; pero había sabido apoderarse de sus resortes políticos, administrativos y militares, á tal punto, que no había en realidad más autoridad que él. La nota del gobierno cordobés debía, pues, dirigirse al general Quiroga, si quería evitarse un conflicto con el caudillo orgulloso y de pasiones violentas. No fué fácil hacerla llegar, pues durante varios días no se encontró á nadie dispuesto á ser el mensajero. Era probable que el destinatario la considerara un insulto ó una provocación y descargara su primera ira en el portador. Desesperado de dar con una persona de representación para confiarle el peligroso encargo, Paz envió el escrito al coronel don Faustino Allende, destacado en las serranías, para que lo hiciera llegar de alguna manera á manos de Quiroga.

III

El coronel Allende fué más feliz que su superior, pues halló al capitán de milicias, don Nicolás Arce, pronto á hacerse cargo de la misiva. Despreciaba el peligro ó no creía en él. El hecho es que se puso en marcha y llegó á los Llanos de la Rioja, donde Quiroga tenía su cuartel general y se alistaba para invadir á Córdoba.

El general leyó la comunicación y con ademán imperioso intimó al portador:

—Prepárese á morir mañana temprano, á las seis.

Arce fué puesto en capilla. Estaba aturdido. No había esperado ningún rayo tan repentino y fulminante como ese con que lo derribaba el terrible caudillo. Su único y débil consuelo fué la conciencia de morir en el cumplimiento de su deber, y de que no era sino uno entre centenares de hombres inocentes sacrificados en la misma forma arbitraria por mandatarios igualmente irresponsables, en todos los ámbitos del país.

Arce mostró ser hombre de temple. No se rebajó á rogar por su vida, y aceptó su suerte con dignidad. Hizo testamento y pidió confesor, el que le fué enviado. Después se acostó y trató de

pasar en la inconsciencia del sueño las últimas horas que le quedaban de vida.

Aclaraba cuando vinieron á buscarle para marchar al suplicio. Siguió al oficial, y distinguió á poca distancia los «cuatro tiradores» reglamentarios. Dirigió una mirada en dirección á las sierras lejanas, á toda la belleza del mundo, que debía abandonar por la voluntad de un déspota, para quien la vida de un hombre valía tanto como la existencia de un insecto.

—¡Morir ahora!—pensó.—¿Por qué?

El oficial que le conducía se detuvo de pronto, al llamamiento de otro que llegaba al galope.

—¿Qué hay?

—Se le perdona la vida al capitán don Nicolás Arce.

IV

La transición fué muy brusca para no sacudir aún los nervios mejor templados. Arce pasó varias horas en un estado de semisomnolencia y sólo á mediodía sintió su organismo funcionar normalmente. Notó entonces que no se le vigilaba. Salió, y á poco andar fué advertido por el oficial que le acompañara aquella mañana, de que se cuidara tan sólo de no abandonar el pueblo, pues había orden de no dejarle marchar.

Arce no había tenido tiempo todavía para

pensar en huir; le bastaba por el momento con pisar aún el mundo de los mortales. Dejó para más tarde el preocuparse de la fuga, y se entregó por completo á la alegría de vivir.

Así pasó varios días sin ser molestado.

Llegó entonces el general Bustos, el derrotado de San Roque, quien renunciando á hacer frente á Paz, venía á pedir asilo y socorro al señor y dueño de La Rioja.

Supo que Arce se hallaba en el cuartel general, y sea porque le conociera, sea que le interesara conversar con él, lo visitó, y ambos salieron á caminar.

Una cabalgata llegó, y Quiroga en su famoso caballo moro, que según la creencia popular era su espíritu familiar y consejero, pasó en compañía de varios oficiales. Rozó con la mirada de sus ojos dominadores, la pareja que se detenía saludándole, y tras un breve instante de reflexión, dijo algunas palabras á uno de los militares. Este se acercó á Arce:

—El general manda que se le fusile dentro de dos horas. Si tiene algo que disponer, hágalo en seguida.

El prisionero enmudeció. ¿Qué había sucedido? ¿Temía el desconfiado general que tramara algo contra él? ¿Era sencillamente un capricho de tirano que se complacía en jugar con las emociones humanas? Arce no reflexionó mucho acerca de esto. ¿Qué le importaba, por lo demás,

puesto que los efectos de aquella causa ignota eran para él terriblemente claros?

Las dos horas volaron, y de nuevo el condenado se encaminó hacia la muerte.

Cuando pasó frente al cuartel, el general se hallaba en la puerta.

—Entre—le ordenó secamente.

Arce obedeció. ¿Qué nueva fantasía acababa de brotar en aquella cabeza hirsuta, en la cual brillaban los ojos como luces en una selva sombría?

Quiroga escribió algunas líneas y le entregó el papel.

—Váyase—le dijo.

Y como Arce fijara en él la mirada vacía del que no comprende, repitió:

—Váyase, sí. Queda indultado.

El prisionero se retiró con aire estúpido. El desenlace siempre igual y siempre inesperado de estas comedias atroces le enervaba. Llegó á su casa sin saber cómo, y oía cual si viniesen de lontananza las voces de los que le hablaban, felicitándole por su buena suerte.

Un tanto repuesto, notó que conservaba, apretado en la mano, el papel que le diera el general.

—Debe ser un pasaporte—dijo Bustos.— Léalo.

Arce lo desdobló y sus ojos cayeron en las siguientes y curiosas líneas:

«Regresa el bombero don Nicolás Arce, á dar cuenta á su amo don Faustino Allende, que se halla en la Serrezuela, con los mocosos vencedores de San Roque.—Juan Facundo Quiroga.»

De todo lo leído, sólo la palabra «bombero» había quedado en el cerebro del capitán. Era un término muy usual para designar á un espía. Un pasaporte concebido en esa forma, era poco menos que inútil, pues al valerse de él se hubiera expuesto á toda clase de insultos y vejámenes. Era la burla más cruel que jamás se hubiese hecho á un prisionero; y abrumado por el exceso de emociones, por primera vez en su vida, Arce se entregó al desaliento.

V

Las semanas siguientes fueron para el capitán, llenas de zozobras. Temió convertirse en un cobarde. Una cosa es esperar la muerte que llega, á pie firme, fija en ella la vista y el alma preparada; y otra, muy distinta, es sentirla acechando, invisible, pronta á asomar á cada instante; saberse á la merced de un hombre cuyos menores antojos son ley para sus subordinados y que no reconoce autoridad superior á quien rendir cuenta de sus actos. A menudo Arce se sorprendía á sí mismo, escuchando el paso acom-

pasado de la partida que venía á buscarle para ir al suplicio ú observando la puerta, por si ésta se abría para dar paso al mensajero de la muerte. Era perdonable este estado de ánimo en un hombre con quien se ha jugado como juega el gato con un ratón.

Tuvo, empero, el tino de disimular sus temores, y permaneció en el cuartel general, en apariencia tranquilo y confiado. Sabía que ese era el mejor, no, el único medio de infundir algún respeto al caudillo temerario, que apreciaba, más que ninguna otra cualidad, el valor personal. No hizo siquiera la tentativa de una evasión; desde que había desdeñado el pasaporte, eso habría equivalido á pronunciar él mismo su sentencia, esta vez irrevocable.

Ninguna vigilancia, visible al menos, le molestó ya. Iba y venía sin que nadie le estorbase el paso.

Al cabo de algunos días, Quiroga se puso en marcha, para emprender la campaña que debía terminar desastrosamente en la Tablada y Oncativo. Arce quedó en el pueblo sin traba alguna; pero no se dejó engañar por la aparente libertad, pues no le cabía duda de que se le observaba. Sin embargo, la esperanza renació en él. Una vez alejado Quiroga, desapareció el continuo sobresalto, la constante tensión á que estuvieron sujetos sus nervios durante tanto tiem-

po. La posibilidad de una fuga se abrió ante él.

Una noche se desencadenó una tormenta espantosa. Sucediáanse los rayos sin solución de continuidad, los truenos hacían temblar las paredes de adobe, y verdaderas cataratas se despeñaban sobre los techos.

Arce observaba el tumulto desde su ventana. El que no temiera á los rayos, podría salvarse en semejante noche.

—¡Bah! Preferible es un rayo, que mata de una vez, á este cautiverio desmoralizador—pensó.—Dos veces he escapado á la muerte; espere-mos que no sea la tercera la vencida.

Y desafiando la furia de los elementos, logró salir de la población y guarecerse en una tapera en el campo hasta que hubo pasado lo más recio de la tempestad. En seguida se puso en camino.

Cuando aclaró estaba ya lejos del pueblo. Las ráfagas puras y frías del amanecer, barrían la campaña solitaria. El fugitivo las respiró á pulmones plenos, como si estuviesen saturadas de la libertad tan suspirada, alcanzada, al fin.

La despedida

I

Una tarde sofocante y tormentosa esparcía sus sombras sobre la ciudad de Tucumán. Nubes plumizas y densas, orladas por una franja de color azufrado en Occidente, cubrían todo el cielo, ordinariamente tan puro, sin dejar el menor claro azul. De vez en cuando, una racha cálida, que parecía salir de un horno, pasaba arrastrando remolinos de tierra, é iba á morir en la lejanía como un suspiro largo y triste. Los pintorescos alrededores de la ciudad, la llanura verde, las montañas que se elevaban más allá, todo se presentaba con tintes melancólicos bajo el reflejo gris de las nubes.

Tras de las rejas de una ventana, desde la cual se dominaba gran parte del paisaje, dos hombres contemplaban en silencio la muerte del día. Uno de ellos vestía uniforme; en su hermoso rostro pálido llevaba las huellas indelebles de sufrimientos morales y físicos: sus piernas, en-

vueltas en vendas é hinchadas hasta haber perdido su forma natural, indicaban que estaba atacado del terrible mal de la hidropesía.

Era el general don Manuel Belgrano, quien desengañado y triste, sin esperanza ni ilusiones, enfermo y pobre, se disponía á abandonar á Tucumán para regresar á Buenos Aires, donde quería esperar la muerte, que sentía venir.

—¿Cuándo partimos?—preguntó á su compañero y amigo, el médico escocés, doctor Joseph Redhead, uno de los pocos que habían permanecido fieles en la desgracia y en la pobreza.

—Dentro de un momento, general. He transmitido sus órdenes para anticipar el viaje, ya que usted quiere partir hoy en vez de mañana, como pensaba hacerlo al principio.

—Me urge salir de Tucumán—dijo Belgrano.—No puedo soportar más la permanencia aquí en estos momentos de intranquilidad, porque tras todos mis desvelos sólo encuentro mortificaciones y hostilidad; esta Tucumán que me conoce, que me ha aclamado, donde he vivido durante años enteros, que sólo me debe beneficios, que en procesión salió á rogarme que no la abandonase cuando Tristán estaba á sus puertas, quiere ser mi enemiga... ¡No puedo olvidar la humillación y vergüenza sufridas durante el motín de González!

—Deseche esos pensamientos sombríos, mi

amigo—suplicó el médico; pero Belgrano movió tristemente la cabeza.

—No soy yo quien los busca—repuso;—ellos vienen solos á atormentarme.

En seguida se sumió en un largo silencio, que el médico no osó interrumpir.

¿Cómo no sentirse abatido ese hombre, patriota en el más hermoso de los conceptos, ante la esterilidad de la semilla de fe y abnegación que á manos llenas sembrara? Esterilidad, no; pero la cosecha estaba reservada á la posteridad, y él apenas si veía brotar una que otra hoja de ese árbol sublime. Toda la vida de Belgrano, desde que muy joven ejerció el primer empleo público, había sido una serie no interrumpida de actos de desprendimiento y patriotismo. Sin ideas deslumbradoras, sin el genio radiante que arrastra y subyuga, sin impulsos grandiosos ni cualidades de dominador de multitudes, había sido un obrero eficaz, paciente, fiel y concienzudo, inflexible en el cumplimiento del deber, severo consigo mismo y con los demás, aceptando indiferentemente el encargo de fundar una escuela de dibujo, como la de mandar un ejército, sin murmurar jamás, pronto siempre á sacrificarse, á renunciar á sus propios gustos, comodidades é inclinaciones, firme en su puesto, por difícil y lleno de sinsabores que éste fuese, hasta que aquellos á quienes reconocía como á

sus superiores, creyeran conveniente quitar de sus hombros ese peso. Nunca pensó en sí mismo. Su grande amor fué la patria; á ella dió cuanto poseía; fortuna, salud, inteligencia; su vida entera. No fué un espíritu de aquellos que surgen radiosos como meteoros, imponiéndose á las masas cegadas por el esplendor, ni un sabio, ni un tribuno; sólo un hombre virtud, profundamente bueno, sincero, honrado y pundonoroso, un talento claro, un alma bien equilibrada, que sólo una vez, al pedir para la República una dinastía de incas, se perdió en sueños fantásticos.

Tal fué el personaje al cual algunos llaman incomparable y otros denigran porque le faltan las cualidades que distinguieron á otros grandes hombres, á San Martín, por ejemplo, á quien él mismo no pretendió igualarse jamás. Injusticia fuera establecer paralelos entre dos seres tan diversos. Sería como trazarlos entre el sol y una estrella de primera magnitud; ambos nos dan la luz que poseen, que agradecidos debemos aceptar, sin derecho á exigir á éste el fulgor esplendoroso de aquél.

Quebrantado ya por sufrimientos de todo género, vino á darle el golpe de gracia el motín del 11 de Noviembre de 1819, encabezado por González y Aráoz y en el cual el doctor Redhead á duras penas pudo ahorrarle la afrenta

de verse cargado de grillos. Permaneció en Tucumán el tiempo necesario para procurarse dinero para el viaje; él, que había nacido rico, que había renunciado á la mitad de su sueldo, fundado escuelas con la donación del gobierno, después de la victoria de Salta, tuvo que aceptar el préstamo que le hizo un amigo para poder trasladarse á Buenos Aires, pues en la caja de Tucumán, su provincia predilecta, no había ni un real para el general Belgrano.

Una vez en posesión de los medios, precipitó su viaje, para escapar á ese ambiente que le mataba lentamente con su hostilidad.

II

El rodar de un carruaje que vino á detenerse ante la puerta despertó de sus meditaciones á Belgrano. Al mismo tiempo entraron en el aposento tres hombres, dos militares y un fraile franciscano. Eran los edecanes del general, don Jerónimo Elguera y don Emilio Salvigni, y el P. Villegas, capellán del mismo, tres amigos que, á la par del médico, querían acompañarle á Buenos Aires.

—Señor, el coche—anunciaron.—Partiremos cuando usted guste.

—Nada tengo que esperar—repuso el general.—Vamos.

Elguera y Redhead se dispusieron á alzarle para conducirlo en brazos al coche, pues el enfermo no podía caminar.

En aquel momento, la calle se pobló de rumores de voces y de pisadas de numerosos pies. Un joven apareció acompañado de una treintena de niños. Todos entraron en el patio de la casa.

—¿Qué significa ese ruido?—preguntó Belgrano.—¿Quiere asomarse, padre?

El capellán salió y regresó un instante después.

—Señor general—dijo con voz emocionada,—son los niños de la escuela, con su maestro, quienes desean saludarle y desearle un feliz viaje.

El semblante de Belgrano mostró la más profunda sorpresa, y de pronto se iluminó con una grande é íntima alegría.

—¡Los niños! ¡Mis niños!—exclamó.—Que entren, quiero verlos.

Al momento se vió rodeado de los muchachos que recibían la instrucción primaria en la escuela de Tucumán, una de las cuatro fundadas por Belgrano, según queda dicho, con los 40,000 pesos que le diera el gobierno como premio por la victoria de Salta.

El maestro explicó que, á pesar de haber el general visitado la escuela para despedirse, había creído de su deber acudir con los niños para dar el último saludo en el momento de la parti-

da, al benemérito fundador. Agregó que la visita debía haberse efectuado en la mañana siguiente; pero felizmente había sabido á última hora que el viaje se verificaría con anticipación.

En seguida, el maestro hizo una seña á uno de sus alumnos, muchacho de unos diez años, de ojos negros, brillantes de vivacidad y travesura, quien sin la menor cortedad ni timidez, haciendo un mohín picaresco á sus compañeros, se plantó delante del general, juntó las manos tras de la espalda, y declamó unos versos compuestos para la ocasión por el maestro mismo. En ellos despedía al fundador de la escuela, agradeciendo sus beneficios, asegurándole la gratitud imperecedera de los niños que en ella se educaban y de aquellos que se educarían en el transcurso de los tiempos, y concluyó por implorar para el general la bendición del Señor.

Los versos eran muy malos; sus expresiones, huecas, exageradas y altisonantes, y la declamación del chico movía más á la sonrisa que á la emoción; pero Belgrano se sintió conmovido en lo más íntimo de su sér. El, tan correcto y severo, tan parco en sus manifestaciones de sentimiento, apenas pudo contener las lágrimas que llenaron sus ojos. Llamó á sí al niño que acababa de recitar los versos y le estrechó entre sus

brazos. En seguida, sacó del bolsillo una moneda de oro y se la dió, diciendo:

--Toma esto, hijo mío; no lo consideres dinero; guárdalo como un recuerdo mío y del grato momento que acabas de darme.

Luego ofreció al maestro un lápiz de oro que acostumbraba llevar consigo, y en sentidas palabras le rogó que lo aceptara, agradeciendo su delicada atención. Dirigió á los niños frases bondadosas, llenas de cariño y de sanos consejos, exhortándolos á estudiar para poner más tarde sus conocimientos al servicio de la patria.

Poco después se retiró el maestro con sus alumnos, y el general, transfigurado el rostro, los siguió con la vista hasta que desaparecieron. Por primera vez en muchos años, una dulce felicidad lo inundaba. Había creado, pues, algo más durable que los laureles de la victoria, que el favor fugaz de las multitudes, que la gratitud de los gobiernos. No toda la semilla arrojada se la llevaba el viento; alguna había caído en tierra virgen y fecunda y se desplegaba triunfante como la vida. ¡La escuela, cuna de las civilizaciones, foco perenne de luz, subsistiría, perpetuaría su nombre, daría testimonio de su inmenso amor á la patria!... ¡no había trabajado en vano!

Un rayo de alegría noble é intensa iluminó su alma.

Belgrano alzó los ojos, ya no sombríos, ni tristes, é indicando el carruaje, que aguardaba afuera, dijo á sus amigos:

—Partamos ahora, para llevar, como último recuerdo de Tucumán, esta grata y dulce impresión.

FIN DEL LIBRO «DEL PASADO»

